

Relatos de la California Mexicana

Leonardo Reyes Silva

2011

ÍNDICE

Por las buenas o por las malas.....	5
Doña Chonita Canalizo, de la revolución sudcaliforniana.....	7
La venganza que mató un sueño.....	9
Bárbara, de la misión de Santo Tomás.....	11
Las enaguas salvadoras.....	13
El capitán Rivera y Moncada.....	15
Un pinole muy original.....	17
El triunfo del padre Juan de Ugarte.....	19
El primer millonario de Sudcalifornia.....	21
Sacerdote y guerrillero.....	23
Melendrez, un patriota traicionado.....	25
La vacuna milagrosa.....	27
Robinson Crusoe en California.....	29
Una planta para la sobrevivencia: el mezcal.....	31
Chimbiká, el rey del desierto californiano.....	33
Los dos Migueles.....	35
Fue gobernador por decir la verdad.....	37
Los apuros del general Múgica.....	39
Guerrero Negro.....	41
La asonada de Gastón D'Artois.....	43
Cuando los jesuitas se fueron.....	45

Un matrimonio fallido.....	47
Juan Rodríguez Cabrillo, el ignorado.....	49
Los vanos intentos de José de Urrea.....	51
Veleros alemanes en Santa Rosalía.....	53
José María Esteva, el veracruzano.....	55
Una bandera extranjera en La Paz.....	57
Baja California y la intervención francesa.....	60
Corsarios en Baja California (Primera parte)	62
Corsarios en Baja California (Segunda parte)	64
Bouchard en la Alta California.....	66
Una loretana enamorada.....	68
La huella de un “cuchibiriachi.....	70
Fernando Consag, el misionero.....	72
Amado Aguirre y la rebelión de 1929.....	74
La ola cívica de 1929.....	76
Bahía Magdalena, la ambicionada.....	78
El visitador José de Gálvez en California.....	80
¿Qué pasó con la misión de San José de Comondú?	82
Hernán Cortés en California.....	84
José Portela, un fraile como pocos.....	86
Ortega, un audaz reformador.....	88
Una lamentable equivocación.....	90

Los diputados constituyentes de ayer.....	92
Una visita inesperada.....	94
El ingenioso don Francisco de Ortega.....	96
Hardy y el río Colorado.....	98
El Plan de Tacubaya en Baja California Sur.....	100
Federico Cota el contrarrevolucionario.....	102
Pinturas rupestres en Baja California.....	104

Por las buenas o por las malas

Durante la conquista espiritual por los jesuitas en California en el siglo XVIII, llegaron 59 padres que se establecieron en las diversas misiones, algunas de ellas muy alejadas de Loreto como Santa Gertrudis, San Francisco de Borja y Santa María de los Ángeles, que fue la última fundada en 1767.

Los primeros en llegar a la península fueron Juan María de Salvatierra quien fundó la misión de Loreto el 25 de octubre de 1697, y enseguida llegaron Francisco María Pícolo, Pedro de Ugarte, Juan María Basaldúa, Juan de Ugarte y Julián Mayorga, quienes establecieron las primeras misiones en San Javier, Mulegé, Comondú y La Purísima.

Apegados a los principios religiosos de su orden, los jesuitas tenían el propósito de evangelizar a los indígenas californios, con la promesa del reino de Dios y la salvación de sus almas. Pero esta misión debía estar acompañada de un proyecto de dominación al que no podían resistirse. Y fue por eso las medidas que tomaron para lograr el cumplimiento de su objetivo.

Juan de Ugarte fue uno de ellos. Nacido en el año de 1660 en la ciudad de Tegucigalpa, Honduras, llegó a California en 1700. Junto con el padre Salvatierra ayudó a fundar varias misiones y él mismo estableció la de San Francisco Javier en 1701. En esta misión—el anterior sitio había sido localizado por el padre Pícolo en 1699—Ugarte se dio a la tarea de catequizar a los indios y de inculcarles los conocimientos más elementales de sobrevivencia.

Aprovechando la permanencia de los indígenas en la misión, los ocupó en la construcción de canales de riego y pilas de piedra. Abrió al cultivo terrenos apropiados y allí sembró maíz, trigo, frijol y hortalizas, además de formar varias huertas de árboles frutales, como las viñas, naranjos, datileros, olivos y cañas de azúcar. Pero como sus neófitos todo tenían menos de trabajadores, Ugarte tuvo que ponerles el ejemplo siendo el primero en tomar el azadón para abrir los surcos, acarrear las piedras para los canales, iniciar el riego de las plantas recién sembradas y otros menesteres necesarios en la misión.

Aún así, la indolencia de los indios era exagerada tanto, que Ugarte no hallaba la manera de hacerles entender los beneficios que obtendrían con los trabajos llevados a cabo. Pero era en los horas de adoctrinamiento cuando en verdad lo sacaban de sus casillas, por que debido al desconocimiento de su dialecto se le dificultaba hacerles comprender los misterios de la religión cristiana, lo que originaba que sus prédicas cayeran en saco roto, además del bullicio y las risas de los indígenas al no tomar en cuenta lo que el padre quería enseñarles.

Pero, ¡Cómo hacer para atraer la atención de sus feligreses?. ¡Cómo hacer para cumplir con sus propósitos evangelizadores?. Un día de tantos, cansado del desorden de su clase, observando que uno de ellos era el que más alboroto hacía con sus risas y sus bromas, lo

agarró de los cabellos y lo levantó en vilo, sosteniéndolo así durante varios segundos. Y santo remedio. Con el susto de esa acción inesperada del padre, éste pudo impartir la doctrina con atención de sus oyentes. A lo mejor, en esos momentos, Ugarte se olvidó de su apostolado y aplicó aquella sentencia que dice que “la letra con sangre entra”.

Un cronista de esa época dice que el padre era de cuerpo vigoroso y de estatura más que mediana. Por eso no se arredraba cuando tenía que demostrar las verdades de su religión y desterrar las supersticiones de los indios. En otra ocasión, cuando los leones dieron en atacar a los rebaños de cabras, Ugarte pretendió cazarlos, pero sus neófitos le explicaron que no podía hacerlo, pues quien mataba uno de ellos pagaba con su vida esta acción,. Desde luego, eran ideas que les inculcaban los hechiceros de sus tribus.

Para hacerles ver lo equivocado de sus creencias, Ugarte montó en su mula y fue en busca de esos animales. Al poco tiempo de haberse internado en el monte encontró uno de ellos por lo que echó pie a tierra, se hizo de varias piedras de buen tamaño, y cuando el león se acercó con ánimo de atacarlo, le asestó en la cabeza una de ellas y después le tiró las demás hasta dejarlo sin vida.

Con el león encimado en la grupa de la mula llegó a la misión y ante el asombro—y susto—de los indígenas, les demostró que no era verdad lo que el guama decía. La experiencia fue suficiente para que de allí en adelante los leones dejaran de merodear, pues los indios los mataban a flechazos. Y, desde luego, la hazaña de Ugarte le permitió llevar a cabo sus labores de catequización con todo éxito. Además de contar con los trabajos de mejoramiento de la misión y de sus medios de vida.

Sin embargo, en sus tareas para la conversión de los indios siempre encontró el rechazo a los dogmas cristianos. En otra ocasión, cuando les hablaba del mal comportamiento y no hacer caso de las leyes de Dios, amenazándolos con las llamas del infierno, uno de ellos, con gran desparpajo, le contestó que preferían ese lugar porque allí, en la tierra, hacía mucho frío. Es de imaginarse el enojo del padre ante tal blasfemia.

Pero de todas formas, por las buenas o por las malas, Juan de Ugarte realizó una extraordinaria labor entre los indios de la misión de San Francisco Javier. Y no solamente como evangelizador, si no también como administrador, explorador, fundador de misiones y constructor de barcos, como “El Triunfo de la Cruz”.

Juan de Ugarte murió en la misión el 28 de diciembre de 1730.

Doña Chonita Canalizo, de la revolución sudcaliforniana

Era bisnieta de un presidente de la república. En 1843, el general Valentín Canalizo, oriundo de Monterrey, Nuevo León, asumió la presidencia en sustitución de Antonio López de Santa Anna, cuando éste se tuvo que retirar temporalmente del cargo. Su gobierno duró hasta el 4 de junio de ese año y el 21 de septiembre nuevamente fue nombrado presidente interino por el senado.

La vida pública del general Canalizo es interesante. En 1821, formando parte del ejército trigarante, entró con Agustín de Iturbide a la ciudad de México. Fue gobernador de Oaxaca y en 1847 combatió a las tropas norteamericanas en la región de Veracruz. En 1850 murió en la ciudad de México.

Un hijo de don Valentín, el licenciado Antonio Canalizo Danila, llegó a La Paz allá por el año de 1850. Ocupó diversos cargos públicos entre ellos como diputado en el Congreso de la Unión, secretario de la Jefatura Política, secretario de gobierno con el general José María Rangel y en 1864 fue presidente del ayuntamiento paceño. Estuvo casado con la señora Procopia Valdez con quien procreo seis hijos: Carlota, Valentín, Josefa, Encarnación, Antonio y Vicente.

En 1899, Encarnación contrajo matrimonio con el señor Alejandro Elliot Allinson Suárez, el que por cierto fue presidente municipal de La Paz a raíz de la renuncia de Gastón J. Vives en el año de 1912. Los hijos de doña Chonita, como se le conocía cariñosamente, fueron Alejandro, Lucía y Antonio Allinson Canalizo.

En el año de 1910 su madre, doña Procopia, le dejó como herencia a su hija Encarnación la casa ubicada en la calle Playa, hoy conocida como paseo Álvaro Obregón y las viviendas de la calle Belisario Domínguez, a una cuadra de la avenida 5 de mayo. Además le dejó los terrenos del predio conocido como "La Enfermería" con una extensión aproximada de 900 hectáreas.

La vida de doña Chonita hubiera transcurrido como la de otras tantas familias de esa época, si no es por que un acontecimiento que tuvo que ver con el movimiento revolucionario de 1913 la hizo ser protagonista y con ello ganar el derecho de figurar en la historia de Baja California Sur. Los hechos sucedieron así:

Por decisión de la Soberana Convención de Aguascalientes, en 1914 el general brigadier Félix Ortega Aguilar fue designado como Jefe Político y Militar del Distrito Sur de la Baja California, luego de que en 1913 acaudillara un movimiento armado en contra del gobierno del usurpador de Victoriano Huerta, el asesino del presidente Madero.

Ortega no estuvo mucho tiempo al frente del gobierno, ya que se sublevó una parte de la guarnición y el 29 de mayo de 1915, por la madrugada, sitiaron la casa donde vivía con su familia con el fin de hacerlo prisionero. Alertado a tiempo logra huir embarcándose con rumbo a Santa Rosalía. En cambio su hijo, José María quien era el oficial de guardia en el cuartel, fue detenido.

Otro militar, el mayor Eduardo Encinas, ignorante de lo que estaba sucediendo, llegó al cuartel y al identificarse con la contraseña de “Viva el general Ortega”, los insurrectos trataron de tomarlo prisionero por lo que con su pistola abatió a dos de los soldados. En la refriega recibió un balazo en una de sus piernas por lo que optó por retirarse a como pudo del lugar.

Dice el periodista Félix Ortega Romero en su libro “Pervivencias” que cojeando y tirando sangre de la herida, llegó hasta la casa de doña Chonita en busca de auxilio, dada la amistad que los unía. Ya dentro de la residencia, el doctor Allinson taponó la herida y le suministró algunos medicamentos. Mientras tanto, doña Chonita había mandado a dos de sus mozos para que con una carretilla y palas recogieran las huellas de sangre dejadas por el mayor en la calle—eran de tierra—por donde llegó.

Y apenas a tiempo, por que un piquete de soldados ya cateaban las casas en busca del fugitivo. Al llegar con doña Chonita le preguntaron si habían visto al mayor, a lo que con toda sangre fría les contestó que no. De todas maneras se introdujeron en su hogar y buscaron por todas partes sin encontrarlo. A Encinas lo habían escondido en un ropero disimulado por una falsa pared.

Comprometida la familia Allinson Canalizo y conscientes del peligro que corrían si descubrían que habían protegido al fugitivo, una noche doña Chonita subió al mayor en una canoa y ella misma auxiliándose de los remos lo llevó hasta el lugar conocido como La Enfermería donde siguió oculto. Días después, aliviado un tanto de sus males, un barco lo trasladó a la ciudad de Mazatlán y de ahí a Sonora donde se incorporó a las tropas del general Maytorena.

Con esta acción que pone muy en alto la valentía y entereza de la mujer sudcaliforniana, la familia de doña Chonita se identificó con los partidarios del general Ortega y fue por eso que al poco tiempo, cuando su esposo Alejandro formaba parte de la Junta Neutral encargada del gobierno del Distrito, el capitán Eduardo Burns que fue el instigador de la revuelta contra Ortega, lo mandó detener junto con el resto de los integrantes de la Junta.

Poco después llegó como jefe político y militar el mayor Urbano Angulo, identificado con la corriente política de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón. Y como tal se dedicó a acabar con el resto de las fuerzas adictas al general Ortega.

Don Alejandro Elliot Allinson murió en esta ciudad de La Paz el año de 1936. Doña Encarnación Canalizo, la heroína sudcaliforniana falleció a la edad de 89 años, el 25 de abril de 1954.

La venganza que mató un sueño

Su principal objetivo al desarrollar la industria del cultivo de las ostras perleras era beneficiar al pueblo de la Baja California. Y lo hubiera logrado, por que su empresa dedicada a la ostricultura en la isla de Espíritu Santo era todo un éxito ya que producía 10 millones de conchas y entre 200 y 500 perlas de buen oriente.

Eran los años previos de la Revolución Mexicana. Aquí, en el Distrito Sur de la Baja California gobernaba el general Agustín Sanginés y el presidente municipal era el señor Gastón J. Vives, éste último dueño de la “Compañía Criadora de Concha y Perla de Baja California”. Quizá los movimientos revolucionarios no habrían afectado los negocios de don Gastón, pero un incidente personal dio al traste con sus buenas intenciones.

En su carácter de autoridad oficial, el señor Vives sorteó diversos conflictos pero ninguno como el que tuvo con el señor Miguel L. Cornejo, quien en esos años también se dedicaba al negocio de las perlas. Pero mientras el primero era de filiación porfirista, el segundo era un opositor declarado que tenía relaciones con los grupos inconformes del gobierno dictatorial del presidente Porfirio Díaz.

Así las cosas, un día de marzo del año de 1895, al encontrarse estos dos personajes paseando en el jardín Velasco, hubo un cambio de palabras altisonantes y la acción, un tanto sorpresiva de Cornejo, de propinarle una bofetada a Vives, con tal fuerza que lo derribó y ya caído continuó con los golpes. Gracias al auxilio de varias personas lograron separarlos, no sin antes el presidente municipal hiciera un disparo para alertar a la policía.

Cuando fue detenido, Cornejo declaró que le pegó cuando vio que Vives trataba de sacar la pistola y que actuó en defensa propia. Sin embargo, las investigaciones demostraron que Cornejo había obrado con alevosía y ventaja, y por ello fue sentenciado a seis meses de prisión por el delito de lesiones. Meses después consiguió su libertad bajo caución, con una fianza de dos mil pesos.

Con esa rivalidad pasaron los años. Vives atendiendo su empresa perlera y Cornejo dedicado al comercio y la pesca y participando en actividades políticas. En 1911 formó parte del Club Democrático Sudcaliforniano, junto con Félix Ortega, Luis Gibert y otros destacados ciudadanos paceños. También fue suplente de Antonio Canalizo que fue electo diputado federal.

En el mes de noviembre de 1911, con el triunfo de las fuerzas revolucionarias de Francisco I. Madero, el general Sanginés entregó el gobierno al señor Santiago Diez y dos años después, con la traición del general Victoriano Huerta, quien ordenó la muerte del señor Madero y del vicepresidente Pino Suárez, de nueva cuenta designaron otro gobernante en la persona del doctor Federico Cota.

Y mientras tanto Miguel L. Cornejo estaba a la expectativa de los acontecimientos políticos. Cuando las fuerzas constitucionalistas derrocaron a Huerta en 1913, él formaba parte del grupo opositor y fue así como en 1914, al frente de un numeroso contingente y con el grado de coronel llegó a La Paz, no sin antes detenerse en la isla Espíritu Santo con el fin de destruir las instalaciones de la compañía perlera de Vives y saquear los fondos marinos donde estaban las ostras cultivadas. Ya en La Paz, se apoderaron de los edificios de la empresa, de los productos almacenados en las bodegas—conchas y perlas listas para la exportación—y destruyeron la documentación de la compañía.

La justificación fue que Vives era partidario del gobierno usurpador y fue por ello la incautación de sus bienes. Pero lo cierto es que todo se debió a una venganza personal, y que Cornejo sin medir las consecuencias de sus actos, dio al traste con una empresa que estaba logrando el bienestar económico de los habitantes de la ciudad de La Paz y sus alrededores.

Fue una destrucción total de los activos de la compañía. Entre las instalaciones en la isla, los paninos perleros, las propiedades y las perlas listas para su comercialización, la pérdida se estimó en un millón y medio de pesos de ese entonces.

Desde luego, esta historia no tuvo un final feliz. Don Gastón J. Vives, después de varios años en que se refugió en los Estados Unidos por temor a perder su vida, regresó a la ciudad de La Paz y luchó incansablemente por rehacer su compañía, pero ni el gobierno, ni los empresarios ni los mismos paceños mostraron interés alguno.

Hoy se recuerda a don Gastón a través de la familia que aún vive. Y por la publicación de un libro de la historiadora Micheline Cariño Olvera que lleva por título “El porvenir de la Baja California está en sus mares. Vida y legado de don Gastón J. Vives, el primer maricultor de América”.

Tiene razón Micheline cuando dice que las autoridades estatales deben honrar la memoria de este extraordinario sudcaliforniano. ¿Hasta cuándo—pregunta--, le rendirá homenaje como probo funcionario y como primer maricultor de América?

Don Gastón J. Vives murió en 1939. Con él murieron todas las ostras perleras de Baja California Sur.

Bárbara, de la misión de Santo Tomás

La misión de Santo Tomás de Aquino fue fundada en el año de 1791 por el fraile dominico José Lorient y el último que la atendió fue fray Tomás Mancilla, un sacerdote de trato fino y gentil. Esta misión fue abandonada en 1849 ante la falta de población indígena, diezmada por las enfermedades y epidemias.

La permanencia de la orden de los Dominicos en la península bajacaliforniana ha sido objeto de muchas críticas, sobre todo por el maltrato que le dieron a los naturales y la vida no muy decorosa de algunos misioneros. El hecho de bautizarlos a la fuerza y de tenerlos cautivos en las misiones sujetos a trabajos obligatorios, además de los castigos corporales cuando cometían alguna falta, generó muchos resentimientos entre las tribus y dio pauta para acciones delictivas como fue el caso de la joven Bárbara Gandiaga y sus cómplices Lázaro y Alejandro.

Bárbara, de unos 17 años, era una muchacha muy bien parecida, muy puntual en la iglesia a la hora de la misa. Vivía en la misión junto con otras mujeres, en un galerón que por las noches el padre Eudaldo Surroca cerraba con llave. Como el local estaba contiguo a la celda del misionero, en muchas ocasiones la invitaba para que lo acompañara con el pretexto de enseñarla a cantar.

Y como suele suceder, en una de tantas fray Eudaldo abusó de ella y como premio la convirtió en su cocinera particular. Dice Manuel Clemente Rojo en sus apuntes históricos de la frontera de la Baja California, “que el sacerdote ya era un hombre viejo, incapaz de repetir los amores de la juventud, por lo que Bárbara temblaba en su presencia, además que lo tenía aborrecido por mantenerla encerrada en la cocina, sin permitirle comunicarse ni con sus familiares”.

En la mañana del 17 de mayo de 1803, un soldado encontró muerto al padre quien estaba “con las manos cruzadas, boca abajo y golpeado contra la pared...” La autoridad representada por el teniente José Manuel Ruiz, en ese entonces Comandante de la Frontera, descubrió que lo habían asesinado y debido a ello se iniciaron las averiguaciones.

No pasó mucho tiempo para descubrir a los culpables que fueron apresados de inmediato y conducidos a la misión de San Vicente donde se inició el proceso, cuyos testimonios fueron enviados al gobernador José Joaquín de Arrillaga quien residía en Loreto. Éste envió el expediente de las declaraciones a la ciudad de México para que de allá viniera la sentencia. Después de dos años de trámites, el Virrey Iturrigaray condenó a los tres culpables a la máxima pena. porque según él “ sólo la pena de muerte...es la que puede refrenar y servir de escarmiento al furor de sus compañeros...la que pondrá a cubierto a los demás ministros del altar, sucesores del padre Surroca...”

En el transcurso de la investigación se descubrió que Bárbara Gandiaga no era una blanca palomita. Como maestra de castellano en la misión, tenía gran influencia entre los

neófitos y la trataban con mucho temor. Cuando comprometió a Alejandro de la Cruz y Lázaro Rosales a cometer el homicidio, los convenció diciéndoles: “Vosotros no sois hombres, no sabéis nada. Yo si sé mucho, este padre no sirve. Es menester matarlo para que venga otro padre que me lleve a vivir como antes” También las autoridades sospecharon que ella había estado implicada en la muerte del padre Miguel López, quien había estado antes en la misión de Santo Tomás, aunque no lo pudieron comprobar.

Relata Rojo en sus Apuntes que este escarmiento sirvió para hacer más sumisas y obedientes a las mujeres que vivían en las misiones, y que se prestaban a todo lo que los frailes les exigieran, aunque tuvieran que contrariar sus más antiguas y veneradas costumbres y hasta las leyes del sentimiento y de la naturaleza.

Las enaguas salvadoras

Cuando en 1773, la orden de los Dominicos llegó a California para hacerse cargo de las misiones religiosas que abandonaron los frailes franciscanos, quienes se trasladaron a la Alta California a fin de realizar su tarea evangelizadora, no tuvo otro campo de acción—aparte de atender las misiones ya establecidas— que la parte norte de la península, región en la que fundaron 9 misiones, entre ellas Santo Tomás de Aquino, Nuestra Señora del Rosario de Viñadaco y la última Nuestra Señora de Guadalupe del Norte, en 1834.

De todos los padres dominicos que estuvieron en California, los que más sobresalieron fueron Vicente Mora, Miguel Hidalgo, Luis de Sales, Félix Caballero y Gabriel González, este último por su destacada participación en la vida política de la Baja California. Aquí nos vamos a referir en particular al padre Caballero, fundador de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte.

El padre Félix Caballero fue uno de los hombres más activos, no solo en el aspecto religioso sino también en los asuntos que competían a la administración de las misiones y, con especial dedicación, a los que le redituaban ganancias económicas personales. Cuando por seguridad tuvo que trasladarse a la misión de San Ignacio, su representante en su anterior misión le mandó todo el ganado de su propiedad que sumaban varios cientos de cabezas.

Pero, ¿por qué su cambio a otra misión cuando se suponía que la de Nuestra Señora de Guadalupe era la mejor de todas las establecidas por los dominicos? El motivo tuvo que ver con las insurrecciones de los indios, y en especial de un capitancillo llamado Jatñil del grupo de los Kumiai.

Jatñil siempre había sido un colaborador de las autoridades destacamentadas en La Frontera, e incluso los había ayudado a vencer a otras tribus que tenían intenciones de apoderarse de las misiones y destruirlas. Junto con el alférez Macedonio González—una leyenda en esa región—combatió contra los indios pa-ipai, cucapá y kiliwas. Tenía a su disposición mil guerreros que lo obedecían en cualquier situación.

En 1840, en una acción inesperada, Jatñil y un grupo de sus seguidores llegó a la misión de Guadalupe en busca del padre Caballero para matarlo. Como ya lo conocían no desconfiaron de ellos, lo que aprovecharon para matar al cabo Orantes y a dos indios catecúmenos que estaban de visita, al mismo tiempo que preguntaban por el padre.

A esa hora, la cocinera María Gracia preparaba el almuerzo para el misionero cuando escuchó el alboroto de los indios. Se asomó por la ventana y vio los cuerpos de las tres personas asesinadas y escuchó los gritos de Jatñil buscando al padre Caballero. Éste, que también se dio cuenta de lo que sucedía, junto con María Gracia se dirigieron a la iglesia con el fin de esconderse detrás del altar, pero no considerándolo seguro, subieron hasta el coro donde había mayor posibilidad de que no los descubrieran.

Y en efecto, los indios llegaron a la iglesia y comenzaron a buscar entre gritos de amenaza. Y fue entonces cuando el padre, lleno de temor, le suplicó a la cocinera que lo escondiera debajo de sus enaguas, prometiéndole que si se salvaban le iba a dar una generosa recompensa. Como pudo, la mujer se sentó encima del padre y lo cubrió con su ropa, no sin pensar que si Jatñil los descubría no vacilaría en quitarles la vida.

A poco llegó el capitancillo y al ver sentada a María Gracia le preguntó por el padre Caballero. Con el temor reflejado en su rostro, le contestó que no lo había visto, rogándole que no le hiciera daño. Jatñil le creyó y rápido se retiró para seguir buscando en otro lado. Así, con esa estratagema, el sacerdote se libró de una muerte segura.

Tiempo después, cuando le preguntaron a Jatñil por que pretendía quitarle la vida al padre, respondió: “Le tenía mucho coraje porque comenzó a llevarse a los hombres y mujeres de mi tribu y con el engaño de bautizarlos los hacía trabajar para su beneficio. Y también porque los castigaba y no los dejaba salir de la misión para visitar a sus familiares”.

Fue tal el susto del padre que de inmediato pidió su traslado a otra misión, y más aún conociendo el carácter vengativo de los indígenas. Pero de nada le valieron sus precauciones, dado que al poco tiempo de estar encargado de la misión de San Ignacio murió de repente, después de haber ingerido una taza de chocolate. En ese entonces corrió la versión de que había sido envenenado. De sus bienes nadie supo con quien quedaron.

Como no se supo que fin tuvo la india María Gracia, la mujer que con sus enaguas le salvó la vida al padre Félix Caballero.

El capitán Rivera y Moncada

Durante la conquista espiritual de California en los siglos XVII y XVIII, los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos siempre se hicieron acompañar de contingentes militares que si bien estaban sujetos a la autoridad de los religiosos, también tenían instrucciones de apoyar la catequización de los indígenas y, en caso de ser necesario, imponer el orden y la disciplina.

Así, cuando el padre jesuita Juan María de Salvatierra estableció la misión de Nuestra Señora de Loreto, en 1697, lo hizo acompañado de don Luis de Torres Tortolero, alférez y primer capitán del presidio que se iba a erigir, y de don Esteban Rodríguez Lorenzo quien pasados los años se haría cargo también de ese establecimiento militar.

Fue en el año de 1751 cuando a la muerte del capitán Bernardo Rodríguez—había sustituido a su padre don Esteban—y a solicitud de los misioneros, el capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada ocupó el puesto de Comandante de California el cual ejerció “por más de dieciséis años con tanto acierto, prudencia, edificación, desinterés y aceptación común, que desempeñó abundantemente la esperanza que de su persona habían concebido los padres...”

En 1767, con motivo de llevar a cabo la expulsión de los jesuitas, llegó a California don Gaspar de Portolá en su carácter de gobernador. Una de sus primeras acciones fue destituir de su cargo a Rivera y Moncada, aunque poco después se le nombró capitán del presidio de Loreto. Como tal le tocó colaborar con los misioneros franciscanos quienes se habían hecho cargo de los establecimientos religiosos en la península.

Cuando el visitador José de Gálvez dispuso la ocupación de la Alta California con el fin de fundar nuevas misiones y fuertes, la orden de los franciscanos fue la autorizada para llevar a cabo tal encomienda. Y así, en el año de 1769, en el mes de marzo, el primer grupo de soldados de “cuera”, indios cristianos y el fraile Juan Crespí, bajo el mando de Rivera y Moncada, hicieron rumbo al puerto de San Diego adonde llegaron a mediados del mes de mayo. Después llegó también otro grupo en el que iba Fray Junípero Serra y el gobernador Gaspar de Portolá.

El establecimiento de las primeras misiones en la Alta California tuvo diversos grados de dificultad, sobre todo por la falta de víveres tanto, que fue necesario que Rivera y Moncada regresara a la península para proveerse de ellos. A su regreso llevó consigo varios cientos de reses que aliviaron de alguna forma los sufrimientos de los colonos. Las crónicas refieren que para mitigar el hambre, los soldados mataban osos que abundaban en esas regiones.

Cuando se establecieron las misiones de San Diego y San Carlos Borromeo y el fuerte de Monterrey, Rivera y Moncada fue designado Comandante de éste último, pero por razones de mando y administración siempre tuvo dificultades con el comandante Pedro

Fagés y también con fray Junípero Serra. Fueron tan serios los problemas que obligaron a Moncada a solicitar su baja del ejército.

Se encontraba radicando en la ciudad de Guadalajara cuando de nueva cuenta en 1774 se incorporó al servicio militar, para ser designado como gobernador de la Alta California, en sustitución del capitán Fagés. Atendiendo las instrucciones recibidas del virrey continuó con las exploraciones hacia el norte, hasta lo que hoy es la ciudad de San Francisco, lugar donde se estableció un presidio.

En ese mismo año de 1774, el capitán Juan Bautista de Anza, jefe del presidio de Tubac, en los límites de Sonora y Arizona, inició la exploración para encontrar el camino que lo llevara al presidio de Monterrey, atravesando la región desconocida de los ríos Gila y Colorado. Después de una penosa travesía y con la ayuda del cacique yuma Salvador Palma, logró llegar a su destino después de recorrer cerca de 1200 kilómetros.

Por segunda ocasión y contando con el visto bueno del virrey don Antonio de Bucareli y Urzúa, organizó una segunda expedición a fin de confirmar la ruta hacia la Alta California. A finales de 1774 cruzó la Sierra Nevada y llegó a la misión de San Gabriel y después a la de Monterrey.

La referencia es obligada pues es la ruta que siguió Rivera y Moncada en 1781 con el fin de fundar los Ángeles con inmigrantes sonorenses. Y por que en ese recorrido perdió la vida a manos de los indígenas yumas y junto con él los padres Garcés y Díaz que habían acompañado en anteriores ocasiones a Juan Bautista de Anza.

Triste fin el del capitán Fernando Javier Rivera y Moncada, un hombre que acompañó a los padres jesuitas en la noble tarea de fundar misiones y atender a sus feligreses. Y que participó activamente en la colonización de la Alta California no obstante sus dificultades con las autoridades del gobierno virreinal y los misioneros franciscanos.

Un pinole muy original

Los primeros navegantes que llegaron a la península de California dan cuenta de las costumbres de los grupos indígenas, de su vestimenta y los alimentos que consumían. Los que vivían cercanos a las costas eran diestros en la pesca y aprovechaban toda clase de mariscos como las jaibas, los camarones y las langostas; también moluscos como las almejas, los caracoles y los abulones. Desde luego eran afectos a la carne de caguama y la de una que otra ave marina.

Pero los que vivían en el interior, sin tener acceso a las costas, basaban su alimentación en lo que producían las plantas del campo y de los animales salvajes. En una región desértica como era la de California, los indígenas conocían los arbustos que podían comerse, y en sus largos recorridos por los llanos y los montes seleccionaban los frutos, los tallos y las raíces que pudieran nutrirlos.

Complementaban su alimentación con la carne de pequeños animales como la liebre, el conejo, las ardillas, las ratas, las culebras y las lagartijas. Cuando cazaban un venado era día de fiesta. Tampoco le hacían el feo a los gusanos que asados eran una delicia para el paladar de los indios. Y cuando el hambre apretaba incluían en su dieta arañas, chapulines, grillos y larvas de hormigas.

Los indígenas californios dependían totalmente de la naturaleza y es por eso que aprendieron a respetarla. Sin pretenderlo, fueron los primeros ecologistas de la península. Y por eso conocían los ciclos de reproducción de las plantas y los animales para, en su momento, poder aprovecharlos al máximo. Sabían, por los cientos o miles de años de permanencia en ella, que sólo respetando su medio ambiente podrían sobrevivir.

En la temporada cuando el campo reverdecía y las plantas comenzaban a madurar sus frutos, se iniciaba la recolección de éstos con la participación de toda la tribu. Sobre todo buscaban los frutos de la pitahaya, del ciruelo silvestre, del zalate y del mezcal. Y de las raíces preferían la de la yuca y la jícama, además de algunas semillas de los árboles de palo blanco, palo verde, palo chino, el cardón y la biznaga.

Cuentan las crónicas de esa época, que esa temporada era conocida como Meyibó, la mejor del año que era cuando cosechaban las pitahayas dulces. Y la siguiente, conocida como Ammadí-appí, en la que lo hacían con la pitahaya agria. Y como los indios vivían como quien dice al día, no se movían de un lugar hasta que no se acababan los frutos. Comían hasta hartarse como pensando “por ni no te vuelvo a ver”

Cuando llegaron los misioneros jesuitas y conocieron sus formas de vida, sobre todo de las costumbres para alimentarse, procuraron conocer el valor nutritivo y desde luego el sabor—de esas frutos y raíces, intención en la que colaboraron los indios, ya que de continuo eran los regalos que éstos les ofrecían a los religiosos. Algunos ya los conocían

como las pitahayas y la yuca, pero otros como las ciruelas silvestres y algunas semillas les eran desconocidas.

Y esa curiosidad por enterarse de la alimentación indígena dio pauta para una anécdota que el propio protagonista la confirmó: En una ocasión, el padre Francisco María Pícolo—llegó a California en 1697, después de una extraordinaria labor en la sierra tarahumara—visitó a unas familias de indígenas cochimíes en el momento en que distribuían su exigua pitanza. Cuando lo vieron llegar de inmediato le ofrecieron un cuenco lleno de atole, mismo que disfrutó a la par que lo hacían sus comensales. Eso sí, le notó un olorcillo que no pudo identificar.

Cuando se lo terminó preguntó de que estaba hecha la bebida, por lo que una de las mujeres le explicó que la hacían de pinole, producto de las semillas trituradas de las pitahayas, a la par que le mostraba una batea rebosante de ese preparado. Pensamos que debió haberle gustado y que llevó un poco para la misión de Santa Rosalía de Mulegé, lugar donde estaba asignado. En el camino de regreso debió haber pensado: ¡Qué ingeniosos son estos indios!

No se sabe si repartió el pinole a sus neófitos, o lo guardó para su consumo particular. Ni tampoco si llevado del buen sabor del atole, volvió a visitar a las familias en busca de ese apetitoso alimento. Y así hubieran quedado las cosas, si no es que otro misionero diera a conocer el origen del mentado pinole.

Resulta que los indígenas previendo la época del año en que se les dificultaba encontrar sustento en la naturaleza, procuraban guardar los frutos y las carnes de diferentes formas. Pero aún así, cuando la hambruna hacía presa de ellos, era entonces cuando tenían que recurrir a los últimos extremos de la sobrevivencia. Y era entonces cuando aprovechaban las semillas de las pitahayas.

El procedimiento era sencillo: Pasados algunos meses, regresaban a los lugares donde se habían alimentado con estas frutas y donde también habían hecho sus necesidades fisiológicas. Con unos varejones golpeaban los excrementos para ese entonces ya rescos, hasta separar las semillas. Con cuidado las recogían y las ponían a tatemar para después convertirlas en pinole utilizando sus metates. Y ya sea comiéndolo en seco o en atole les servía para “irla pasando”.

Cuando llegó a oídos del padre Pícolo el origen del atole que tanto le gustó, comprendió a que se debía el olor que desprendía el pinole. Y resignado, lo único que acertó a decir fue: ¡Siquiera las hubieran lavado!, refiriéndose a las semillas. Aún así, siguió compartiendo las vicisitudes de los indios hasta 1729, fecha en que murió en la misión de Loreto, Conchó, a la edad de 79 años.

El triunfo del padre Juan de Ugarte

La balandra “El triunfo de la cruz” navegaba con viento de fronda rumbo a la costa sonorenses. Había salido de Loreto un día antes por la mañana y los tripulantes, con la alegría en sus rostros, ya divisaban el litoral, aprestándose a los preparativos del desembarco. Con ellos iba el sacerdote jesuita Juan de Ugarte quien haría contacto con algunas misiones de la contracosta, a fin de recibir la ayuda para los establecimientos religiosos de California.

No era la primera vez que la embarcación hacía el viaje enfrentando las tranquilas aguas del Mar de Cortés, aunque muchas veces el mar encrespado o la ausencia de viento retardaba la travesía, con la natural preocupación de los marinos y los pasajeros que iban a bordo. Además, navegar en una balandra que ya tenía cerca de cien recorridos por los puertos principales de las costas de Sonora y Sinaloa, amén de otros a lo largo de la península californiana, no ofrecía ninguna seguridad primero, por su reducida eslora y segundo, por la falta de un adecuado mantenimiento.

En la contracosta hicieron contacto con los padres que atendían las misiones jesuitas de Sinaloa, Ostimuri y Sonora, quienes en un principio les regalaban productos diversos como trigo, maíz, frijol, hortalizas y telas para vestir. Después, cuando la economía se diversificó, los productos se los vendían, dado que las misiones peninsulares recibían el apoyo del Fondo Piadoso de las Californias. Bien de una forma o de otra, el abastecimiento ayudó en mucho a la permanencia de las misiones californianas.

De regreso a Loreto después de varias semanas de ausencia, “El Triunfo de la Cruz” era recibido con júbilo, y de inmediato se tomaban las medidas para distribuir las provisiones a las misiones más alejadas—y más necesitadas—, como La Purísima Concepción de Cadegomó, San José de Comondú, Santa Rosalía de Mulegé, San Francisco Javier Viggé Viaundó y de Nuestra Señora de los Dolores Chillá. Sobre este acontecimiento, una crónica dice:

“Una mañana de junio de 1732, los habitantes de Loreto, capital de las Californias, se despertaron con el tañer de las campanas de la iglesia. El padre Jaime Bravo, ministro residente de la misión de Nuestra Señora de Loreto, Conchó, mandó que resonaran éstas ante la llegada de la balandra “El Triunfo de la Cruz”. La embarcación venía de San Blas, puerto de la otra banda y traía víveres, haberes para la tropa, bastimentos para las demás misiones, ropa, objetos para las iglesias, correspondencia, libros, algunos animales como caballos y burros, así como otras cosas de utilidad...”

Y es que desde la fundación de la misión de Loreto en 1697, la principal preocupación del padre Juan María de Salvatierra fue proveer de lo necesario a las misiones que se iban estableciendo, aunque eso lo obligó a solicitar la ayuda de las misiones de Sonora y Sinaloa. Para su buena suerte allá se encontraba el padre Eusebio Francisco Kino quien le dio toda el auxilio posible. Aún así, hubo épocas difíciles por la falta de provisiones, tanto, que llegaron a pensar en abandonar su misión evangélica en la península.

Los jesuitas contaban con dos embarcaciones pequeñas llamadas San Javier y El Rosario con las que se comunicaban con Sonora a través del puerto de Guaymas. Pero con el tiempo se deterioraron a tal grado que realmente era un peligro navegar en ellas. Los padres Ugarte y Pícolo que hacían las travesías, seguramente en cada una de ellas, al iniciarla, se confesaban y dejaban escrito su testamento. Fue por eso que atendiendo la sugerencia de contar con un barco más grande y más seguro, y contando con el apoyo del padre Jaime Bravo en ese entonces procurador de las misiones, el padre Ugarte se dio a la tarea de construir una balandra utilizando la madera de la región.

En efecto, en 1719, con carpinteros de la contracosta y ayudado por los neófitos de la región, derribaron árboles conocidos como “Guérivos” en las cañadas cercanas a la misión de Mulegé, los convirtieron en tablas y vigas y después, por medio de carretas tiradas por bueyes y mulas, los llevaron a la playa donde comenzaron a construir la embarcación. Nos imaginamos las dificultades por las que atravesó el P. Ugarte, sobre todo para alimentar a las personas que lo ayudaron y al mismo tiempo conseguir los otros materiales que necesitaría la balandra.

Pero al fin sus esfuerzos dieron resultado. El día 14 de noviembre de 1719, “El Triunfo de la Cruz” fue botado al agua y según las opiniones de los que estuvieron presentes “era el buque más bello, más fuerte y más bien hecho de cuantos hasta entonces se habían visto en el Golfo de California” Y era verdad, pues esa balandra aportó innumerables servicios a los misioneros en sus 120 viajes que realizó durante 25 años.

¿Y que destino tuvo esa balandra a raíz de que los jesuitas fueron expulsados de la península, en 1768? En el inventario que se levantó de las propiedades de la misión de Loreto, solamente aparecen dos embarcaciones: una canoa “San Solano” en buen estado, y una lancha conocida como “San Miguel” de nueve metros de larga por dos y medio de ancho. Pero de “El Triunfo de la Cruz” ningún indicio.

Es probable que después de prestar sus servicios durante 25 años—hasta 1744—la embarcación, con los naturales deterioros, haya quedado inutilizada para el servicio, por lo que los misioneros en esos años consiguieron otras en mejor estado. En efecto, en 1759, con autorización del Real Erario, se construyó un barco en Loreto bajo la dirección del P. Lucas Ventura, y posteriormente contaron con otro más, lo que solucionó la falta de comunicación con otros lugares.

Pero queda en la historia de la Baja California el primer barco que se construyó en esta tierra y el cual por muchos motivos fue, de hecho, el triunfo del padre Juan de Ugarte.

El primer millonario de Sudcalifornia

Eran los tiempos de la colonización jesuita y las fundaciones de las misiones religiosas a todo lo largo de la península conocida como California. En Loreto, lugar donde se estableció la primera misión y el presidio, el padre Juan María de Salvatierra y después los padres Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén, fueron los organizadores de los centros religiosos algunos tan importantes como San Francisco Javier, Santa Rosalía de Mulegé y San José de Comondú.

Fue también la época, unos ciento cincuenta años atrás, en que navegantes y buscadores de fortuna recorrieron las costas californianas en busca de perlas y yacimientos minerales. Desde Hernán Cortés en 1535 hasta Isidro de Atondo y Antillón en 1683, las ostras perleras constituyeron el principal objetivo de sus expediciones.

Con el paso del tiempo la explotación de este molusco se fue reduciendo y más aún porque los misioneros prohibían la pesca y comercialización de las perlas. Pero a pesar de esto, la ambición de riquezas superó dificultades y anatemas. Y ese fue el caso de Manuel de Ocio, a quien el historiador norteamericano Harry Crosby lo llamó “el primer millonario de California”.

Manuel de Ocio, en los años de 1730 a 1740, fue un soldado del presidio de Loreto y estaba bajo las órdenes del comandante Esteban Rodríguez Lorenzo quien, por cierto, se convirtió en su suegro ya que se casó con su hija Rosalía. En esos años estuvo comisionado en varias misiones, entre ellas la de Todos Santos. Aquí tuvo lugar un grave percance debido a la insurrección de los indígenas en el sur de la península, en 1734.

Cuando llegó le llegó la noticia al padre Sigismundo Taraval de la muerte de los padres Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral de las misiones de Santiago y San José del Cabo, se negó de pronto a abandonar Todos Santos, a pesar del grave peligro que corría. Y fue entonces cuando Manuel de Ocio y otros dos soldados lo obligaron a huir para salvar su vida.

En 1740, Ocio se encontraba destacamentado en la misión de San Ignacio, apoyando las actividades religiosas del padre Fernando Consag quien fue el que inició la construcción de la iglesia utilizando piedra cantera de la región. Y así hubiera transcurrido su vida, si no es que un suceso fortuito le cambió su suerte.

Resulta que a resultas de un mal tiempo, el mar arrojó en las costas cercanas a la misión una gran cantidad de ostras perleras, mismas que fueron encontradas por los indígenas que merodeaban esas playas. Y como sabían que las perlas eran muy apreciadas por los españoles, llevaron una buena cantidad a los soldados quienes las adquirieron a cambio de baratijas y prendas de vestir. Ocio, con gran visión dedujo que en esos litorales deberían existir ricos bancos perleros y sin pérdida de tiempo regresó a Loreto donde

solicitó su baja de la milicia, para dirigirse a la contracosta—Matanchel—con el fin de proveerse de canoas y mercancías.

Ya de vuelta a la zona de pesca, Ocio comenzó la explotación y el producto le permitió en los años siguientes recaudar hasta once arrobas de hermosas perlas, lo que le permitió excelentes ganancias. Sin embargo, la competencia en la explotación de los placeres y el hecho de que solamente en los meses de verano y otoño se podía bucear en los yacimientos, obligó a Manuel de Ocio a buscar otras alternativas de trabajo.

En 1748, acompañado de vaqueros, soldados jubilados y de indígenas de sonora, Ocio fundó el Real de Santa Ana en el sur de la península. Ahí se dedicó a la extracción y beneficio de la plata. Años después se fundaron también los pueblos mineros de El Triunfo y San Antonio. Dice un descendiente de la rama de los Mendoza que el Real llegó a tener 22 familias trabajando para Ocio y que los operarios de las minas eran cerca de 200 obreros.

De esta forma, Ocio combinó la pesca de las conchas perleras con la explotación de la plata y en menor proporción el oro. Según un reporte a la Caja Real de Guadalajara, Ocio declaró que hasta el año de 1768 se habían logrado obtener 24 mil 642 marcos de plata. Después de ese año, justo cuando los jesuitas fueron expulsados de la península, tres de las minas de Ocio y la hacienda de beneficio del Real de Santa Ana fueron adquiridas por el gobierno virreinal. Así terminaron las actividades mineras de este exsoldado del presidio de Loreto.

Dicen las crónicas que Ocio murió asesinado en el pueblo minero que fundó. De su familia, doña Rosalía y sus hijos Antonio y Mariano, se sabe que se fueron a radicar a la ciudad de Guadalajara. Una parte de sus descendientes emigraron a la región norte de la península, como la señora Marina Ocio que vivía en el rancho “Guadalupe de los Ocios” cerca de San Vicente, y la cual afirmaba que era nieta directa de don Manuel.

Manuel de Ocio se hizo millonario con las perlas y la plata. Pero a juicio de muchos historiadores, el mayor mérito que no llevó el signo de pesos, fue el haber establecido el primer núcleo poblacional que no estaba bajo la jurisdicción de los jesuitas. El Real de Santa Ana fue por eso el punto de partida para que, con el tiempo, la mayoría de los pueblos misionales dejaran de depender de las autoridades religiosas y se convirtieran en comunidades donde las tierras eran propiedad de sus habitantes.

Sacerdote y guerrillero

En 1825 a los 21 años de edad llegó el fraile dominico Gabriel González para hacerse cargo de la misión de Nuestra Señora del Pilar de Todos Santos. Llegó cuando los pocos centros misionales atravesaban por una crisis económica y de falta de neófitos, que obligó a las autoridades locales a emitir instrucciones para que las propiedades que usufructuaban los frailes pasaran a poder de particulares.

Como había sido costumbre, el padre González tuvo a su disposición las tierras de cultivo y de pastoreo que pertenecían a la misión, administró el producto de esas tierras y tuvo bajo control la fuerza de trabajo representado por los indios dependientes de ese centro religioso.

Acostumbrado a vivir—y vivir bien-- con esas canonjías, no le cayó nada bien que de pronto pretendieran quitarle sus propiedades, y fue ese el motivo de sus protestas y conatos de rebelión contra el gobierno en esa época representado por el jefe político Luis del Castillo Negrete. A tal extremo llegó el problema que en 1842 el padre González fue encarcelado acusado de iniciar una revuelta en contra del gobierno.

Pero ya desde antes, fray Gabriel había dado muestras de su innata rebeldía contra los intereses creados que afectaban el trabajo misional. Dos años después de haber llegado, un jefe político solicitó su expulsión de la península por su “conducta escandalosa y corrompida, usurero y perverso y el azote más cruel e inhumano para los infelices indios”.

Ciertamente el padre no era una perita en dulce. Alentado quizá por los ejemplos de otros sacerdotes, muy pronto, olvidándose de sus votos de castidad, tuvo amoríos con mujeres todosanteñas, una de ellas, Dionisia Villalobos Albáñez, fue la madre de 10 de sus hijos a quienes bautizó con los nombres de Salvador, Gregorio, Atanasio, Jesús, Pedro, Gabriel, Guadalupe, Dolores, Joaquín y Tomasa. En todos esos años hasta que murió en 1868, sus feligreses no lo repudiaron por el hecho de tener una vida sexual tan activa.

Pero todo esto quedó un tanto olvidado, por que al padre Gabriel González se le recuerda por su decidida participación en la defensa de nuestra península durante la intervención norteamericana en los años de 1847 y 1848. Un carácter como el suyo no podía ser ajeno a la intromisión de fuerzas extranjeras en territorio nacional.

Desde el momento que las tropas norteamericanas se apoderaron de la ciudad de La Paz, el padre González comenzó a organizar un grupo de todosanteños para oponerse a la invasión. En el patio de la parroquia organizó una fiesta con el fin de promover el alistamiento contra los intrusos. Y ya con ese contingente se sumó a las fuerzas de Manuel Pineda que atacaban a los norteamericanos tanto en La Paz como en San José del Cabo.

Su presencia como caudillo fue relevante. En el informe que rindió Mauricio Castro al Secretario de Relaciones Exteriores en el mes de diciembre de 1847, destacó el patriotismo de los padres Gabriel González y Vicente Soto Mayor. Cabe señalar que

incluso dos hijos del padre González participaron también en la lucha contra los invasores. Éstos declararon temerle más al sacerdote que a los jefes militares, por la influencia que ejercía sobre el pueblo.

Como se sabe, el 2 de febrero de 1848 se firmó el Tratado de Guadalupe que puso fin a la guerra contra los Estados Unidos. Sin embargo en todo ese mes y el de marzo las guerrillas bajacalifornianas continuaron combatiendo en el sur de la entidad. A pesar de su resistencia, fueron derrotadas en San Antonio y Todos Santos, a resultas de lo cual tanto Manuel Pineda como el padre González fueron apresados y enviados al puerto de Mazatlán.

Liberados poco después regresaron a la península y se dedicaron a sus actividades propias. Hasta su muerte, ocurrida en 1868, el padre Gabriel continuó participando en la vida política y social de la Baja California. Cuando en 1851 la diputación territorial expidió un decreto de nacionalización y colonización de los terrenos de las antiguas misiones, el sacerdote dejó de ser el presidente de las misiones dominicas las que estuvieron a cargo desde entonces del clero secular.

Pero no fue fácil librarse de la presencia del padre. Con sus influencias logró la autorización para ejercer como cura secular bajo las órdenes de Juan Francisco Escalante, primer obispo de la Baja California.

Fray Gabriel González ejerció un auténtico liderazgo y su capacidad de convocatoria fue sorprendente, demostrada cuando se enfrentó a Luis del Castillo Negrete en 1842, y cuando participó contra la invasión norteamericana.

Fue un controvertido personaje que estuvo presente en los movimientos sociales y políticos de casi todo el siglo XIX. Fue un representante de Dios en la tierra que, a su modo, pretendió “desfacer entuertos” como el Quijote. Vivió sin hipocresías ni falsas actitudes de redentor. Actuó conforme le dictaba su conciencia y defendió los principios de su religión y de su Orden. Y cuando fue necesario salió en defensa de la libertad del pueblo al que siempre se debió.

Meléndrez, un patriota traicionado

Por: Leonardo Reyes Silva
lrsilva@prodigy.net.mx

Antonio María Meléndrez Ceseña tuvo una actuación destacada durante la invasión filibustera de William Walker a la Baja California, en 1853 y 1854. De hecho fue él quien obligó a este invasor a refugiarse en los Estados Unidos, luego de varios combates en la parte norte de la península.

En el mes de noviembre de 1853 Walker llegó de sorpresa a La Paz, hizo prisionero al jefe político el coronel Rafael Espinoza y mandó izar una bandera con los colores rojo y blanco y dos estrellas que simbolizaban a las entidades de Sonora y Baja California como integrantes de una nueva república y, desde luego, se hizo nombrar "Presidente" de la misma.

Pero poco le duró el gusto, por que a los pocos días tuvo noticias que se preparaba un contingente en el sur para combatirlo. Esto y el peligro que representaba el arribo de un barco de guerra mexicano, lo obligó a abandonar el puerto, no sin antes llevarse secuestrados al coronel Espinoza y al general Juan Clímaco Rebolledo que en mala hora había llegado a La Paz para hacerse cargo del gobierno.

Con los prisioneros y los documentos del archivo de la ciudad, se dirigió a Cabo San Lucas y de ahí tomó rumbo hasta llegar a Ensenada donde estableció su cuartel militar. Y sucedió lo mismo que en La Paz: el Subprefecto del Partido del Norte, el teniente coronel Francisco Javier del Castillo Negrete quien radicaba en Santo Tomás, le sorprendió la incursión de los filibusteros y de pronto no halló que hacer, por que no tenía soldados, armas ni municiones.

En ese dilema encontró ayuda inmediata y eficaz en la persona de Antonio María Meléndrez quien, con una fuerza de diez hombres, se enfrentó a los invasores logrando derrotarlos en las inmediaciones del rancho La Grulla. Días después, con un mayor contingente, los californios apoyados por indios de la región continuaron los combates contra los filibusteros en la misma Ensenada, en San Vicente y en Santo Tomás. En el mes de mayo de 1854 tras una intensa persecución por parte de Meléndrez, el grupo de Walker se internó en los Estados Unidos a fin de librarse de sus atacantes.

Refieren las crónicas que influyó mucho en la derrota de Walker el hecho de que el barco Carolina donde tenía prisioneros a Espinoza y Clímaco Rebolledo abandonó el puerto y los regresó a la ciudad de La Paz. Y para acabarla, en el buque se fueron también los víveres y los pertrechos de guerra.

En cuanto a Walker fue detenido en San Francisco y acusado de violar las leyes de neutralidad entre los dos países. Nada grave y por eso fue absuelto. Para muchos

norteamericanos los invasores fueron héroes audaces seguidores del “Destino Manifiesto”. Para otros, los más sensatos, tal acción fue un desvergonzado crimen.

Y después de ese intento fallido de apoderarse de la Baja California, ¿Qué fue de Antonio Meléndrez? Mientras este patriota libraba los últimos combates contra los invasores, llegó en el mes de marzo a la ciudad de La Paz el general José María Rangel designado por el presidente Santa Ana como comandante y jefe superior político de la Baja California. Con una fama de hombre de pocas pulgas, acostumbrado a hacer las cosas con autoritarismo, comenzó a gobernar según sus propias conveniencias.

En el Partido del Norte y ante la huida de Castillo Negrete a San Diego, se hizo cargo de esa región Antonio María Meléndrez. Pero no faltaron personas envidiosas e intrigantes que hicieron correr el rumor de que este patriota criticaba al gobierno de Santa Ana. Al saberlo, el general Rangel dispuso que una fuerza militar se dirigiera a San Felipe y que de ahí un emisario le llevara una carta a Meléndrez quien se encontraba en Ensenada.

En la misiva, Rangel le otorgaba el grado de comandante de escuadrón y una recompensa de 500 pesos. Pero en realidad, la orden que tenía el portador de la carta era asesinarlo, como en efecto sucedió. Ese fue el pago para el hombre que salvó a la península de la invasión filibustera de William Walker.

Aún así, el recuerdo del patriota aún permanece. Un ejido y en la actual Ensenada una escuela secundaria, una calzada y un parque llevan su nombre. Es lo menos para un héroe de la talla de Antonio María Meléndrez Ceseña. No fue así con William Walker a quien sólo las crónicas de acuerdan de él. En 1860, cuando andaba en sus andanzas filibusteras, fue capturado y fusilado en una ciudad de Nicaragua.

La vacuna milagrosa

Cuando Edward Jenner descubrió la vacuna contra la terrible enfermedad de la viruela negra, ya el virus había matado a millones de seres humanos en todo el planeta. Desde varios siglos A.C. la peste asoló a muchas regiones del Oriente, y todavía en 1720 hizo estragos en Francia e Italia.

Sobre este último país es conocida la historia de 10 jóvenes—7 mujeres y 3 hombres—que huyendo de la peste en la ciudad de Florencia se refugiaron en un apartado rincón de la campiña, donde permanecieron hasta que se terminó la epidemia. Así lo relata Giovanni Boccaccio en su famosa obra “ El Decamerón” escrita en el año de 1348.

Se debe recordar también la devastación causada por las pandemias de 1521 y 1575 en la Nueva España, sobre todo la primera dado que por su causa los aztecas infectados de ese mal, no pudieron ofrecer resistencia a los embates de las tropas españolas. De no ser por eso, otro gallo hubiera cantado.

Y es que el virus de la viruela no se conocía en América sino que fueron los españoles los que transportaron la enfermedad. Los indios no tenían defensa alguna, ni natural ni medicinal. Cuando los conquistadores llegaron a las diferentes regiones del continente llevaron con ellos el virus de la viruela y, en su momento, contagiaron a los grupos indígenas de California.

Las crónicas de esa época, particularmente en la época de la evangelización jesuítica en el siglo XVIII, refieren con detalle las epidemias que casi acabaron con la población indígena concentrada en las misiones establecidas por los misioneros en San Javier, Mulegé, Comondú, San Ignacio, Santiago y San José del Cabo. El sarampión, el paludismo, la tifoidea, la sífilis y la viruela causaron gran mortandad en los indefensos indígenas.

Para 1768, de 41500 naturales que existían cuando llegaron los misioneros jesuitas, solamente quedaban 700, mismos que desaparecieron cincuenta años después. Desde luego fueron varias las causas de su desaparición, pero una de ellas, quizá la más seria, fueron las enfermedades que contrajeron.

En 1805, siendo gobernador de la Baja California don Felipe de Goycochea, llegó a Loreto el médico cirujano y botánico don José Francisco Araujo, quien venía a inspeccionar las causas por las cuales muchos nativos morían de enfermedades contagiosas. Gracias a sus conocimientos pronto se dio cuenta que el causante de los males era el virus de la viruela.

Ante la gravedad de la epidemia, por medio del gobernador solicitó al virrey de Nueva España don José de Iturrigaray, le enviara “el pus de la vacuna” para contrarrestar el problema. Atendida su petición llegó a Loreto la sustancia, misma que fue aplicada mediante inyecciones a las personas enfermas. No se sabe de la eficacia del medicamento, aunque en otros lugares del mundo había sido exitosa.

Caso análogo pero 39 años después, en 1844, sucedió con una epidemia de viruela que padecía la población de La Paz y que se propagaba causando la muerte a niños, jóvenes y adultos. El jefe político en funciones, alarmado, buscó la manera de atacar la enfermedad. Al respecto del mandatario existe una confusión que es preciso aclarar.

Desde el mes de abril de 1843 hasta el 10 de mayo de 1844, el coronel Mariano Garfias fue designado Jefe Político de la Baja California. Antes de él había estado el también coronel Francisco Padilla, personaje que abandonó la jefatura por algunos meses y se fue a Mazatlán. Cuando Garfias entregó el gobierno lo sustituyó el coronel Francisco Palacios Miranda.

Sin embargo, en el libro “Los apuntes históricos de Manuel Clemente Rojo sobre Baja California” incluye un relato del señor Ramón Navarro, quien fuera jefe político de la entidad, en que afirma que después de Garfias llegó como encargado de la jefatura el coronel L. Maldonado (1844) y a él le tocó hacer frente a la epidemia de la viruela.

Como era un hombre muy atrabancado y acostumbrado a hacer su real gana, mandó traer la vacuna y en lugar de dejar que un médico la aplicara, él mismo lo hizo con ayuda del señor Francisco Lebrija, Juez de Primera Instancia. Así es que mandó por los enfermos y comenzó a vacunarlos según su propio método. Nomás que eran más los que morían que los que se salvaban.

Llegó a tal grado el miedo a vacunarse que los nativos huían a los montes donde se sentían más seguros. Y es que el procedimiento no era el adecuado. Platican los que se dieron cuenta de ello, que L. Maldonado insertaba en una aguja una mecha de lienzo, lo humedecía en pus y después la insertaba entre el cuero y la carne del enfermo. A los pocos días ya era difunto.

El señor Navarro dice que fue tanta la mortandad en la ciudad de La Paz, que de “600 almas solo quedaron 200...” La vacuna en sí era milagrosa, pero fue convertida en letal por obra y gracia de un jefe político ignorante.

Robinson Crusoe en California

En un libro anterior me refería a este pasaje que resulta interesante conocerlo, especialmente por la relación que existe con una novela del siglo XVIII a la que su autor, el escritor inglés Daniel Defoe, le puso por nombre “Las aventuras de Robinson Crusoe. Considerada como la primera novela inglesa, fue publicada en 1719 y en ella narra la vida de un náufrago que pasa 28 años abandonado en una remota isla conocida como “Más-a-tierra” del archipiélago chileno de Juan Fernández.

La novela relata las aventuras de un marinero del puerto de York que se enlista en un barco mercante para recorrer los mares en ese entonces conocidos. Robinson pertenecía a una familia acomodada, pero su afán de conocer el mundo lo hicieron embarcarse sin imaginar el sin fin de aventuras que pasaría. En el naufragio de la embarcación fue el único superviviente que logró arribar a una isla deshabitada cerca de la desembocadura del río Orinoco.

Durante sus largos años en la isla, en una ocasión rescata a un nativo de un grupo de caníbales los cuales habían llegado a la isla para preparar una hoguera y comérselo. Después de liberarlo lo llamó Viernes por que fue el día en lo salvó de la muerte. Desde entonces fue su compañero y juntos sortearon diversos peligros. Por fin una nave inglesa lo rescató y lo llevó de regreso a Inglaterra.

Ese es el contenido de la novela pero en la realidad sucedió algo parecido. Resulta que en el año de 1709, el pirata inglés Woodes Rogers recorrió el Océano Pacífico en sus buques “Duke” y “Dutchess” y en el mes de diciembre de ese año arribó Puerto Seguro como se llamaba en ese entonces Cabo San Lucas. Su intención era apoderarse de los galeones que venían de Filipinas como en efecto lo hizo con la nao “Nuestra Señora de la Encarnación”. Quiso hacer lo mismo con el “Begonia” pero fue rechazado.

En la tripulación del “Duke” venía un marinero que habían rescatado de la isla de “Más-a-Tierra, del archipiélago chileno de Juan Fernández. Cuenta Rogers en su “ A Cruising Vollage Round the World” que el hombre estaba cubierto de pies a cabeza con pieles de cabra y con aspecto más salvaje aún que estos animales. Su nombre era Alexandre Selkirk y había sido abandonado en ese lugar por el capitán Padlin cuatro años antes.

Ante el capitán y los marineros, contó su maravillosa y conmovedora historia de su desolación, de sus temores y de sus miedos de los primeros días en esa isla desierta; de la vida que se vio obligado a llevar y el afán de supervivencia lo hizo más ágil al igual que las cabras a las que daba caza.

Durante los días que el “Duke” estuvo anclado frente a Cabo San Lucas, parte de sus tripulantes bajaron a tierra, entre ellos seguramente Selkirk, y fue así como tuvieron contacto con los indígenas pericúes. La descripción que hace de las costumbres y

características de los nativos de esa región es interesante sobre todo por los datos etnológicos que aporta. Así, por ejemplo, dice en una parte de su relato:

Los naturales que vimos aquí eran como 300; tenían grandes brazos, eran rectos, altos y de color más oscuro que cualesquier otras gentes que había visto en el Mar del Sur. Su cabello largo, negro y derecho y caía hasta los muslos. Los hombres completamente desnudos y las mujeres llevaban una cubierta de hojas sobre sus privados, o pequeños delantales de hierba o los pellejos de aves y animales...”

Después de su enfrentamiento con el galeón “Begonia”—debido a los ataques piráticos estos venían artillados—Rogers regresó a Inglaterra llevando un cuantioso botín arrebatado a la “Nuestra Señora de la Encarnación”. Con el tiempo y como “premio” a sus hazañas de corsario, ocupó el cargo de gobernador real de las islas Bahamas, lugar donde murió en 1732.

El caso de Alexandre Selkirk que originó la famosa novela de Robinson Crusoe, tiene semejanza con otros dos que sucedieron más o menos en las mismas fechas. Una es la de Pedro Serrano que naufragó junto con dos marineros en un inhóspito banco de arena del Caribe y que fue rescatado después de 8 años de vida solitaria en ese lugar. El otro, y que tuvo lugar en Baja California en 1713, fue el cautiverio del marinero Juan Díaz a manos de los indios pericués que habitaban la isla de San José. Al escapar, se refugió en una cueva en la costa, frente a la isla de Cerravo donde vivió mucho tiempo a base de pescados y mariscos.

Por cierto, en los últimos estudios sobre la novela de Robinson Crusoe se cree que Daniel Defoe se inspiró en la aventura de Juan Serrano y no de Alexandre Selkirk. Será por la semejanza.

Una planta para la sobrevivencia: el mezcal

Cuando llegaron los misioneros jesuitas a California y comenzaron a conocer las costumbres de los grupos indígenas que la habitaban, pusieron especial atención en la diversidad de sus alimentos y que medios utilizaban para conseguirlos, tomando en cuenta que vivían de la caza, la pesca y la recolección de frutos y raíces de su entorno.

Los padres jesuitas Miguel Venegas, Juan Jacobo Baegert, Miguel del Barco, Francisco Xavier Clavijero y Luis de Sales, entre otros, se refirieron a las costumbres culinarias de los californios, pero fue del Barco el que describió con minuciosos detalles las maneras como lograron sobrevivir en un medio tan difícil como el de la península.

Como otros grupos aborígenes de muchas partes del mundo, los de California echaban mano de cuanto bicho se les presentara con tal de mitigar el hambre. Así, las lagartijas, las víboras, las arañas, ratas, ratones, tuzas, gusanos o cualquier otro insecto iba a parar al estomago, aunque la mayoría de ellos eran pasados por la lumbre. Así lo hacían con las aves, los peces y tortugas y, cuando tenían la suerte de matar un venado, la tatema alcanzaba para varias familias.

Pero también aprovechaban los frutos silvestres, las hojas, los tallos y las raíces. Las pitahayas dulces y agrias, las ciruelas, los frutos del garambullo, del nopal y de la cholla, los higos silvestres y las raíces de la yuca. Y de las hierbas no le hacían mal gesto a la verdolaga, el quelite y la endivia. Las semillas predilectas eran las de la zaya, la jojoba y el palo verde.

En los tiempos donde la comida escaseaba, los indios echaban mano de las semillas de pitahaya, pues con ellas hacían una especie de pinole que era muy de su gusto. Nomás que esas semillas tenían un pero, porque las recogían del excremento humano ya seco. Con cuidado, golpeando con un varejón, separaban las semillas y después las tostaban aunque ni así, dicen, desaparecía la pestilencia. Según una anécdota, el padre Francisco María Pícolo sin saberlo y tratando de congraciarse con ellos, probó ese “alimento”.

Sin embargo, unos de los alimentos que más apreciaban era una planta que se daba en los valles y las partes serranas de la península. Y la apreciaban por la sencilla razón de que gran parte del año podían aprovecharse de ella, cuando otros alimentos escaseaban. Es planta no era otra que el mezcal una variedad del agave que se produce en todo México y, por fortuna también en Baja California.

Miguel del Barco—también lo hacen los otros cronistas—describe como eran las plantas y la forma como los indígenas se beneficiaban de ellas. Antes de florecer, las indias con un pedazo de madera adelgazado en un extremo, cortaban las hojas o pencas a fin de dejar solamente la cabeza que es la que aprovechaban. Después de cortarlas dejándoles una cuantas pencas, las trasportaban hasta el paraje por medio de una bolsa en forma de red

que se colocaban en la espalda, sujeta por unos cordeles que se sostenían con la frente. Un pedazo de piel de venado amortiguaba la presión en ese lugar de la cargadora.

Cuando llegaban al paraje, abrían un hoyo y en él colocaban leña y piedras a fin de hacer una hoguera. Después de que las piedras estaban al rojo vivo colocaban encima de ellas las cabezas de los mezcales y tapaban todo con la tierra caliente de las orillas del pozo. Después de dos días sacaban la “tatema” y se disponían a comérsela. Primero masticaban las pencas para saborear el jugo, ya que las hebras del mezcal por fibrosas no eran comestibles. Y después la parte carnosa la cortaban en trozos y así la consumían. Era un alimento nutritivo y de buen sabor y por eso los indios lo procuraban casi todos los meses del año.

Dicen los jesuitas que aunque de esa planta se podía extraer el jugo para convertirlo en licor, los californios nunca lo intentaron, conformándose con chuparlo y comérselo. Fue bueno ignorarlo, porque de lo contrario los padres hubieran encontrado una población adicta al alcohol lo que, aparte de las condiciones infrahumanas en que vivían, ese vicio junto con las enfermedades, hubiera acabado más pronto con sus vidas.

Con el paso de los años, las personas que se quedaron en las misiones y los que fundaron los ranchos en California, aprendieron a destilar licor extraído de los agaves, bien para uso propio o para comercializarlo. El historiador Harry Crosby, en su libro “Los últimos californios” describe el proceso de la destilación del mezcal en un rancho de la sierra de Guadalupe:

Cuando el horno estaba caliente junto con las piedras, se abría y se llenaba de mezcales, se tapaba con una plancha de metal y se sellaba con lodo para que no escapara el vapor o el calor. Allí, los agaves se asaban durante cuatro días antes de ser removidos, machacados, puestos en un barril y cubiertos con agua. Al cabo de cuatro o cinco días, un fermento, causado por una levadura que ocurre naturalmente, corría su curso; el mezcalero sólo tenía que revolver su mezcla diariamente. Luego todo el contenido del barril era transferido a un alambique primitivo y destilado de manera similar a la que se emplea para convertir la mayoría de las fermentaciones en licores fuertes.

Fue buena suerte para los californios no conocer este procedimiento, ni que los jesuitas se lo enseñaran. Así, solo fue un magnífico alimento que permitió la sobrevivencia de los Cochimíes, Guaycuras y Pericúes.

Chimbiká, el rey del desierto californiano

Por: Leonardo Reyes Silva
Irsilva@prodigy.net.mx

Así llamaban los indios al más grande animal salvaje que habitaba la península de la Baja California. Tanto los pericúes del sur, como los guaycuras y los cochimíes que habitaban el resto de la entidad lo conocían, pero un tanto debido a sus creencias que impedían matarlo y también porque aprendieron a convivir con él, este felino era el amo y señor de los montes y valles.

Los navegantes que arribaron a las costas californianas en el siglo XVII, al describir las costumbres de los indios dan fe de los regalos que les hicieron, entre ellos unas pieles de un animal al que ellos llamaban “Chimbiká” y que los marinos identificaron como cueros de tigre y de león. En realidad eran pieles de lo que después se conoció como Puma o León Americano, una especie muy difundida en toda la América del Norte.

Cuando los padres jesuitas llegaron a las Californias para fundar sus misiones, trajeron consigo animales domésticos como cabras, borregos, vacas y caballos, mismos que se distribuyeron a los centros religiosos que iban estableciendo. Con el paso de los años se obtuvieron crías que aumentaron los rebaños en muy buena proporción como fue el caso de las misiones de San Francisco Javier, Comondú, La Purísima y San Luis Gonzaga.

La carne de esos animales sirvió para complementar la dieta de los indios que radicaban en las misiones, aunque no en la proporción que ellos deseaban, por lo que el ganado fue en aumento, aprovechando las grandes extensiones de terreno donde podían alimentarse. Pero si los nativos no disfrutaban de la carne de esos animales, si lo hacían los leones y los coyotes que mataban a las crías sin que los misioneros pudieran evitarlo.

El padre Miguel del Barco, encargado de la misión de San Francisco Javier, se quejaba de la falta de mulas y caballos, porque la cruce entre las yeguas, caballos y burros se hacían en el campo y no tenían control sobre ellos. Y eso originaba que los leones dieran cuenta de las crías, a veces sin dejar una sola. Por su parte, Juan Jacobo Baegert, de la misión de San Luis Gonzaga, informaba que en un año “los leones mataron a cincuenta de mis potrillos y becerros. Algunas veces hasta se atreven a atacar a caballos y mulas...”

El mismo padre Baegert, en una carta que le mandó a su hermano George también misionero, le dice: “Hace algunas semanas mi boyero me trajo un animal que llaman león el cual algunas veces mató a todos mis potrillos y terneras, como ocurrió este año. Tuvo suerte en poder matarlo por medio de una piedra que le tiró desde lo alto de una roca. Era muy joven. Las garras eran la mitad de gruesas respecto a otro ejemplar que fue muerto por los perros y después enviado a mí. Sin embargo las patas eran tan grandes como las de un becerro de diez semanas de nacido. El cuerpo era muy largo con pelambre corta parecida a la piel de un caballo. El color es amarillento las orejas cortas, cabeza y

bocas son redondas con un buen juego de dientes y un bigote como de un gato. Pienso que estos animales, con excepción del color y pelaje, tienen más semejanza con los tigres que con los leones...”

Después de que los jesuitas fueron expulsados de la península en el año de 1768, el padre Miguel del Barco en un manuscrito que dio a conocer, describió con amplitud las características del que llamó “leopardo o león y que los indios cochimíes llamaban Chimbiká que significa gato montés grande”. Y Francisco Javier Clavijero, en su “Historia de la Antigua o Baja California” también se refiere a estos animales muy numerosos en la península, “porque no atreviéndose los californios a matarle a causa de cierto temor supersticioso que le tenían antes de convertirse al cristianismo, se fueron multiplicando con mucho perjuicio de las misiones que después se fundaron, pues hacían estragos en los ganados y tal vez en los hombres, de los cual se vieron algunos ejemplos trágicos en los últimos años que estuvieron allí los jesuitas...”

Contra lo que pudiera esperarse, en ese periodo de la existencia de las misiones y de los padres jesuitas, franciscanos y dominicos que las atendieron, nada se hizo para diezmar a esa fiera salvaje por lo que su número fue aumentando. Ni trampas, ni batidas, ni cacería con armas de fuego se utilizaron para acabar con el peligro que representaba este animal. Todavía a mediados del siglo XIX, muchas personas dieron fe de su encuentro con leones, pero sin consecuencias que lamentar. Y es que, de tiempo atrás, se sabía que estas fieras le temían al hombre, salvo algunos casos donde fue atacado por En los últimos años poco se sabe de la existencia de leones en nuestra península. Su extinción se debió a la multiplicación de ranchos en las sierras y la matanza de ellos por los rancheros con el fin de proteger a su ganado. Aunque todavía en lo alto de las sierras de San Francisco, de La Giganta, de La Laguna y de La Victoria, moran unos cuantos ejemplares.

Hace dos décadas recorrí algunos ranchos de la sierra de La Laguna, por el lado de San Antonio de la Sierra. En uno de ellos saludé a don Sebastián Cosío quien tenía fama de cazador de leones. Entre trago y trago de café, platicó que según sus cuentas había matado cerca de cien de estos animales, auxiliado por sus perros y una carabina 30-30. De las comunidades de las regiones de Santiago, Miraflores, San Bartolo, Todos Santos y San Antonio, lo mandaban llamar para que diera cuenta de leones que asolaban al ganado.

Cuando le pregunté si había comido carne de ese animal me contestó que sí, pero fue por necesidad. Él y otro compañero se pasaron todo el día rastreando uno que dio por matar al ganado. Ya muy tarde lo encontraron y le dieron un balazo y como no habían comido en todo esas largas horas, su amigo arrancó unas tiras de carne del león y las puso a asar. Don Sebastián no pudo aguantarse y se comió un buen pedazo. “hasta eso—comentó—tiene muy buen sabor”.

Lástima que los indios de California no supieron aprovechar la carne y la piel de estos animales. Con su permanente hambruna que los hacía comer lagartijas, lombrices y otras sabandijas, un bocado de carne de Chimbiká les sabría a gloria.

Los dos Migueles

Uno nació en la villa de Adamus, diócesis de Córdoba, España, en 1743. El otro, en la hacienda de Corralejo, Guanajuato, en 1753. Los dos se ordenaron sacerdotes y ambos realizaron un extraordinario trabajo en esa época que les tocó vivir. Pero mientras el primero desarrolló su labor evangélica en la península de la Baja California, el segundo lo hizo en comunidades del centro del país. Los dos, unidos en el tiempo y en el espacio, con las proporciones guardadas, dejaron su huella en la historia de México.

Miguel Hidalgo, el principal caudillo de la Revolución de Independencia, era un cura libre y brillante, excéntrico y emprendedor, que realizó una intensa labor en beneficio de sus feligreses. Fue un hombre carismático y con grandes iniciativas. En las parroquias que atendió criaba abejas, tenía talleres de loza y curtiduría de pieles, cultivaba viñedos y, en la de Dolores experimentó el plantío de moreras para la cría de gusanos de seda.

Al mismo tiempo, Hidalgo sostenía ideas muy claras sobre la situación social, económica y política del país. En su círculo de amistades opinaba que el pueblo mexicano anhelaba ser independiente de España para que pudiera gobernarse a sí mismo. Y que era vergonzosa y humillante su situación que ya duraba más de 300 años.

El otro Hidalgo, fray Miguel, de la orden de los padres dominicos, formó parte del primer grupo de misioneros que llegó a la península en 1772, para hacerse cargo de los establecimientos religiosos en lugar de los padres franciscanos, quienes se trasladaron al norte para fundar misiones en la Alta California.

Por cierto, el arribo de los dominicos a su nuevo destino estuvo marcado por la tragedia. En la travesía del puerto de San Blas a Loreto naufragaron, lo que causó posteriormente la muerte de cuatro de ellos, incluido fray Juan Pedro de Iriarte, que había sido designado presidente y vicario provincial de la Baja California. En su lugar quedó Vicente de Mora quien distribuyó los 26 religiosos que llegaron, en las 13 misiones existentes en ese año de 1772.

Por desgracia, después de nueve años de estar al frente de las misiones, fray Vicente de Mora murió de una hemorragia cerebral, por lo que Miguel Hidalgo lo sustituyó como vicario general. En atención a su nuevo cargo, Hidalgo visitó todas las misiones, incluyendo las de Santo Domingo, San Vicente y El Rosario que fueron fundadas durante la presidencia del padre Mora. Además, y esto es demostrativo del celo religioso de Hidalgo y su preocupación por el bienestar de los indios, redactó una serie de 100 reglas para el buen gobierno de los misioneros y las misiones. Algunas de ellas fueron:

“Que los niños debían ir al manantial por las mañanas y lavarse manos y cara: no debía haber favoritos al servir la comida y todos deberían recibir una ración igual; la carne de daría a aquellos que tenían un trabajo duro, a los enfermos, a las nodrizas y a las madres que estaban amamantando, a los convalecientes de epidemias y aquellos debilitados por

el hambre; los niños no debían trabajar hasta que tuvieran uso de razón , entre los doce y catorce años de edad; al amanecer, los indios debían ir al templo a recitar en su propia lengua la doctrina cristiana, excepto los miércoles, viernes y domingo, cuando debía ser en español”.

Como vicario y como administrador de los negocios del gobierno español, Hidalgo desarrolló una intensa actividad a favor de los hermanos dominicos. Cuidó de su bienestar tanto en lo espiritual como en lo material; atendió sus problemas personales y gestionó las mejoras económicas tanto de ellos mismos como de las misiones.

En un informe que rindió al rey de España en 1786 dio cuenta del estado de las misiones. Y cosa por demás curiosa: nombró las que se estaban atendiendo, entre ellas la de Nuestra Señora del Pilar de La Paz. Quizá fue una equivocación dado que esta misión fue abandonada en 1749 por los jesuitas y nunca más volvió a funcionar.

Es posible que los dos Migueles, cada uno en su campo de acción religiosa, supieron de la existencia de su homónimo. Y aunque al padre Hidalgo y Costilla le costó la vida haber iniciado la independencia de nuestro país, fray Miguel Hidalgo, el dominico, la ofrendó siempre en la salvación de las almas de los grupos aborígenes de la Baja California.

Fue gobernador por decir la verdad

En el año de 1927 llegó el general e ingeniero Amado Aguirre como gobernador del Distrito Sur de la Baja California, designado por el entonces presidente Plutarco Elías Calles. Independientemente de su prestigio como integrante del Congreso Constituyente de 1917 en el que tuvo una participación distinguida, su nombramiento se debió—al menos eso creemos—a una carta que el general envió al presidente Álvaro Obregón en el mes de mayo de 1921.

Reciente su nombramiento como primer magistrado de la nación, a Obregón le interesaba ser reconocido por el gobierno de los Estados Unidos y por eso todo acto a favor de ello merecía su aprobación. Fue por eso que el 18 de marzo de 1921 dio el visto bueno al norteamericano Delbert J. Haff como propietario de 2 millones 158 mil 427 hectáreas desde la altura de terrenos de la península de la Baja California, dentro de los cuales se hallaba la bahía Magdalena.

GRAL. AMADO AGUIRRE

Hasta eso que el gringo de marras, agradeciendo el favor que no la legalidad de la concesión, cedió la tercera parte de esos terrenos al gobierno mexicano, además de una franja de 5 kilómetros de protección alrededor de la bahía. Aún así, se quedó con un millón 200 mil hectáreas en una franja desde la altura de Todos Santos hasta el paralelo 28.

Esa enorme extensión de terreno fue el mismo que en 1914 el gobierno de Victoriano Huerta escrituró a Delbert J. Haff y que tres años después, en 1917, Venustiano Carranza declaró nula la concesión. Pero Obregón en un alarde de autoritarismo, resolvió devolverle esos terrenos en una acción a todas luces ilegal.

Fue por eso que Amado Aguirre, en un alarde de honestidad y patriotismo, reclamó al presidente Obregón la autorización que la Secretaría de Agricultura y Fomento hizo a favor del multicitado extranjero. En la carta de referencia, Aguirre explica que esta decisión violaba el artículo 27 de la Constitución, pero además porque un ciudadano norteamericano estaba incapacitado para adquirir tal concesión de acuerdo con las leyes mexicanas vigentes.

Al final de su misiva, el general asentó lo siguiente: “Creo ,pues,en definitiva, que lo que más conviene a los intereses de la nación y al prestigio del gobierno, es que se reconsidere la nueva concesión otorgada a favor de Delbert J. Haff y que, en último caso se le otorgue una compensación pecuniaria a fin de que la Baja California sea verdaderamente recuperada por la Patria.”

Como era de esperarse, la protesta de Amado Aguirre no fue tomada en cuenta por el gobierno, ya que a Obregón le importaba más lograr el reconocimiento de los Estados

Unidos y de su presidente Warren C. Harding. Así, tuvieron que pasar 12 años, hasta 1933, para que la administración gubernamental de Abelardo Rodríguez declarara nula la concesión y los terrenos pasaran nuevamente al poder de la nación.

Quizá este reclamo fue uno de los motivos para que en 1927 el general Aguirre fuera designado gobernador del Distrito Sur de la Baja California por el presidente Plutarco Elías Calles. Dice el general en sus memorias que al recibir el nombramiento el mandatario le dijo: “Desyunque aquel territorio y procure crearle rentas propias, para si es posible exonerar al Erario Federal del subsidio que aporta a aquel Gobierno para su sostenimiento.”

Desde luego, Calles estaba enterado de la concesión hecha a Delbert J. Haff y creía que la península estaba invadida de gringos. No le faltaba razón, ya que había una gran publicidad en los Estados Unidos para que personas de ese país vinieran a colonizar la región de bahía Magdalena. Afortunadamente esa promoción fue un fracaso lo que dio motivo, ya lo dijimos, para que nuestro gobierno declara nula esa concesión.

Respecto a la otra recomendación, el general Aguirre hizo todo lo posible a fin de mejorar las finanzas del Distrito, y a lo mejor lo hubiera logrado si es que no lo sustituyen por el general Agustín Olachea Avilés, quien se hizo cargo de la entidad en 1929. Al menos así lo creía, ya que en sus memorias afirma que “ gracias al manejo honesto de las rentas del territorio y en medio de su pobreza, se iban creando riquezas públicas de tal suerte, que ya había avisado al Gobierno Federal, que para el año siguiente el Territorio se bastaba sólo, y estoy seguro que lo hubiera logrado”.

Los apuros del general Múgica

Cuando al general Francisco J. Múgica lo comisionaron para que se hiciera cargo del gobierno del Distrito Sur de la Baja California, nunca se imaginó la tarea tan ardua que tenía por delante, no sólo por el atraso en el desarrollo económico de la entidad sino también por el olvido ancestral en que se había tenido a esta región de nuestro país.

Y a lo anterior hubo que sumarle el peligro latente que significaba la declaración de guerra contra los países del Eje —Alemania, Italia y Japón— y la probable invasión de las costas californianas por las fuerzas niponas, sin contar la manifiesta oportunidad de los Estados Unidos para, con el pretexto de la defensa de sus costas, penetrar al territorio mexicano para protegerlo de ese supuesto arribo de las fuerzas enemigas.

Pero Múgica sabía como “mascaba la iguana” tratándose de las ambiciones territoriales de los norteamericanos y peor sabiendo que desde siempre habían querido adueñarse de la Baja California. Por eso, en mensajes enviados al presidente Ávila Camacho, le reiteraba la necesidad de construir caminos hacia la costa por los rumbos de Bahía Magdalena, la adecuación de campos de aterrizaje y contingentes militares para hacerle frente a cualquier emergencia.

Pero el peligro no llegó del Japón sino de los Estados Unidos. Sin decir agua va, a finales de 1941, tropas norteamericanas pasaron la línea fronteriza por la ciudad de Tijuana y se posesionaron de puntos estratégicos del norte de la península y llegaron incluso hasta la población de Santa Rosalía. Fue en ese mes de diciembre cuando el general Cárdenas, nombrado comandante de la Región Militar del Pacífico, acompañado del general Múgica, se dio cuenta que a la altura de Bahía Magdalena se encontraba una flota norteamericana.

Gracias a la firme determinación del general Cárdenas y con el apoyo del presidente Ávila Camacho, en el mes de enero del siguiente año las tropas invasoras regresaron a su país. En ese entonces se hacía la pregunta sobre quien había autorizado la entrada de los gringos a nuestro suelo. Por que había peligrado la soberanía de México.

Pero eso no fue todo. Seguía latente la intromisión de los Estados Unidos y fue por eso que tanto Cárdenas como Múgica insistieron ante el presidente Ávila Camacho la urgente orden de evitar a toda costa que las tropas norteamericanas penetraran al país. En el mes de marzo de 1942, cuando el IV Ejército al mando del general Hewitt formado por 20 mil elementos llegaron hasta la frontera con México, el pueblo de Tijuana, apoyado por el ejército mexicano se opusieron a la invasión y con voces iracundas gritaban: ¡No pasarán! ¡No pasarán!

Cuenta la crónica que ante la valerosa decisión de los tijuanaenses y la enérgica actitud de los militares mexicanos, el ejército extranjero se vio obligado a regresar a sus bases en la ciudad de San Diego. En sus memorias, el general Heriberto Jara se refirió a este suceso

diciendo: “Ya los soldados norteamericanos estaban listos para cruzar la frontera. Cárdenas dio orden de hacer fuego si pasaban. Y así lo comunicó al gobierno de los Estados Unidos que ante tan digna actitud optó por cancelar tan descabelladas disposiciones”.

Este fue el mayor peligro por el que atravesó nuestro país en la Segunda Guerra Mundial. Y aunque las pláticas para llegar a acuerdos sobre la defensa del territorio nacional prosiguieron en buenos términos, lo cierto es que si no hubiera sido por la firme determinación de Cárdenas y las protestas enérgicas de Múgica, a lo mejor los gringos se hubieran salido con la suya.

Múgica demostró en estos inesperados acontecimientos su acendrado patriotismo y la actitud viril de un destacado mexicano. Sobre el particular, en una ocasión, ante un grupo de oficiales de la Región Militar del Pacífico, expresó: “Negociando podremos sobrevivir; pero si no logramos salvarnos por este medio solamente nos quedará un recurso: el de hacernos matar defendiendo nuestra dignidad; sólo así salvaremos a México de la ignominia y las generaciones futuras no maldecirán nuestra memoria...”

Resuelto el grave problema de la incursión de los americanos en tierras de la Baja California, el general Múgica continuó atendiendo los asuntos relacionados con el mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes del Distrito Sur abriendo fuentes de trabajo, la apertura de zonas agrícolas, las campañas contra las enfermedades infecciosas, el impulso a la educación y el deporte, la construcción de caminos y la ampliación de los presupuestos asignados al Distrito por el gobierno central.

Quizás, independientemente de sus esfuerzos para lograr un mejor desarrollo para la entidad, uno de sus mayores méritos fue la firme defensa de la soberanía de esta región del país. Su voz fue escuchada por los altos funcionarios del gobierno, quienes compartieron sus inquietudes y el peligro que representaba la penetración de tropas norteamericanas a territorio nacional. Es por eso de los apuros del general Francisco J. Múgica.

Guerrero Negro

El nombre de esta población del norte del Estado da mucho de que hablar. Porque ¿de quién fue la idea de ponerle Guerrero Negro a este lugar que tiene apenas 56 años de haberse fundado y que tiene como característica su dependencia de una de las empresas salineras más grandes del mundo?

Dicen las crónicas que en 1954, el norteamericano a cargo de la Compañía Exportadora de Sal recién establecida en ese lugar, reunió a los pocos trabajadores para preguntarles que nombre le pondrían al poblado. Las propuestas fueron tres: Salinitas, Vizcaíno y Guerrero Negro, decidiéndose por esta última aunque, a decir verdad, puede que haya habido cierta influencia del empresario en cuestión.

Y es que todavía muchas personas residentes en el lugar, y no se diga de las extrañas, no se explican bien a bien por que el nombre de Guerrero Negro, tan diferente a la toponimia que distingue a la Baja California. Es por eso que algunos historiadores, entre ellos Miguel Mathes, han investigado el origen de los vocablos, basándose en documentos de muchos años atrás, sobre todo los que se refieren a la cacería de ballenas en las costas de América, por el lado del océano Pacífico.

Allá por 1850, unos barcos balleneros que recorrían los litorales de la península bajacaliforniana, descubrieron los lugares de cría de las ballenas grises y a partir de entonces comenzó una explotación indiscriminada de ese cetáceo. La bahía Sebastián Vizcaíno fue una de las zonas donde cada temporada —de noviembre a marzo— se cazaban miles de ballenas a tal grado que en el período de 1856 a 1869 se sacrificaron cerca de 30 mil de estos animales.

El norteamericano Charles Melville Scammon, en su barco Ocean Bird fue de los capitanes que más tiempo dedicó a esta industria. En 1858 llegó a la bahía de Sebastián Vizcaíno y entró a la Laguna Ojo de Liebre a la que bautizó como Laguna Scammon. Gracias a él y al diario de ese viaje, se conoció el naufragio de la goleta “Black Warrior” que tuvo lugar en ese mismo año.

La goleta había llegado en el mes de noviembre y ancló en uno de los esteros de la laguna en espera de las ballenas, pero en diciembre el capitán Brown decidió cambiarse de sitio, y fue entonces cuando el fuerte oleaje arrastró la nave hacia la orilla de la costa rompiéndole la quilla. Los otros barcos surtos en la laguna acudieron en su auxilio y lograron salvar parte de los barriles de aceite que guardaba en sus bodegas.

Dicen los pescadores de esa zona, que todavía a finales del siglo se podían ver los restos de la malograda goleta Black Warrior. Y hubiera quedado en el olvido si no es que Charles Melville llevado de su espíritu científico, al dar a conocer las rutas migratorias y los hábitos

de las ballenas grises, hizo alusión de la Laguna Ojo de Liebre y del fin que había tenido la embarcación.

Desde luego, en 1954, cuando se comenzó a formar el pueblo de Guerrero Negro, sólo los dueños de la empresa salinera conocían de este hecho dado que toda esa información estaba en inglés. De haberlo sabido quien sabe si le hubieran puesto ese nombre, ya que esa goleta y muchos más barcos procedentes de las islas de Hawai y San Francisco casi acabaron con las ballenas grises, en su afán de enriquecerse a costa de su carne, de su aceite y de sus huesos.

Al que sí se recuerda es a Charles Melville por haber bautizado a la laguna como Scammon y también porque es autor de un libro sobre los mamíferos marinos de la costa nortoccidental de América del Norte. Y algo de remordimiento o de falso orgullo debió haber tenido, porque en la historia ballenera de los Estados Unidos es conocido como “Charles Melville, Ojo de Liebre”.

Según fuentes oficiales, el lugar tiene la denominación de Puerto Venustiano Carranza, pero ha imperado el nombre de Guerrero Negro. Y como la costumbre hace ley, así se le conoce en la actualidad aunque, a decir verdad, hubiera sido preferible el primero por aquello de nuestra identidad como mexicanos.

La asonada de Gastón D'Artois

El 19 de junio de 1867 es una fecha trascendente en la historia de México. Con el triunfo de las armas republicanas, ese día fueron fusilados en el cerro de Las Campanas, en la ciudad de Querétaro, el emperador Maximiliano de Habsburgo y los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía.

En ese mismo año, pero el 4 de abril, un aventurero norteamericano de nombre Gastón D'Artois, quien se hacía pasar como un oficial de artillería del ejército de occidente, invadió la península de la Baja California por el lado de la población de San José del Cabo y al frente de un reducido grupo de inconformes se declaró en rebeldía contra el gobierno de Antonio Pedrín, en ese entonces jefe político del Territorio.

Pero ¿qué razones tuvo D'Artois para hacerlo? Hablemos un poco de los antecedentes. En 1862, cuando nuestro país se enfrentaba a la invasión francesa, el señor Pedro Magaña Navarrete fue designado jefe político del Territorio por la Asamblea Legislativa local. En 1864 entregó el poder y de nueva cuenta en 1866 se hizo cargo de la jefatura. Sin embargo, el presidente Juárez lo desconoció y nombró en su lugar a don Antonio Pedrín.

Desde luego, esa determinación no fue del agrado de Navarrete, por lo que desde el puerto de Mazatlán fraguó un movimiento sedicioso con el fin de volver a tomar las riendas del gobierno del Territorio. Y para ello echó mano del norteamericano Gastón D'Artois, quien ni tardo ni perezoso aceptó la encomienda.

La asonada se inició en el pueblo de Santiago sometiendo a las autoridades y de ahí se trasladaron a San Antonio y El Triunfo donde sorprendieron a los pobladores y tomaron como rehenes a varias personas importantes de esos lugares. Al día siguiente llegaron a La Paz y atacaron la Casa de Gobierno y el cuartel, pero fueron rechazados y obligados a huir por los rumbos de San Antonio y el rancho de Texcalama.

Dicen las crónicas que perseguido por las fuerzas de gobierno, D'Artois logró escapar por los vericuetos de la sierra, pero unos rancheros le siguieron el rastro y lo encontraron dormido debajo de un palo verde, lo tomaron prisionero y lo condujeron a La Paz. Entre los documentos que se le recogieron encontraron un manifiesto dirigido a los habitantes del Territorio en el que, dentro de otras cosas, declaraba destituido como jefe político a don Antonio Pedrín.

Desde luego este atentado causó indignación entre los habitantes de La Paz quienes pedían un castigo ejemplar para los amotinados, incluso para D'Artois pedían la pena de muerte. Pero el jefe político los consignó a las autoridades centrales y éstos a un tribunal militar para que los juzgara.

En el interín y preocupado por su suerte, D'Artois dirigió varios alegatos al gobierno mexicano tratando de justificar sus acciones, considerándose ciudadano de los Estados Unidos y por lo tanto protegido por las leyes de esa nación. Y como siempre ocurre, dos autoridades de ese país protestaron por la detención de esta persona. W. W. Halleck, mayor general del ejército norteamericano y F. B. Elmer, cónsul en la ciudad de Tijuana, enviaron sendos oficios pidiendo un juicio justo para el prisionero.

No sabemos que tanta influencia tuvieron las intervenciones de estos personajes, pero total, después de muchos dimes y diretes, D'Artois fue puesto en libertad y un año después obtuvo del jefe político Carlos F. Galán, una concesión para establecer un centro de población en las márgenes del río Colorado. Permiso que por cierto le costó un proceso judicial al gobernante por extralimitarse en sus funciones.

Después de ese intento de colonización, de D'Artois no se volvió a saber nada, aunque para la historia de la Baja California fue otro más de los aventureros que como William Walker en 1853 y Juan Napoleón Zerman en 1855, pretendieron buscar su fortuna en tierras californianas, sin darse cuenta que aquí encontrarían una resistencia feroz a sus audaces pretensiones.

Por lo demás, así terminó la tentativa de Pedro Magaña Navarrete de apoderarse del gobierno del Territorio. Refugiado en San Francisco, California, allá quedó para siempre. El último recuerdo de su gobierno en la Baja California es que dejó las arcas de la tesorería vacías.

Lo que sí es oportuno comentar es que mientras en el centro del país se luchaba contra el ejército francés y contra el gobierno imperial de Maximiliano, aquí en el Territorio de la Baja California los grupos políticos andaban a la greña con el dicho de "quítate tú para ponerme yo" sin importarles mucho el destino de nuestro país.

Afortunadamente con el triunfo de las fuerzas liberales encabezadas por el presidente Juárez, las cosas se normalizaron y de nueva cuenta el Territorio volvió por los cauces de la paz y la armonía entre gobernados y gobernantes, haciéndose eco de lo dicho por el vencedor de los franceses: "Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz".

Cuando los jesuitas se fueron

Después de 70 años de atender las misiones religiosas que fundaron en la Baja California, entre ellas Loreto, Mulegé, Comondú, La Purísima y San Francisco Javier, los padres jesuitas tuvieron que abandonar la península por orden del rey Carlos III. Fue una disposición tajante contenida en el Decreto del 27 de febrero de 1767, mediante el cual el rey desterraba de sus dominios, incluida la América, a todos los religiosos de la orden de San Ignacio de Loyola, quienes deberían refugiarse en los estados vaticanos, en Europa.

No se sabe bien a bien a que se debió esta decisión del monarca, aunque se cree fue por intrigas palaciegas, levantando el falso rumor que los jesuitas maquinaban la ruina de la iglesia. Fue así como en el Decreto se asentó que esa determinación se debió “a causas gravísimas, relativas a mantener en subordinación, tranquilidad y justicia a sus vasallos, y en otras urgentes, justas y necesarias que reserva en su Real ánimo...”

Cosa parecida pasó en los primeros años del siglo XIV cuando el papa Clemente V, temeroso del gran poder adquirido por la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, más conocidos como los Caballeros Templarios, envió instrucciones selladas a todas sus guarniciones militares, con la orden terminante de no abrirse hasta el 13 de octubre de 1307. En ellas el papa acusaba a los templarios de ser herejes, de rendir culto al demonio, de burlarse de la cruz y otras acusaciones, las más injustificadas. Ese día tomaron prisioneros a muchos templarios, se les torturó y fueron condenados a ser quemados vivos acusados de herejía. La verdadera intención de Clemente V era quedarse con los tesoros acumulados por la orden.

Cuando el rey Carlos III de España expidió el Decreto de expulsión, se creía que los jesuitas de California eran dueños de cuatro millones de pesos producto de la explotación de las minas y el buceo de perlas. Además que tenían en su poder diez mil fusiles y pólvora suficiente para repeler cualquier ataque. Fue por eso que al llegar el nuevo gobernador, Gaspar de Portolá a Loreto a mediados del mes de diciembre, para aplicar el Decreto en cuestión, lo primero que hizo fue requisar todos los bienes de las misiones y levantar el inventario de los mismos.

Grande fue su sorpresa cuando se dio cuenta que sólo tenían en depósito siete mil pesos en Loreto, pero nada de fusiles ni la pregonada pólvora. Aún así incautó todo, pues la orden era reunir a todos los misioneros para llevarlos a la ciudad de México y de ahí a España. Pero dadas las distancias entre las que se encontraban los centros religiosos, hubieron de pasar dos meses más para disponer el viaje de los jesuitas.

Los 16 religiosos salieron el día 3 de febrero y desembarcaron en el puerto de Matanchel. De ahí pasaron por Tepic y Guadalajara hasta llegar a Veracruz. El 8 de julio llegaron al puerto de Cádiz y en el mes de marzo de 1769 se embarcaron en un buque holandés que los llevó al puerto de Ostende. En ese lugar cada uno se dirigió a su lugar de origen.

Es interesante hacer notar la presencia de misioneros alemanes en California. En el momento de la expulsión había ocho, entre ellos Lamberto Hostel, Benno Ducrue, Juan Jacobo Baegert, Ignacio Tirsch y Wenceslao Linck. Bien que mal estos religiosos regresaron a su tierra, no así los dos mexicanos, Juan José Díez y José Mariano Rothea, quienes permanecieron muchos años lejos de su patria.

48 años después, en 1815, el rey Fernando VII ordenó se abriera una investigación para conocer las verdaderas causas de la expulsión de los jesuitas del imperio español. Se buscó en los archivos del reino pero no se encontraron pruebas de su culpabilidad. Fue así que en el año de 1816, la orden de los jesuitas fue reconocida de nueva cuenta.

Pero ya no pudieron volver a California. Después de su destierro las misiones estuvieron a cargo de los padres franciscanos y a partir de 1773 las atendieron los frailes dominicos. De cualquier manera, el recuerdo de los jesuitas permanece en tanto existan los centros religiosos que ellos construyeron, que dan fe de toda una hazaña evangelizadora extraordinaria.

Aquí están como testimonios los templos de Loreto, Mulegé, San Ignacio, Santa Gertrudis y San Javier. Otros como el de La Purísima, Los Dolores, La Paz y Todos Santos han desaparecido, pero no así los nombres de los misioneros jesuitas que los fundaron. Ellos ya pertenecen a la historia de Baja California Sur.

Un matrimonio fallido

Aunque de hecho este relato no corresponde a la historia sudcaliforniana, está relacionado con la conquista del noroeste del continente americano y de los navegantes que la hicieron posible. Y como cosa insólita, dentro de esa serie de exploraciones que llevaban el fin de asegurar para España el dominio de esta vasta región hoy ocupada por los Estados Unidos y Canadá, sobresale el idilio de un aristócrata ruso con la hija de un comandante español del Presidio de San Francisco.

La expansión española en el siglo XVIII había llegado hasta Nutka una isla pequeña a la altura de lo que hoy es la ciudad de Vancouver, Canadá. Ese lugar fue visitado por Juan Pérez en 1774 y en 1778 el capitán inglés James Cook arribó a la bahía de Nutka a la que llamó Friendly Cove por la actitud amistosa de los indios. Pasados los años, otros exploradores llegaron después, entre ellos Esteban Martínez y Juan Francisco de la Bodega y Cuadra.

Aún cuando se tomó posesión de esa región a nombre de la corona española, no fue posible hacer respetar esa decisión y poco a poco los aventureros angloamericanos, ingleses y hasta franceses incursionaron en la bahía en busca de pieles de nutria y también con intenciones de dominio. Y así, la expansión española solamente llegó hasta los límites de la bahía de San Francisco.

Los navegantes rusos, en cambio, únicamente llegaron hasta un lugar al que llamaron Sitka localizado en las costas de Alaska. Se dedicaron a la recolección de pieles de todas clases, mientras establecían un pequeño campamento. Sin embargo, por las difíciles condiciones del clima, así como la falta de alimentos, llegó el momento en que sus vidas peligraban. Y así las cosas...

Un día de tantos del mes de abril de 1806, el vigía del castillo de San Joaquín de San Francisco dormitaba y por eso no se enteró de la entrada de un bergantín a la bahía. Al darse cuenta dio la voz de alarma y a los pocos minutos los soldados de cuera del Real Presidio con el alférez Luis Argüello se preparaban para la defensa. No fue necesario pues el barco era el "Juno" con bandera rusa que había entrado a San Francisco en busca de provisiones necesitadas con urgencia en el campamento de Sitka.

La embarcación venía al mando del conde Nicolai Petrovich Rezanof quien explicó que era el nuevo jefe, nombrado por el zar, de todas las avanzadas rusas en Alaska, y que tenía la encomienda de entrevistarse con el gobernador español del territorio. Al día siguiente, un soldado fue enviado al presidio de Monterrey con la solicitud del conde. Mientras tanto, en los días siguientes, Rezanof intercambió con los padres de la misión pieles por frutas secas, harina y charquí y otras provisiones que tanta falta hacían en Sitka.

A los pocos días llegó el gobernador Arrillaga intercambiando saludos con la tripulación del barco. Pero ante la solicitud del conde de adquirir mediante compra los comestibles

que les hacían falta, aquél se negó aduciendo que tenía órdenes de no aceptar ningún negocio comercial. Así, entre ruegos y negativas, pasaron las semanas, mismas que el conde aprovechó para hacer amistades, sobre todo con la familia del comandante Argüello.

José Darío Argüello tenía una hija de quince años de edad quien se enamoró de Rezanof y éste, quizá por amor o por conveniencia, le correspondió y fue así como se comprometieron en matrimonio. María de la Concepción Marcela, llamada cariñosamente Conchita, aceptó la propuesta del conde de regresar primero a Sitka y después a San Petesburgo para informar al zar de su viaje. A su regreso llevarían a cabo su enlace.

Pero Conchita lo esperó por años y Rezanof nunca regresó. Años después se supo que en su travesía por Siberia al cruzar un río el hielo se quebró y el murió ahogado. Otra versión dice que en el transcurso de su viaje contrajo una fiebre intensa que lo obligó a refugiarse en una choza. Repuesto un tanto, cabalgó durante días, pero no pudo resistir y en el camino murió.

El historiador sudcaliforniano Pablo L. Martínez en su libro "Historia de la Alta California" dice de este romance lo siguiente:

"María Concepción nada supo durante muchos años sobre la suerte de su amado. Creyendo que la había engañado vivió en medio de la mayor amargura, sin querer oír a muchos hombres que la pretendían. Se dedicó a servir a los pobres y atender a los enfermos desvalidos. Vino a saber el fin de su pretendiente hasta el año de 1842; y al tener conocimiento de ello entró en el convento de Santa Catarina en la propia California, y en esa casa de reclusión murió en 1857, a la edad de 67 años. Este es el romance más conocido y más popular que ha existido en la Alta California en toda su historia."

Juan Rodríguez Cabrillo, el ignorado

Al menos aquí en Baja California Sur, porque en Bahía San Quintín, Ensenada y en San Diego en la California norteamericana, se le recuerda en monumentos, calles, escuelas y fundaciones, y cada año en esta última ciudad se realiza el Festival Cabrillo, en recuerdo del navegante que por primera vez llegó a sus playas.

Cierto, la ignorancia se debe a lo poco que se ha divulgado su hazaña, de tal suerte que Carlos Lazcano Sahagún, autor de un libro titulado “La navegación de Juan Rodríguez Cabrillo”, ha dicho que en nuestro país es poco lo que se ha hablado de él. Su libro es el primero que se publica en México dedicado exclusivamente a este singular descubridor.

Después de las exploraciones de los litorales de la península californiana descritos por Francisco de Ulloa en 1539 y 1540, y posteriormente en 1541 por Francisco de Bolaños, el virrey Antonio de Mendoza comisionó a Rodríguez Cabrillo para llevar a cabo un recorrido más allá de los descubiertos por Ulloa quien, como se sabe, llegó hasta lo que llamó “Punta del Engaño”, millas abajo de la Bahía de San Quintín.

Rodríguez Cabrillo partió de Navidad —hoy Barra de Navidad en la costa sur de Jalisco— en dos embarcaciones conocidas como “La Victoria” y “San Salvador”, el 27 de junio de 1542. En la relación de su viaje escrita por Juan Páez, dice que el 3 de julio llegaron a la “Punta de California”, lo que hoy es La Paz, y ahí permanecieron dos días, para dirigirse después al Puerto de San Lucas, lugar bautizado como tal por Francisco de Bolaños.

En los días siguientes recorrieron las costas de la península pasando por la isla Margarita y la bahía Magdalena. El 10 de agosto llegaron a un lugar al que le dieron el nombre de “Puerto Vincula” conocido actualmente como Bahía Tortugas. Continuando con sus exploraciones arribaron a la Isla de Cedros, llamada así por Francisco de Ulloa en 1540. En la Relación se hace referencia a una ensenada grande conocida después como bahía de Sebastián Vizcaíno. Y el día 20 de agosto llegaron a la “Punta del Engaño” a la altura del paralelo 30. Este fue el último lugar descubierta por Ulloa, ya que de allí regresó al puerto de Acapulco.

A partir de la “Punta del Engaño” hoy conocida como Punta Baja, Juan Rodríguez inicia de hecho sus propias exploraciones y descubrimientos. Al respecto dice Carlos Lazcano: “Se trata de una navegación sorprendente, durante la cual se descubrió una tierra virginal y se ampliaron los territorios de la primera California. Fue con Cabrillo cuando se completa la exploración de la costa noroeste de Baja California y se hace el primer registro de las costas del actual estado de California, Estados Unidos”.

El 21 de agosto salieron de “Punta del Engaño” y desembarcaron en una amplia bahía en busca de agua y leña. Pero al darse cuenta de la actitud amigable de los indios decidieron permanecer varios días en ella. Ahí por primera vez se tomó posesión de la tierra a

nombre del rey de España, bautizándola con el nombre de “Puerto de la Posesión”. Hoy se conoce como San Quintín.

Continuaron recorriendo la costa y el día 17 de septiembre llegaron a una ensenada a la que llamaron “Puerto de San Mateo” conocida posteriormente como la Ensenada de Todos Santos. Muchos años después se le designó únicamente como Ensenada, la actual ciudad y puerto del Estado de Baja California. Días después descubrieron un lugar que denominaron “Puerto de San Miguel” al que Sebastián Vizcaíno muchos años después rebautizara con el nombre de Bahía de San Diego. Más al norte de este lugar llegaron a lo que hoy se conoce como Monterey y pasaron frente a la bahía de San Francisco.

Rodríguez Cabrillo pagó con su muerte la hazaña de sus descubrimientos. En un enfrentamiento que tuvieron con los indios de la Isla de la Posesión, a la altura de lo que hoy se conoce como Canal de Santa Bárbara, resultó fracturado de un brazo a resultas de lo cual murió el 3 de enero de 1543. En su honor durante muchos años se le conoció a ese lugar como Isla de Juan Rodríguez.

Antes de morir, Cabrillo ordenó a su tripulación que continuaran más adelante y tomaran nota de lo descubierto. Fue así como pudieron llegar hasta el Cabo Mendocino, casi en los límites de los estados de California y Oregon. Cumplida su misión, dieron marcha atrás y el 14 de abril arribaron al puerto de Navidad.

No se sabe a ciencia cierta donde fue sepultado Juan Rodríguez Cabrillo. Pero afirma un historiador norteamericano que fue en la isla de San Salvador frente al Puerto de San Miguel (San Diego). Pero donde quiera que haya sido, lo cierto es que su recuerdo estará presente, al igual que otros como Cortés, Ulloa y Vizcaíno, navegantes españoles que dieron a conocer al mundo la baja y la alta California.

San Quintín, Ensenada y San Diego reconocen a Rodríguez Cabrillo por haber descubierto los lugares donde ahora tienen su residencia. No así La Paz, fundada por Hernán Cortés, quien no tiene un solo monumento a su memoria. Incongruencias de la historia, no cabe duda.

Los vanos intentos de José de Urrea

Por: Leonardo Reyes Silva
Irsilva@prodigy.net.mx

Si la historia sudcaliforniana registra el nombre del general José de Urrea es por que fue el primero que dio a conocer un manifiesto al pueblo, primero en Loreto y después en La Paz, en el año de 1838. Con ello se sumó a otros dos inconformes, Manuel Márquez de León en 1879 y Félix Ortega Aguilar, en 1913. El primero con el Plan Revolucionario de El Triunfo y el segundo con el Manifiesto de las Playitas de la Concepción.

Pero hablemos un poco de la historia de México. En 1824, luego de que México logró su independencia de España, un congreso constituyente dio vida a la constitución federal y dividió nuestro país en 20 Estados y los Territorios de las Californias: Alta y Baja o Nueva y Antigua California. Pero debido a los cambios políticos que obligaron a la designación de varios gobernantes del naciente país, en 1835, bajo la presidencia del general Antonio López de Santa Ana, se creó una nueva constitución llamada “Código de las siete leyes constitucionales” imponiendo el gobierno centralista, la cual convirtió los Estados en Departamentos, incluyendo el de las Californias que antes eran territorios separados.

Además, bajo esa nueva constitución, cesaron las legislaturas de los Estados y en su lugar se establecieron las Juntas Departamentales y los gobernadores sujetos al Presidente de la República. Asimismo para fortalecer al gobierno nacional, se le daba el control de todo el presupuesto del país. Esa fue la Constitución Centralista.

Los Departamentos —establecía el Código— se dividirían en Distritos y estos en Partidos. De esta manera hubo dos Distritos en las Californias: el de la Baja California y el de la Alta. Y en vez de gobernador en la Baja siguió mandando el Jefe Político, quien en 1838 era el licenciado Luis del Castillo Negrete.

Desde luego, el gobierno centralista no fue del agrado de muchos mexicanos por el hecho de haber desconocido la constitución federal de 1824. Y uno de ellos fue el general José de Urrea, un militar que se había distinguido en la guerra de Texas, cuando los americanos se apoderaron de esta parte de nuestro país.

Urrea se levantó en armas en el estado de Sonora y en dos barcos de guerra llegó a Loreto con el fin de publicar un manifiesto a favor de la restitución del sistema federal. Lo acompañaba el capitán José María Mata, un personaje que figuró mucho en la política y en el gobierno de la Baja California de ese entonces.

El 2 de septiembre de 1838 se da a conocer el documento ante el pueblo loretano y su adhesión al mismo. Después del acto, Urrea nombró nuevas autoridades. Hecho lo anterior, junto con Mata se dirigieron a La Paz y el día 7 del mismo mes llegó por sorpresa

a la ciudad. El día 13 restableció el sistema federal y nombró como Jefe Político al teniente coronel Antonio Comadurán.

En la reunión convocada por el general Urrea se acordó reconocer la constitución de 1824 así como el cambio del Juez de Paz por un ayuntamiento, desaparecido cuando entró en vigor el Código de las Siete Leyes. Es interesante mencionar los nombres de algunos personajes que firmaron el acta de adhesión. Ellos fueron Antonio Belloc, Francisco Sepúlveda, Gerónimo Gibert, Ángel Lebrija, Gregorio Durazo y Martín Erqueaga.

El día 16 los dos buques de guerra zarparon rumbo al puerto de Mazatlán con las mismas intenciones, pero al pretender dirigirse al estado de Durango las fuerzas de Urrea fueron derrotadas. Un mes después se encontraba en Tamaulipas prosiguiendo su lucha a favor de la federación.

En Sinaloa, desde el mes de enero de 1838, el pueblo y el gobierno de Culiacán se habían levantado en armas contra el gobierno centralista, secundando la revolución iniciada por Urrea en Sonora. El mismo mandatario estatal, José Francisco Orrantía, firmó el decreto donde se reconocía de nueva cuenta la constitución de 1824. Desde luego, la lucha entre centralistas y federalistas no se hizo esperar. Y a Urrea y José María Mata les tocó perder en ese Estado.

En Tamaulipas no le fue mejor. Con otras derrotas acabó la aventura del general José de Urrea. Hecho prisionero se le confinó en la prisión de Perote, en Veracruz. Pero no duró mucho en cautiverio, ya que fue puesto en libertad a fin de combatir en la llamada Guerra de los Pasteles. Durante la guerra con los Estados Unidos estuvo al mando de una división de caballería. A los pocos días de las batallas de Molino del Rey y Churubusco, Urrea contrajo la enfermedad del cólera y murió en la ciudad de México el 1º de agosto de 1849, a los 52 años de edad.

Por lo que toca a la Baja California, no disfrutaron mucho del sistema federal, pues en el mes de octubre de ese mismo año de 1838, Fernando de la Toba lo desconoció en Loreto y la Paz. Obviamente, el Jefe Político Luis del Castillo Negrete estuvo de acuerdo.

Veleros alemanes en Santa Rosalía

Allá por los años quince del siglo pasado, los habitantes del pueblo minero de Santa Rosalía se acostumbraron a contemplar anclados en la rada del puerto a once veleros alemanes que se mecían suavemente a impulso del viento mañanero. Pero, ¿qué hacían esas embarcaciones en ese remoto lugar de su país de origen?

Cuando las fuerzas revolucionarias se enfrentaban al gobierno usurpador del general Victoriano Huerta, en 1914 estalló la Primera Guerra Mundial entre los países de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Rusia y otros países de Europa.

México, envuelto en sus propios problemas, permaneció ajeno al conflicto, a pesar de que en 1917, por conducto del cónsul alemán en nuestro país, Alemania le pedía que se uniera a su causa y a cambio le devolvería la parte del territorio arrebatado por los Estados Unidos en la guerra de 1846-1848.

La propuesta era tentadora, pero al fin de cuentas México se declaró neutral, pues oponerse al país vecino podía dar al traste con el movimiento revolucionario. De todas formas a nuestro país le tocó una parte indirecta de esa conflagración mundial, parte en la que los protagonistas fueron los veleros alemanes y sus tripulaciones.

Resulta que la compañía minera El Boleo requería de carbón coke para su fundición y era menester traerlo de Europa, sobre todo de Alemania. Cuando se inició la guerra, se encontraban fondeados en Santa Rosalía los veleros en cuestión, luego de haber desembarcado el carbón que llevaban procedente de la ciudad de Hamburgo. Impedidos de regresar, tanto las embarcaciones como la marinería se quedaron en el puerto bajacaliforniano desde 1915 hasta el año de 1920, dos años después de haberse terminado la guerra.

En todo ese largo periodo la tripulación dividía su tiempo en el mantenimiento de los veleros y en hacer vida social con los habitantes de esa población. Aunque no con la libertad deseada, pues no desconocían el hecho de que era una comunidad controlada por los franceses, enemigos de los alemanes a causa de la guerra.

Dice Roberto Gastélum Arce en su libro “Centenario de Santa Rosalía”, que los marineros eran asiduos parroquianos de la cantina del Hotel Central en ese entonces atendido por el señor Gabriel Casillas. Hubo otros que cansados del ostracismo causado por la guerra, prefirieron unirse a las fuerzas revolucionarias de uno y otro bando, mismos que se apoderaban temporalmente de esa región.

También anota Roberto que luego de concluida la Segunda Guerra Mundial en 1918, los veleros fueron llevados a la ciudad de Portland, Oregon, en Estados Unidos. Uno de ellos, el “Wandsbek” quedó en Santa Rosalía. Y todavía en 1927 se le veía encallado en las arenas de la playa.

Esta es la historia de los veleros alemanes. Pero detrás hay otra más singular y tiene que ver con un personaje de la Revolución Mexicana exilado en los Estados Unidos por su filiación maderista. José Vasconcelos conoció en Nueva York a un acaudalado empresario apellidado Hopkins quien lo invitó a participar en un negocio que los haría millonarios en un dos por tres. Se trataba, le dijo, de comprar unos veleros que se encontraban detenidos en la Baja California, y con ellos establecer una ruta marítima transportando miles de toneladas de granos desde Australia al puerto de San Francisco.

Vasconcelos sería el intermediario para entrevistarse con el gobernador de la Baja California y fijar las condiciones para la adquisición de la flota. En efecto, se hizo la reunión pero fue con el coronel Esteban Cantú, gobernador del Territorio Norte y con el cónsul alemán radicado en Mexicali, quien era el representante de los capitanes y armadores de las embarcaciones detenidas en Santa Rosalía.

El asunto iba por buen camino. A Vasconcelos, como socio de la empresa, le instalaron una lujosa oficina en San Diego y para que los tuviera al tanto de las negociaciones. Pero el tiempo pasó y llegó de pronto el cese de las hostilidades y la firma de la paz entre los países en guerra. En uno de los puntos del tratado se estableció que todo el tonelaje alemán refugiado en puertos extranjeros pasaba a Inglaterra. Y de seguro allá fueron a dar los veleros en cuestión, si no es que por influencia del presidente norteamericano Wilson firmante del tratado de paz, esas naves se quedaron en los Estados Unidos.

De José Vasconcelos, el fracasado empresario y a un paso de ser ,millonario gracias a la compra de los veleros, su actitud de revolucionario le valió, al triunfo de la Revolución, ser designado rector de la Universidad Nacional y después, en 1920, secretario de Educación Pública, durante la presidencia del general Álvaro Obregón.

Para el pueblo de Santa Rosalía el recuerdo de este suceso histórico plasmado en los relatos de la época, y fotografías de los veleros alemanes que en mala hora arribaron a ese puerto de Baja California Sur.

José María Esteva, el veracruzano

En los años de mayor efervescencia política en nuestro país, en 1856 llegó a La Paz José María Esteva, un funcionario del gobierno central con su nombramiento de Visitador General de Rentas, con el propósito de supervisar el funcionamiento de la aduana, principal fuente de ingresos del gobierno territorial.

Dos años antes, el general Antonio López de Santa Ana gobernaba al país, pero ante su pésima administración, don Juan Álvarez se levantó en armas proclamando el Plan de Ayutla en el estado de Guerrero, a resultas del cual Santa Ana tuvo que dejar el poder.

En su lugar quedó como presidente interino el general Ignacio Comonfort, quien en 1855 convocó a un Congreso Constituyente con el fin de redactar una nueva constitución. Pese a la oposición de los grupos conservadores, la Carta Magna fue promulgada el 5 de febrero de 1857.

Sin embargo, como la Constitución afectaba los intereses del clero, el general Félix Zuloaga expidió el Plan de Tacubaya en el que desconocía el nuevo código de leyes. Comonfort tuvo que renunciar y eso motivó un enfrentamiento entre las fuerzas liberales y las conservadoras, dando origen a lo que nuestra historia conoce como Guerra de Reforma.

Desde luego, cuando llegó Esteva a la península, la agitación política estaba en todo su apogeo. Unos a favor y otros en contra de la vigencia de la Constitución. Y aunque nuestro personaje era poco conocido, de todas maneras firmó un manifiesto defendiendo la legalidad, representada en ese entonces por don Juan Álvarez.

Esa acción le valió para ser tomado en cuenta por el jefe político José María Blancarte quien lo incluyó en el Consejo de Gobierno, junto con el teniente coronel Francisco Canto y el señor Santos Ruiz. Este Consejo gobernó la entidad a la salida de Blancarte. Primero lo hizo Esteva del 7 de enero al 16 de febrero de 1857, después Canto y posteriormente don Santos hasta el 20 de mayo de 1858.

Durante los días que duró al frente del gobierno, Esteva trató de conciliar los intereses entre los grupos en pugna. Para ello, expidió una proclama la que entre cosas decía: "...que deberían olvidar esos disgustos, verdaderamente de familia, que trastornando el orden de las localidades ofrecen embarazos sin número a la marcha del Supremo Gobierno...".

En el corto tiempo que José María Esteva vivió en La Paz supo darse cuenta de la difícil situación por la que atravesaba la pesca de la concha madreperla, y fue por eso que aprovechando su estancia en el gobierno escribió una "Memoria sobre la pesca de la perla en Baja California", documento que normó los criterios de la explotación de esa riqueza marina.

Con fundamento en esa memoria, el 8 de febrero de 1857 expidió un Decreto en su calidad de jefe interino del gobierno de la península a efecto de proteger los placeres de concha perla. En diez artículos el documento señalaba las zonas de pesca, los periodos de explotación y las multas a que se harían acreedores los armadores que infringieran el decreto.

El conocimiento que tuvo Esteva de las condiciones sociales, políticas y económicas de la Baja California fue de gran ayuda para sus habitantes. Y más aún por que esta lejana región del país la dio a conocer por medio de una novela a la que tituló “La campana de la Misión”, cuya temática la sitúa en el mar de Cortés, el pueblo de Loreto y la misión de San Borjas.

Esa obra escrita después que regresó a su natal Veracruz, la complementó con otra novela corta llamada “La concha del diablo” que aquí conocemos como “La leyenda del Mechudo”. Por cierto, fue doña Carmen Boone Canovas, historiadora xalapeña, quien por primera vez me dio a conocer ese documento, cuyo original se encuentra en una biblioteca de los Estados Unidos.

José María Esteva fue un funcionario público de gran relevancia. Como escritor tiene un lugar especial en las letras mexicanas. Sus creaciones literarias como la leyenda “La mujer blanca”, sus múltiples poemas vernáculos incluidos en su obra “Tipos veracruzanos y composiciones varias” además de “La campana de la misión” lo hicieron merecedor del reconocimiento nacional.

Independientemente de cualquier punto de vista, es oportuno que el recuerdo de este personaje y su obra literaria relacionada con nuestra entidad, sean rescatados y difundidos por todo lo que valen para la cultura sudcaliforniana.

Una bandera extranjera en La Paz

En el año de 1847, los ejércitos norteamericanos invadieron nuestro país, y después de una desesperada defensa llegaron a la ciudad de México y -el 14 de septiembre- izaron su bandera en el Palacio Nacional, para ignominia de los traidores y gobernantes que no supieron estar a la altura de su deber en esos momentos en que peligraba nuestra patria.

Sin embargo, el pueblo de la capital nunca estuvo de acuerdo con esa humillación y lo demostró de muchas maneras. A su paso los invasores recibían insultos, les negaban alimentos, los acosaban con palos y piedras. Desde las azoteas les lanzaban macetas y todo objeto que los pudiera dañar. Cuando intentaron comprar víveres en el tianguis al día siguiente de la ocupación, la gente “armada de guijarros tomó un actitud resuelta y los lanzó sobre carretones, mulas y carreteros y aún sobre los lanceros que corrieron a detenerlos...”

Tanto fue el daño causado a los soldados norteamericanos que el general Winfield Scott ordenó que las casas desde donde los hostigaban fueran demolidas a cañonazos. E impuso una multa de 150 mil pesos a las autoridades capitalinas “por que el pueblo de la capital hizo armas en contra de sus soldados...”

Pero con el paso de los días, ese odio se fue olvidando y los capitalinos empezaron a convivir con los invasores, Los ricos comerciantes y empresarios los agasajaron con banquetes e incluso el arzobispo de México le ofreció su residencia al general Scott para su comodidad. Después de diez meses de ocupación, muchos capitalinos hubieran deseado su permanencia.

Un año antes, en 1846, y por coincidencia el mismo día en que los norteamericanos izaron la bandera en Palacio Nacional—14 de septiembre—llegó a la ciudad de La Paz la fragata U.S. CYANE, con su comandante DuPont, en busca de barcos mexicanos y detenerlos, para impedir el comercio con otros puertos mexicanos. En total requisó nueve embarcaciones entre bergantines, balandras, goletas y un pailebot que eran propiedad de comerciantes del puerto.

Hecho lo anterior, y después que el jefe político Francisco Palacios Miranda aceptó el bloqueo, DuPont se retiró con rumbo a Mazatlán, pues en esa región se libraban combates contra los invasores. Mientras tanto, en la península se organizaban para defenderse de una futura invasión. Con la representación de los pueblos integraron una Junta Territorial la cual de inmediato trató de cesar en sus funciones a Palacios Miranda.

Así las cosas, pasaron varios meses sin que la Baja California fuera invadida. Pero en el mes de enero de 1847, el Secretario de Guerra, William L. Marcy, ordenó formalmente la ocupación de la península. Y fue hasta el 29 de marzo cuando la fragata Portsmouth llegó a San José del Cabo y sometió a las autoridades obligándolas a permanecer neutrales. Allí,

por primera vez se izó la bandera norteamericana y se ordenó a la gente someterse al gobierno civil y militar de los Estados Unidos.

El 13 de abril llegó el Portsmouth a La Paz al mando del comandante John Montgomery y de acuerdo con Palacios Miranda se integró una comisión negociadora para establecer las condiciones de la ocupación. En los acuerdos se estipuló que los funcionarios y empleados permanecerían en sus puestos; que si los soldados mexicanos optaban por quedarse sería bajo su palabra de no tomar las armas contra los norteamericanos; que se regresarían los barcos a sus dueños para reanudar el comercio con otras ciudades del país.

Bajo estos acuerdos, el siguiente día, 14 de abril, las fuerzas de ocupación izaron la bandera de las barras y las estrellas en el edificio que servía como sede del gobierno mexicano. Una bandera que siguió ondeando durante los meses que estuvieron apoderados de la ciudad de La Paz. Y al igual que en la capital de la república para humillación e impotencia de sus habitantes. Pero aquí la resistencia fue diferente.

En los pueblos del norte, San Ignacio, Mulegé, Loreto y Comondú se aprestaban fuerzas para la defensa. Lo mismo sucedía en Todos, San Antonio y San José del Cabo. Fue por eso que los norteamericanos pidieron refuerzos y el día 20 de julio llegó a La Paz el coronel Henry Burton quien estaría cargo del gobierno militar y político de la península.

Pero a pesar de las fuerzas de ocupación, los bajacalifornianos se rebelaron, primero, en Mulegé, donde derrotaron a los soldados extranjeros el 2 de octubre, para después dirigirse a La Paz y San José del Cabo a fin de liberarlas de los invasores. En todo el mes de noviembre y principios de diciembre, las fuerzas de Manuel Pineda se enfrentaron a los norteamericanos mientras que Vicente Mejía, José Antonio Mijares y José Matías Moreno lo hacían en San José del Cabo.

Y en todo ese tiempo la bandera extraña seguía ofendiendo la soberanía de esta región de México. Aún cuando el 2 de febrero de 1848 se había firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo dando fin a las hostilidades entre México y los Estados Unidos, la bandera gringa no se arrió, pues los patriotas continuaban la lucha contra el enemigo.

Fue hasta el mes de abril de 1848 cuando, por fin, los norteamericanos pudieron acabar con los defensores de nuestro suelo. Hicieron prisioneros a Manuel Pineda, Mauricio Castro y el padre Gabriel González, héroes de la resistencia. Y fue hasta el 31 de agosto cuando el coronel Burton devolvió oficialmente la península de la Baja California a nuestro país.

Por fin, después de tanta humillación, el 1º de septiembre la bandera de los Estados Unidos fue arriada de la casa de gobierno de La Paz, y de nueva cuenta, frente a todos los habitantes de la ciudad, fue izada la bandera de México. Días antes en dos buques fueron transportados a la unión americana cerca de 300 personas que de una o en otra forma habían congeniado con el enemigo, entre ellas Francisco Palacios Miranda, el padre Ignacio Ramírez y algunas autoridades que habían servido al gobierno invasor.

Dice una prestigiada historiadora que “desde la batalla de Mulegé el 2 de octubre de 1847 a la batalla final de Todos Santos el 2 de abril de 1848 habían pasado seis meses. Seis meses fueron necesarios para conquistar la Baja California, una tierra paupérrima escasamente poblada, pero cuyos habitantes eran fieros guerreros decididos a permanecer mexicanos”.

Baja California y la intervención francesa

En nuestro país existe un periodo histórico conocido como la Intervención Francesa. Fue en los años de 1862 a 1867, cuando apenas la nación acababa de sortear una guerra civil interna que tuvo por origen el reconocimiento de la Constitución de 1857. El Lic. Benito Juárez, presidente en ese entonces de México, tuvo que enfrentarse a la fuerza avasalladora del ejército francés; y aunque los mexicanos los vencieron en la batalla del 5 de mayo en Puebla, no pudieron evitar que se apoderaran de la ciudad de México en el mes de junio de 1863.

Al año siguiente, llegó a nuestro país Maximiliano de Habsburgo para hacerse cargo del gobierno, quien se hizo llamar emperador de México. Y mientras tanto, el gobierno juarista se refugiaba en las poblaciones del norte de la república llevando con él la bandera de la legalidad.

Ese mismo año de 1864, los franceses se apoderaron de varias ciudades del noroeste del país, entre ellas Mazatlán y Guaymas. En la primera impusieron autoridades adictas al imperio y de ahí establecieron contacto con el gobierno de la Baja California a fin de que aceptaran someterse al nuevo régimen imperial. Pero no contaban con la actitud nacionalista de los habitantes de la península.

La primera invitación para adherirse al nuevo gobierno, provino del Comisario imperial radicado en la ciudad de Mazatlán en un comunicado del mes de septiembre de 1865, dirigido al señor Félix Gibert, jefe político del Departamento de Californias. Un mes después recibió otra, ahora del general Rafael Espinoza designado por Maximiliano Visitador Imperial de la Baja California.

Las dos invitaciones insistían en la conveniencia de aceptar la dominación extranjera evitando así males mayores como la invasión de la península. En el último comunicado el general Espinoza le decía: “el Emperador recibirá con suma complacencia la noticia de la adhesión libre y espontánea de ese Departamento al Imperio y de que ella será indudablemente para bien de la península...”

Pero no contaban con la astucia de Gibert. Antes de dar respuesta a la petición, pidió la opinión de la Asamblea Legislativa, del Tribunal Superior de Justicia y de los Ayuntamientos. Unos diputados estuvieron a favor y otros en contra; el Tribunal opinó que la entidad no tenía medios para defenderse en caso de una invasión y que ésta sólo traería la ruina en todos los órdenes. Los Ayuntamientos de Todos Santos, San Antonio y San José del Cabo no estuvieron de acuerdo en el sometimiento e incluso se estaban preparando para enfrentarse a los franceses.

Así las cosas, la Asamblea Legislativa acordó someterse al gobierno del imperio, pero con la aclaración de que los sentimientos de los californios eran republicanos y solamente por

las circunstancias reconocerían la autoridad extranjera. Y cuando parecía inminente la ocupación francesa, el peligro se alejó.

A mediados de noviembre de ese año de 1865, el general Espinoza visitó la ciudad de La Paz para establecer las negociaciones de la ocupación. El señor Gibert que era su amigo — Espinoza había sido jefe político de la Baja California en los años de 1849 a 1853— lo hospedó en su casa y eso fue la causa de que muchos paceños desconfiaran de él. Y lo peor fue que se recibieron noticias que Clodomiro Cota con un contingente armado se dirigía a la ciudad para tomar prisioneros a Gibert y Espinoza, considerándolos traidores a México.

A los dos jefes no les quedó más remedio que embarcarse rumbo a Mazatlán, mientras que Clodomiro se hacía cargo de la jefatura política. Como ese acto de rebeldía no estaba contemplado por la Asamblea Legislativa, dejaron que el pueblo comenzara a prepararse para el caso de una invasión por parte de las fuerzas francesas. Afortunadamente, como la situación del ejército extranjero se ponía cada vez más difícil por los constantes triunfos de las fuerzas mexicanas y la falta de apoyo del emperador Napoleón III, desistieron de apoderarse de la península bajacaliforniana.

En el mes de octubre de 1866 la mayor parte del ejército francés regresó a Francia. En México el emperador Maximiliano quedó solamente protegido por las fuerzas de los generales Miramón, Mejía y Márquez. Pero no fueron suficientes y en el mes de mayo de 1867 se rindieron al ejército juarista en la ciudad de Querétaro. Por cierto, uno de los generales mexicanos que estuvo en el sitio de Querétaro fue Manuel Márquez de León, un hombre ilustre de Baja California Sur, cuyos restos descansan en la Rotonda de la ciudad de La Paz.

Con el triunfo de Juárez y el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, la Baja California quedó libre de la acechanza de una invasión por parte de los franceses. En cuanto a Félix Gibert acusado de congeniar con el enemigo, tuvo que refugiarse en los Estados Unidos y fue hasta 1868 cuando el presidente Juárez lo liberó de esas acusaciones y le permitió regresar a La Paz.

Corsarios en Baja California

Primera parte

En los siglos XVI hasta principios del siglo XIX el dominio de los mares fue una obsesión para los países europeos, sobre todo de Inglaterra y España. Con el descubrimiento del continente americano y sus riquezas, estas dos naciones buscaron beneficiarse y lograr, por cualquier medio, la hegemonía en el control marítimo de esa amplia zona del mundo.

En esa época España, con sus colonias en América, disfrutaba de un nivel económico extraordinario gracias a los productos mineros, agrícolas y de diversa índole que les eran enviados de los virreinos de la Nueva España, del Perú y del Caribe. Además del intercambio comercial con el oriente, en especial con Filipinas.

Tratando de disminuir el poder de España, la reina Isabel de Inglaterra autorizó a personajes importantes para actuar como corsarios tanto en el océano Atlántico como en el Pacífico. Fue así como John Hawkins, Henry Morgan, Francis Drake, Thomas Cavendish y Jack Rakhman, en fragatas, bergantines y corbetas armadas con cañones de diversos calibres, se apoderaron y destruyeron un gran número de barcos mercantes, apoderándose en muchos casos de cuantioso botines que fueron a dar a la corona inglesa.

Uno de estos corsarios, Drake, recorrió los litorales de la península en 1579 y llegó a la altura de lo que hoy es la ciudad de San Francisco en los Estados Unidos. En ese lugar desembarcó y le puso por nombre Nueva Albión en honor a su soberana, la reina Isabel. Drake está considerado como uno de los corsarios más terribles que asolaron los mares y las ciudades de Nueva España.

Otro más fue Thomas Cavendish quien en 1587 capturó el galeón "Santa Ana" que hacía la ruta Manila-Acapulco. Lo esperó cerca de Cabo San Lucas y después de saquearlo lo incendió, no sin antes dejar a los tripulantes y pasajeros en tierra. Por cierto en él venía Sebastián Vizcaíno, quien años después le daría el nombre a nuestra ciudad.

Otro corsario que no cantaba mal las rancheras fue Hipólito Bouchard, un marino argentino que en el año de 1818 se apoderó de los presidios de Monterey y Santa Bárbara, en la Alta California. Pero de este aventurero hablaremos más en otra ocasión.

El siglo XIX se distinguió por que en ese periodo se llevaron a cabo los movimientos de independencia en todas las colonias españolas, comenzando con México, en 1810. Todavía en los años veinte del siglo, Perú, Chile, Colombia, Argentina, liderados por patriotas como Bolívar, San Martín, Sucre y O'Higgins, defendían su derecho a ser independientes, libres de la tutela de España.

Y en esos movimientos revolucionarios la Armada de Chile fue una fuerza que contrarrestó los intentos dominadores de la marina española. Pero también los corsarios

prestaron un gran servicio a la causa de la independencia. Corsarios fueron los buques La Fortuna, El Chileno, Santiago Bueras y El Catalina.

La primera escuadra naval que se formó en Chile tuvo como almirante a un marino inglés de gran reputación que fue en su tiempo miembro del Parlamento, de nombre Thomas Cochrane y con el título de Lord. Se dice que cuando lo contrataron para hacerse cargo de la escuadra chilena se hallaba sin empleo y acusado de fraude en la Bolsa de Valores de Londres.

En el año de 1819 inició su campaña contra los barcos realistas, bloqueando los puertos donde se encontraban. La historia de Chile refiere que la toma del puerto de Valdivia, “fue sin duda alguna la acción más extraordinaria de todas las guerras de la independencia”. Un año después, la escuadra se apoderó de la ciudad de Lima, en el Perú.

En la contienda apresó varias embarcaciones españolas, pero dos de ellas, las fragatas “Prueba” y “Venganza” lograron escapar del acoso de los bergantines chilenos. Cochrane fue informado que se dirigían al norte, por el rumbo de las costas mexicanas. Fue en su persecución y llegó hasta el puerto de Acapulco sin lograr dar con ellas. A principios de 1822 dispuso que las naves “Independencia” y “Araucano” se dirigieran al puerto de San Blas y el golfo de California en busca de los buques españoles, mientras él lo haría al sur hasta llegar a las costas de Chile.

Acatando las instrucciones recibidas, el comodoro Wilkinson —a cargo del “Independencia”— ordenó al comandante Simpson del “Araucano” se dirigiera a Loreto en busca de provisiones, mientras que él llegaba al puerto de San José del Cabo. Fue así como estas dos naves que formaban parte de la escuadra chilena llegaron a la península de la Baja California.

Su estancia en San José y en Loreto será motivo de un relato próximo. Lo que sí no da lugar a dudas es que esas dos fragatas no eran corsarias ni mucho menos piratas, y que Lord Cochrane es considerado como un personaje en la república de Chile, en donde incluso existen monumentos en su honor.

Corsarios en Baja California

Segunda parte

Cuando Lord Cochrane decidió enviar a las corbetas “Independencia” y “Araucano” al golfo de California en busca de naves españolas, no se imaginó los sucesos que dieron lugar cuando arribaron a las costas de la península, a principios del año 1822.

Mientras el “Araucano” se dirigía al pueblo de Loreto en busca de provisiones, sobre todo de carne de res para hacer “charquí”, el “Independencia” atracó en San José del Cabo gobernado por autoridades españolas y donde se encontraba la misión jesuita fundada en 1730.

Wilkinson se apoderó del pueblo y tomó prisioneros a don Antonio Quartara y su ayudante, aunque después, dadas las aclaraciones los dejó en libertad. Hizo bien, porque Quartara se convirtió en un colaborador de los chilenos. Les proporcionó ganado y víveres y logró que varios objetos de valor que habían sido hurtados por los marinos fueran devueltos a sus dueños.

Y todo hubiera permanecido en paz, si no es que Wilkinson recibió noticias de un barco español que se encontraba en Todos Santos y con el fin de apoderarse de él envió a un grupo de marineros en su busca. Lo encontraron, lo inutilizaron para que se hundiera y en vez de regresar optaron por buscar alimentos en el pueblo. Pero los habitantes del lugar, enterados de lo que habían hecho, los enfrentaron y mataron a varios de ellos.

Mientras tanto había llegado a San José el padre superior de las misiones de California, Miguel Gallego, quien de inmediato se dio cuenta de la situación. Y para evitar represalias por lo sucedido en Todos Santos, decidió cortar por lo sano y declarar la independencia de California del gobierno español. Al menos es lo que dice el historiador Carlos López Urrutia en su libro “Los insurgentes del sur”.

Aunque otros investigadores afirman que fue el comandante de armas de la jurisdicción del sur, el alférez Fernando de la Toba quien, a principios de marzo, realizó el juramento de la independencia alarmado por la presencia de las corbetas de Lord Cochrane.

Siguiendo el relato de López Urrutia, cuando terminó la ceremonia del acto de independencia, el pueblo josefino invitó al comandante Wikilson y sus oficiales a un banquete donde se les agasajó “con tal variedad de platos como jamás se había visto en fiesta alguna. La cocina indígena nunca se alzó a un grado superior y los guisos, especialmente los de tortuga, jamón y venado, resultaron excelentes”.

Cuando terminó el agasajo —relata López Urrutia— el comandante ordenó a uno de los oficiales cuidara de llevar los barriles de agua al barco, ayudado por varios marineros. Pero el movimiento causó el sobresalto del padre superior, quien al no entender las órdenes

dadas en inglés, creyó era una emboscada; como pudo subió a su mula y emprendió veloz carrera rumbo a su misión.

Vowel, un oficial de la corbeta, refiere que algunos marineros lo siguieron también a galope tendido y esto “sirvió para aumentar hasta lo último el terror del pobre fraile con sus hábitos que volaban al viento, perseguido por los herejes ingleses...”. Poco después, aclarada la confusión, por intermedio de Quartara, el padre se convenció de su equivocación. Y así volvió la armonía entre ellos.

Por su lado, “El Araucano” había llegado a Loreto donde encontró poca resistencia, pues el gobernador José Darío Argüello advertido del peligro había huido al pueblo de Comodú, llevándose los objetos de valor de la iglesia. Al frente de la defensa quedó el alférez José María Mata.

A la tripulación de la corbeta le fue mal. Mientras parte de ellos se ocupaban en preparar la carne de res y convertirla en “charqui”, los que se habían quedado a bordo se amotinaron y convertidos en piratas se dirigieron al sur en busca de presas. La corbeta “Independencia” llegó días después a Loreto y después de tener conocimiento de lo sucedido, subió a bordo a los marineros para enfilarse rumbo al puerto de Guaymas donde compró cereales y varias clases de comestibles.

Bien provisionado, Wilkinson enfiló también al sur buscando en su recorrido a los barcos españoles que se habían hecho “ojo de hormiga”. Por más que los buscó no pudo dar con ellos. En esas condiciones, después de pasar por Guayaquil, la corbeta llegó a Valparaíso en el mes de junio de 1822.

Así terminó, dice López Urrutia, la primera y única expedición chilena a las costas de la península californiana. Las relaciones con los habitantes no fueron cordiales, pero esto se debió a que los consideraron piratas, cuando en realidad formaban parte de la Escuadra Chilena al mando de Thomas Cochrane, que luchó en forma sobresaliente por la independencia de los países de América.

Bouchard en la Alta California

Por la tarde del 20 de noviembre de 1818 y entre la bruma de esas horas, un centinela dio aviso que se acercaban dos embarcaciones desconocidas en la entrada de la bahía de Monterey. De inmediato, don José Vicente Solá, encargado del presidio, dio las instrucciones necesarias para contrarrestar un inminente ataque de las naves enemigas.

En efecto, se trataba de las fragatas Argentina y Chacabuco, naves corsarias al mando de Hipólito Bouchard, un marino argentino autorizado por el gobierno para perseguir y atacar a los buques españoles donde quiera que los encontrase. Pero también, llevado de su codicia, se apoderaba de poblaciones costeras en busca de objetos de valor y de víveres. Y ese fue el motivo de su arribo a Monterey.

Alertados desde semanas antes de la posible llegada de Bouchard, los soldados habían preparado la defensa colocando cañones en sitios estratégicos de la bahía, y cuando una de las fragatas se acercó con la intención de enviar a tierra a sus hombres, fue recibida con certeros disparos que la hicieron rendirse. Refiere la historia de ese suceso, que la batería que causó la rendición del enemigo estaba a cargo de un hermano de Mariano Vallejo quien años después sería gobernador de la Alta California.

Al día siguiente, se estableció la comunicación con las autoridades del presidio para pedirles le regresaran el barco con la promesa de retirarse del lugar. Nomás que el comandante del presidio les exigía una fuerte recompensa para liberarlo. Y así, en dimes y diretes, pasó todo el día.

Por la noche, Bouchard mandó recoger a los marineros que se encontraban en el Chacabuco alejándolos del peligro. Por la mañana, en nueve botes, cuatro de ellos armados con cañones, iniciaron el ataque contra el fuerte, cuyos defensores no pudieron detener la sorpresiva embestida. Solá ordenó abandonar el puerto que cayó en manos de los corsarios.

Poco fue lo que encontraron en Monterey, pues con anticipación todas las cosas de valor, los comestibles y el ganado fueron llevados a otros lugares. Encontraron el presidio abandonado pues todos sus habitantes habían huido oportunamente. En venganza, Bouchard mandó incendiar el fuerte, las casas, el cuartel y la residencia del gobernador.

El saqueo e incendio de Monterey alarmó a otras poblaciones del sur de la región. Algunas misiones se cerraron con la consiguiente alarma de los frailes e indios conversos. Algunos vivales aprovecharon la confusión para desvalijar esos centros religiosos. Dicen las crónicas que hasta el vino de consagrar se robaron.

El 6 de diciembre las dos naves llegaron al presidio de Santa Bárbara pero no pudieron desembarcar por el bajo calado de la bahía. Semanas más tarde arribaron a San Juan Capistrano en busca de víveres. Con un mensajero, Bouchard exigió provisiones a cambio

de no atacar la misión, pero el padre encargado le contestó que no, y que si desembarcaban los iba a recibir con una provisión pero de metralla y pólvora.

Para las pulgas del corsario, la contestación desató su furia y por eso ordenó que destruyeran los edificios; y cuando buscaron dinero o algo de valor no encontraron nada. Lo único fue una cava de vino que tuvo como resultado una borrachera de todos los asaltantes. Como pudieron partieron del lugar, no sin antes haber castigado con azotes a los que se tomaron el vino de la misión.

Al proseguir su viaje costearo la península llegaron a la isla de Cedros donde descansaron. Aprovecharon el tiempo para carenar las naves, ir de cacería y matar lobos de mar de los que se comieron las lenguas y los corazones.

Fue una estancia tranquila, con excepción de la pérdida de un bote con seis hombres que desertaron una noche.

A mediados de enero de 1819 zarparon de la isla de Cedros, pasaron por las islas Tres Marías y continuaron su viaje al sur. Algunas crónicas dicen que llegaron a los puertos de San Blas y Acapulco, pero no hay registro oficial de ello. En su recorrido hacia Argentina tuvo varios encuentros con buques españoles. A su paso por Valparaíso Lord Cochrane, quien era el almirante de la Armada de Chile lo arrestó y le formó un consejo de guerra acusándolo de pirata y de atacar y capturar a buques aliados.

De la acusación se salvó pero no de la muerte, porque falleció asesinado por sus propios hombres en 1837. Dice uno de sus biógrafos que Hipólito Bouchard era “un hombre difícil, controvertido, poco amistoso, díscolo y pendenciero; poseía sin embargo, un gran valor personal y era un jefe de enérgica y decidida acción”. En Argentina se le considera un patriota.

Una loretana enamorada

Otra cualquiera hubiera pasado desapercibida. Pero ella era nieta de José Manuel Ruiz que fue gobernador de la Baja California en los años de 1822 a 1825. Y aunque el idilio sucedió durante la permanencia de los norteamericanos en la península —1847-1848-- , el desenlace que originó fue motivo de controversias durante largo tiempo.

En La Paz radicaba la familia del señor Jesús Maytorena casado con doña Isabel Ruiz Trasviña, hija de don José Manuel Ruiz. De ese matrimonio nacieron Manuela y María Amparo, esta última, según las crónicas, dueña de aguda inteligencia y singular belleza.

Cuando tuvo lugar la intervención gringa, María Amparo tenía 15 años de edad, pues había nacido en el pueblo de Loreto el 3 de julio de 1832. No se sabe en que año la familia cambió su residencia a La Paz, aunque fueron de las fundadoras del puerto. De acuerdo a su linaje, de seguro formaban parte de la clase acomodada de la sociedad paceña.

Lo cierto es que las incipientes relaciones con los invasores originaron amistades a las cuales no fue ajena la familia Ruiz Maytorena. Y fue quizá en una de esas reuniones cuando el jefe de las fuerzas de ocupación, teniente coronel Henry S. Burton, le fue presentada la agraciada joven, por la que de inmediato sintió una gran atracción.

La historia no dice si los padres de ella aprobaron el noviazgo, aunque debemos aclarar que muchas familias paceñas vieron con buenos ojos la presencia de los norteamericanos en la península. Y es que la novedad de conocer a personas de otra raza siempre crea atracciones de diversa índole. Como aquélla del padre que llegó entusiasmado cuando los franceses invadieron nuestro país:

Con acento de alfeñique
y con andaluz jaleo,
cuando el triunfo del manteo
anunció el traidor repique,
entró en casa don Fadrique
aumentando la boruca
y le dijo a su hija Cuca
moviendo alegremente los pies:
“Ya vino el guerito,
me alegro infinito,
¡ay, hija, te pido
por yerno un francés!

Como haya sido, lo cierto es que cuando las fuerzas invasoras abandonaron la ciudad en 1848, muchas familias paceñas se fueron con ellos a fin de radicarse en los Estados

Unidos. En ese numeroso grupo iban los Ruiz Maytorena. Su lugar de refugio fue la ciudad de Monterey, en California.

Por supuesto Burton no dejó ir a su presa. Allá fue más fácil continuar el romance que culminó en matrimonio en 1849, no sin antes resolver el obstáculo de las religiones que profesaban: el uno, protestante y la otra, católica. De su matrimonio nacieron dos hijos, Henry y Nellie Burton.

Cuando murió su esposo, en 1869, después de largos años de feliz matrimonio, María Amparo dedicó gran parte de su tiempo a escribir sus recuerdos, tanto de México como de los Estados Unidos. Así, vio publicadas dos novelas a las que tituló "Who would have thought it" (Quién lo habría pensado), en 1872. Después, en 1875, "The squatter and the Don" (El invasor de tierras y el señor).

En el 2001, se publicó un libro titulado "Conflicts of interest" con la correspondencia que María Amparo tuvo con familiares y amistades, entre ellos José Matías Moreno y Guadalupe Vallejo. Gran parte de su cartas se refieren a la defensa de unos terrenos en la ciudad de Ensenada, los que según ella había heredado de su abuelo José Manuel Ruiz.

Las cartas están escritas unas en inglés y otras en español y ellas dan cuenta de la calidad escritural de esta mujer loretana. Bien lo dijo una de las editoras del libro: "By all Rights María Amparo Ruiz de Burton was an extraordinarily talented woman".

A 117 años de su muerte —1895— bien merece un reconocimiento, y que mejor que la reedición en español de su novela más conocida "The Squatter and the Don", en la que describe todos los problemas sobre la tenencia de la tierra propiedad de mexicanos y el acoso de terratenientes gringos.

La huella de un “cuchibiriachi”

Llegó a La Paz guiado por la providencia. Llegó como otros del interior de la república en busca de aventuras, de fortuna o en el cumplimiento de una comisión del gobierno central. Y en el caso particular de Ulises Urbano Lassépas, agrimensor de profesión, visitó nuestra ciudad a mediados del siglo XIX y en 1856 el señor José María Esteva, quien fungía como Visitador de Rentas en el Territorio, lo propuso como agente del Ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República, en vista de los conocimientos especiales que poseía.

Fue una acertada decisión aunque el gusto le duró poco, ya que a los pocos meses de ejercer el cargo lo dejaron cesante y tuvo que buscar otra fuente de ingresos. Y la encontró cuando algunos poseedores de tierras lo contrataron para que los representara ante el gobierno federal por el peligro de perder sus propiedades. Y es que en 1857, siendo presidente de la república don Ignacio Comonfort expidió un decreto que en su artículo 1º decía:

“Las ventas o enajenaciones de las islas o terrenos baldíos de la Baja California que se hubieren hecho desde el año de 1821 hasta el presente, por los jefes políticos o gobernadores y cualquier otras autoridad civil o militar del Territorio o Departamento de ambas Californias, son nulas y de ningún valor mientras no obtengan la ratificación del supremo gobierno.”

Y lo peor fue que el mismo decreto fijaba un lapso de seis meses para la revisión de los documentos comprobatorios, pues de lo contrario pasarían al dominio nacional. Para colmo de sus males, el gobierno fijó un pago de 300 pesos por cada registro de las propiedades.

Ante tan grave situación, Urbano Lassépas inició la defensa de sus representados arguyendo que la tierra es un derecho natural que tienen los habitantes de un país y que por lo tanto sus derechos de propiedad estaban por encima y a salvo de las autoridades que pretendían conculcarlos.

En sus gestiones ante el gobierno central presentó copias de un poco más de 200 títulos de propiedad a efecto de legitimarlos, de acuerdo con el decreto del 10 de marzo de 1857. Como resultado, los títulos fueron autorizados en 1859 y el mismo Lassépas se encargó de entregarlos a los dueños. Y lo mejor, no se les cobró los 300 pesos, sino solamente cincuenta por cada sitio de ganado mayor.

Desde luego y gracias a la intervención de Lassépas el decreto quedó sin efecto en la Baja California o al menos no se aplicó en su totalidad. Con ello quedaron a salvo no solamente los 220 títulos registrados sino muchos más que posteriormente fueron reconocidos legalmente por las autoridades del ramo.

En ello fue un elemento de apoyo importante el libro que publicó Lassépas en 1859 refiriéndose al decreto de 1857. La obra a la que le puso el nombre de “Historia de la colonización de la Baja California y el Decreto del 10 de marzo de 1857”, contiene los argumentos contra el decreto, sus inconsistencias, la injusticia contra los poseedores de tierras y las mejores formas de solucionar ese problema. Pero, además, es un compendio de la historia, la geografía, el aspecto demográfico y la economía de esta región de México.

En 1860 el jefe político le extendió el nombramiento de Juez de Deslindes y con esa responsabilidad recorrió toda la península mensurando los terrenos baldíos y fijando sus límites, a la vez que entregaba los títulos debidamente registrados a sus propietarios. Con la decidida intervención de Lassépas se resolvió en parte la inseguridad en la tenencia de la tierra en la Baja California.

Esa fue la huella que dejó un cuchibiriachi que llegó a la ciudad de La Paz en busca de fortuna, No la encontró, pero a cambio logró que su nombre fuera recordado a través de los años y aún en el presente, por todo el bien que representó para los habitantes de las comunidades rurales de nuestra entidad.

Pero hombres como Ulises Urbano Lassépas no son de un solo lugar. Requerido por el gobierno participó en diversas dependencias oficiales y fue reconocida su eficiencia por el presidente Benito Juárez. Y todavía se dio tiempo para ser un gestor permanente de los problemas de esta región del país.

El pueblo de Baja California Sur le debe un reconocimiento a Lassépas. El Ayuntamiento de La Paz, a través de la Comisión de Nomenclatura, aprobó en años pasados que una calle del fraccionamiento Santa Fe llevara su nombre. Pero por causas ignoradas el acuerdo de Cabildo no se ha cumplido.

Fernando Consag, el misionero

Para Carlos Lazcano

Llegó a la mitad de la cruzada jesuítica en la Baja California. Llegó en 1732 y a pesar de ello, su vida y su obra ha sido muy difundida tanto como las de Juan María de Salvatierra y Juan de Ugarte. Y los responsables de ese reconocimiento ha sido el pueblo del Estado de Baja California, en especial de los habitantes de la ciudad de Ensenada.

Para ellos, Consag fue el iniciador del poblamiento de esa región, el que trazó los primeros caminos y dio a conocer las características de esa amplia zona de la parte sur del hoy Estado de Baja California. Y, desde luego, por que fue el fundador de la misión de Santa Gertrudis la Magna en 1737. Por sus exploraciones realizadas en esos años, demostró que la California era península y no isla, además de elaborar los primeros planos de esa desértica región.

En el año de 1746 organizó una expedición por mar con el propósito de llegar a la desembocadura del río Colorado, pero aprovecho ese recorrido para ponerle nombres a los lugares que iba descubriendo, nombres que actualmente están en uso, como bahía de los Ángeles, bahía de San Luis Gonzaga, San Felipe y la isla de San Ignacio (Montague) en el entronque con el río.

En 1732 llegó a la misión de San Ignacio Kadakaamán, que en ese tiempo era la más alejada de Loreto. Llevaba la encomienda de fundar otra misión más al norte, pero en tanto ayudaría al padre Sebastián Sistiaga encargado de San Ignacio, quien le enseñaría las labores propias de un misionero, así como la práctica de la lengua de los indígenas cochimí, habitantes de esa amplia región de la parte central de la península.

En 1737, el padre visitador Andrés García nombró a Consag como titular de la misión de Nuestra Señora de los Dolores del Norte alejada unos 140 kilómetros al norte de San Ignacio. Pero dadas las carencias económicas esa misión tuvo que ser atendida desde la misión donde estaba asignado. Aún así logró catequizar y bautizar a un número considerable de indígenas.

Fueron muchos años que Consag dedicó a la misión de Los Dolores, aunque con una interrupción de tres años cuando fue nombrado Visitador de las misiones establecidas en la península desde San José del Cabo hasta la de San Ignacio. Cumplido ese encargo, de nueva cuenta volvió a atender su misión de Nuestra Señora de los Dolores del Norte. En 1751, por su propia iniciativa, se cambió la sede de la misión hasta un paraje conocido como La Piedad, lugar donde Consag instaló la misión de Santa Gertrudis la Magna, en sustitución de la anterior de Los Dolores.

En ese mismo año de 1751, la misión de Santa Gertrudis quedó a cargo del padre Jorge Retz quien de inmediato continuó con la catequización de los indígenas e inició trabajos

agrícolas que los proveyeron de trigo, maíz, así como de frutas como los higos, dátiles, cítricos y uvas. Con estas últimas se elaboró el primer vino conocido en esa región. Hasta eso, el padre Consag desde San Ignacio siempre le brindó toda la ayuda posible.

En la ciudad de Ensenada existe la que se llama “Sociedad de la Antigua California”. Ésta, junto con otras instituciones culturales, llevó a cabo en el año 2009 un homenaje a Fernando Consag por su contribución al conocimiento y desarrollo del Estado de Baja California. En el ciclo de conferencias se contó con distinguidos historiadores como Miguel León Portilla, Jorge Martínez Zepeda, Mijo Korade y Simona Binková, estos dos últimos invitados que llegaron de Croacia —de donde era originario Consag— y de Praga.

Mención aparte merece Carlos Lazcano Sahagún quien fue de los principales organizadores del homenaje. Pero, además, porque él y Denis Pericic publicaron en el 2001 un interesante libro al que titularon “Fernando Consag, textos y testimonios” Las palabras de Carlos no tienen desperdicio:

“Algunos años atrás visité la misión de Santa Gertrudis... Fue una experiencia impactante. Muchos kilómetros de una terracería muy mala, recorriendo planicies y mesetas desérticas y de pronto, como en medio de la nada, surgió un templo de cantera, excelentemente conservado... La misión se encuentra en el fondo de una cañada, rodeada por un palmar de dátiles... La huerta aún existe y los viñedos iniciados por los misioneros aún producen uvas. La pila misional funciona y sus acequias siguen conduciendo agua. El manantial sigue produciendo agua...”

El día 10 de septiembre de 1759, entre las ocho y las nueve de la noche, murió el padre Consag en su misión de San Ignacio. Tenía 55 años de edad y 27 de misionero en California. A su memoria, en el mes de junio de 2009 se inauguró el bulevar Fernando Consag a la entrada de la ciudad de Ensenada. Y también un mirador con su nombre.

Amado Aguirre y la rebelión de 1929

El 1º. de noviembre de 1927 llegó como gobernador del Territorio Sur de la Baja California, el general e ingeniero Amado Aguirre. Venía precedido de una amplia carrera militar en la revolución mexicana y fue, en 1917, uno de los diputados constituyentes creadores de nuestra Carta Magna. Figuró en puestos importantes en los gobiernos de Carranza, Obregón y Plutarco Elías Calles.

Dedicado a atender los problemas más urgentes de la entidad, pronto demostró excelentes dotes de administrador poniendo en orden las finanzas y aplicando programas en beneficio de los campesinos y de la población en general. Y así hubiera transcurrido su gobierno, si no es que un movimiento armado en 1929 alteró la tranquilidad de nuestra ciudad.

Desde el mes de diciembre de 1928 gobernaba el país el licenciado Emilio Portes Gil, presidente provisional a raíz del asesinato del presidente electo Álvaro Obregón. Y fue en el mes de marzo de 1929 cuando un grupo de generales encabezado por José Gonzalo Escobar se rebelaron en contra del gobierno establecido, llamando a las armas a toda la república.

Fue un levantamiento muy grave para la paz de nuestro país, sobre todo por que regiones militares como Sonora y Veracruz lo apoyaron así como algunos diputados y senadores. Fue por ello que el presidente Portes Gil ordenó sofocar esa rebelión y en menos de mes y medio dos de los principales sublevados fueron sentenciados a la pena de muerte, con excepción del general Escobar quien se refugió en los Estados Unidos.

En esa sublevación un grupo de militares pertenecientes a la guarnición de la ciudad de La Paz se pusieron de su parte, se apoderaron del cuartel, de la comandancia de policía y querían que el gobernador Aguirre secundara sus intenciones... Lo invitaron para que se sumara a las fuerzas rebeldes de los generales Francisco R. Manzo y Fausto Topete, en el estado de Sonora.

La entrevista de los amotinados y el general Aguirre tuvo lugar en la casa habitación de este último. En vano pretendió hacerlos desistir de la idea de traicionar su deber de soldados leales al gobierno constituido, por que además, estaba seguro, que esa rebelión no tenía pies ni cabeza, ya que no se sabía el propósito que los guiaba.

A pesar de sus argumentos, los militares no desistieron de sus intenciones y fue tal el cinismo de uno de ellos, el mayor Daniel Canto, que le pidió le entregara su pistola ametralladora Thompson, a lo que Aguirre les contestó con tono airado: "Ah, se trata de desarmarme, pues cuando me hayan fusilado o matado en cualquier forma se llevarán las armas que el Supremo Gobierno ha puesto en mis manos para su defensa".

Ante la digna actitud del gobernante, optaron por retirarse a fin de preparar su salida del puerto aprovechando el barco “Washington” surto en la bahía. Mientras tanto, el general Aguirre se dirigió a la casa de gobierno a fin de proteger el dinero destinado a los sueldos de los empleados. Puso en resguardo a través de la empresa Ruffo Hermanos 45 mil dólares que fueron depositados en un banco de San Francisco, California.

Aunque los militares sublevados ya habían salido de La Paz, Aguirre se preparó para una probable invasión de parte de los escobaristas. Pidió refuerzos, armas y municiones para enfrentar cualquier contingencia. En La Paz reclutó a cien hombres dispuestos a la defensa de la ciudad. Y fue en esos días cuando tuvo lugar un suceso que pudo alterar la paz pública.

Resulta que el general Aguirre fue informado de un intento de rebelión en contra de su gobierno por parte de los coroneles Félix y José Ortega, hijos del general revolucionario Félix Ortega Aguilar. Por si las dudas, cuando estos dos militares en estado de embriaguez gritaron vivas a los generales Manzo y Topete, los mandó detener, y sólo los dejó en libertad cuando su padre intercedió por ellos.

En cuanto a la negativa del general Aguirre de sumarse a la sublevación escobarista, sus palabras resultaron proféticas. Derrotado el movimiento, los generales José María Aguirre y Jesús Palomera López fueron pasados por las armas, mientras que otros tuvieron que huir al extranjero, entre ellos José Gonzalo Escobar y Francisco R. Manzo.

Dicen las crónicas que con los millones saqueados a los bancos de Monterrey y Torreón, el general Escobar compró una hacienda en un lugar de Canadá donde vivió muchos años. En 1943 volvió a nuestro país y en 1969 murió en la ciudad de México.

Por su parte, el general Amado Aguirre entregó el gobierno del Territorio al también general Agustín Olachea Avilés, en el mes de agosto de 1929. De Aguirre dice el historiador Miguel León Portilla: “La fecunda vida del ingeniero minero, general revolucionario, estudioso de la historia, hombre de proverbial honradez, gobernante por cerca de dos años en Baja California Sur, concluyó a los 86 años de edad en la ciudad de México, el 22 de agosto de 1949”.

La ola cívica de 1929

Corría el año de 1929 cuando nuestro país se aprestaba a llevar a cabo las elecciones presidenciales después del asesinato del presidente electo Álvaro Obregón. En ese periodo fungía como presidente provisional el lic. Emilio Portes Gil y su gobierno fue el que preparó los comicios a realizarse en el mes de noviembre de ese año.

Como candidato oficial, el reciente creado Partido Nacional Revolucionario postuló como candidato al ingeniero Pascual Rubio, de quien siempre se dijo que era el recomendado del expresidente Plutarco Elías Calles, Por el lado de la oposición figuraba el licenciado José Vasconcelos quien había sido ministro de Educación Pública durante el mandato de Álvaro Obregón en el período de 1920 a 1924.

En el mes de noviembre de 1928, Vasconcelos inició su campaña en el pueblo de Nogales, Sonora, definiendo su postura como un político que se enfrentaba a los grupos de poder adueñados del país. En el primer discurso pronunciado en ese lugar, fijo su ideario político acusando al gobierno de Calles de antidemocrático, amordazando las libertades del pueblo para mantener un régimen dictatorial.

En Cananea dijo, entre otras cosas, que: “El principio glorioso de la “No reelección”—se refería a Obregón— consagrado con la sangre de tantos mártires, debe ser inscrito de nuevo en nuestra Carta Fundamental... Además, junto con la reelección, es urgente fijar las responsabilidades de ese amo absoluto que es entre nosotros el Presidente... Urge pues, reformar la Constitución en el sentido de que el presidente sea enjuiciable en casos como la violación electoral manifiesta, o cuando se consuman fusilamientos, prisiones arbitrarias o expulsión de ciudadanos...”

Ante tales cuestionamientos fue natural que se considerara a Vasconcelos como un peligro potencial para la clase gobernante, más aún considerando que era un candidato con arrastre popular. Y este, con un valor a toda prueba, quiso iniciar su campaña en el estado de Sonora, el feudo de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

En un ambiente de amenaza pero protegido por sus partidarios, realizó reuniones en Cananea, Magdalena, Hermosillo, Guaymas y Cajeme —hoy ciudad Obregón— y en todas hubo un respaldo popular extraordinario. Obreros, amas de casa, campesinos, estudiantes, incluso de la burocracia asistieron a sus mítines, desafiando con ello a las autoridades del Estado.

En ese camino por la democracia recorrió los estados de Sinaloa, Nayarit y Jalisco, hasta llegar a la propia capital de república, siempre con un respaldo del pueblo sin precedentes. En la ciudad de México recibió el respaldo del Partido Nacional Antireeleccionista y de otros grupos independientes. Vasconcelos tenía la seguridad de lograr el triunfo en los comicios del mes de noviembre, muy a pesar de los actos represivos del gobierno.

Pero las cosas no sucedieron así. Cuando dieron a conocer los resultados de las elecciones, el candidato oficial, ingeniero Pascual Ortiz Rubio obtuvo el 93.58 % de los votos y 5.42% de Vasconcelos. Desde luego, los comicios fueron una farsa. El ejercito controló las mesas en todo el país, amedrento a los ciudadanos y hubo robo de urnas.

Aquí en La Paz y en toda la entidad la votación fue unánime para Ortiz Rubio. Contribuyo a ello la propaganda que hizo el Partido “Gral. Manuel Márquez de León” que apoyo al candidato oficial con la participación de distinguidos ciudadanos, entre ellos Rafael Montes, Alejandro Moreno, Gilberto Arriola, Sebastian Díaz Encinas, Juan Bertin y Carlos Salgado.

Hubo un intento de respaldo para Vasconcelos cuando en esta ciudad se formo el partido de Consolidación Socialista Nacional, aunque se ignoran los nombres de la directiva. De todas maneras, por solicitud del Partido Nacional Antirreeleccionista quedó registrado en los ayuntamientos el nombre de José Vasconcelos como candidato a la presidencia de la Republica. Pero aun así, esa ola cívica no llevo a Baja California Sur.

Bahía Magdalena, la ambicionada

Fue el navegante español Francisco de Ulloa quien en 1539 hizo mención de la bahía Magdalena en su recorrido por las costas de la península. “Encontramos —escribió en la Relación de su viaje— una grande laguna sobre la que estábamos, de la entrada de ella, la cual era tan grande que tiene más de veinte o veinticinco leguas de ojo, y la boca ancha y tan hondable que pueden entrar en ella naos de cualquier grandeza que sea, la cual está poblada de gente”.

Pero fue otro explorador, Juan Rodríguez Cabrillo, el que mencionó por primera vez el nombre de Magdalena para ponérselo a un puerto al norte de la isla. Años después, en 1602, Sebastián Vizcaíno al recorrer la bahía le puso por nombre el que actualmente lleva: Magdalena.

Cuando llegaron los misioneros jesuitas a la península en 1697, ya era muy conocida por navegantes y exploradores. Incluso se tuvo la pretensión de establecer un puerto donde arribaran los galeones de Filipinas. Los propios misioneros en sus recorridos por los litorales frente a la isla dieron informes de lo inhóspito de la región. Pero no fue así con la bahía dado que en toda la segunda mitad del siglo XVIII y parte del XIX, esa zona fue visitada por traficantes de diferentes nacionalidades que llegaban para intercambiar telas y baratijas por cueros de res, perlas, frutas y miel que les llevaban los nativos de las rancherías cercanas.

A la bahía llegaron también barcos en busca de ballenas, explotación en la que también se beneficiaron los lugareños utilizados para extraer el aceite de los animales sacrificados. Tanto el contrabando como la cacería en la región de la Magdalena hubiera continuado si no es que lo evita el conflicto armado con los Estados Unidos en los años de 1846 a 1847.

Después, con los movimientos políticos que originaron la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa, la bahía quedó en el olvido. Pero al triunfo de la República, la muerte de Benito Juárez y el gobierno del general Porfirio Díaz, el interés por esa región de la Baja California volvió a ser motivo de los Estados Unidos.

En efecto, en 1883 se iniciaron los intentos de los norteamericanos de establecerse en la bahía. En ese año el gobierno de los Estados Unidos inició las gestiones a fin de que nuestro país le concediera permiso para establecer una estación carbonífera para uso de sus buques de guerra. En ese entonces México no autorizó la petición aunque de todas maneras la flota extranjera hacía prácticas navales en la bahía.

En 1907, durante el mandato de Porfirio Díaz, el gobierno americano volvió a reiterar la petición para el permiso de la estación carbonífera. En ese año, Díaz ya sentía “pasos en la azotea” por las inconformidades contra su forma dictatorial de gobernar nuestro país y por eso concedió el permiso por un lapso de tres años, que concluiría en el año de 1910. Nunca se imaginó las consecuencias de su decisión.

En efecto y a raíz de ello, muchos mexicanos creyeron que la bahía Magdalena se había vendido a los Estados Unidos. Al término de la concesión y después de varias reuniones diplomáticas, el gobierno americano accedió a retirar sus barcos carboneros y cancelar las prácticas de tiro en la bahía. Por coincidencia, quince días después de terminado las concesiones, llegaron a puertos mexicanos dos acorazados de guerra japoneses para sumarse a los festejos del centenario de la independencia de nuestro país.

No lo hubieran hecho pues el gobierno gringo puso el grito en el cielo diciendo que México había concertado un pacto con ese país para que ocupara bahía Magdalena. Es más, se habló en la prensa norteamericana de las intenciones niponas de colonizar la Baja California. Fue tal la alarma que nuestro país se vio obligado a rechazar categóricamente tales acusaciones declarando que “México no permitiría jamás la ocupación de la Magdalena, ni por japoneses ni por ninguna potencia extranjera, incluyendo a los Estados Unidos”.

Esta posición estratégica de nuestra bahía, ambicionada por los Estados Unidos, dio lugar a la construcción de una base naval en Puerto Cortés de la isla Margarita, misma que a la fecha alberga a 128 personas, entre marinos, pescadores y familiares. Cuenta además con una pista de aterrizaje y una estación meteorológica.

Una de las mejores maneras de protegerla es el poblamiento de sus costas, tal como se está haciendo con los poblados pesqueros como Cancún y Puerto Chale. Pero, además, con las poblaciones de San Carlos y Adolfo Mateos, cuyas embarcaciones recorren diariamente las aguas de la bahía. Lejos han quedado ya los intentos de apoderarse de ella. Aunque por su posición estratégica siempre existirá la posibilidad de ser ambicionada por otros países.

El visitador José de Gálvez en California

Corría el año de 1768 —un año después de la expulsión de los jesuitas de California— cuando llegó a la península el visitador José de Gálvez, que traía la encomienda de conocer de cerca las condiciones económicas, materiales y sociales en que quedaron las 14 misiones que atendían desde 1697 los religiosos de la orden de San Ignacio de Loyola.

En 1764, el rey Carlos III lo nombró visitador general de todos los Tribunales y Cajas Reales e intendente de todos los ejércitos de la Nueva España. Al año siguiente reorganizó el ejército y llevó a juicio al virrey Joaquín de Monserrat que fue reemplazado por Carlos Francisco de Croix. Dos años después, en 1767, Gálvez intervino para sofocar los motines y disturbios que ocasionó la salida de los jesuitas, y ordenó juicios sumarios, ejecuciones y encarcelamientos de por vida.

Llegó a Loreto y de inmediato comenzó a dar instrucciones relacionadas con el reparto de las tierras, el repoblamiento de las misiones y la reorganización de la administración en Loreto, a fin de hacerla más eficiente. Y es que su primera impresión de las condiciones en que vivían los indios conversos fue muy desfavorable.

En un informe que dirigió al virrey De Croix el 8 de diciembre de 1768, le decía que “los indios vivían en la misma forma de vida irracional y bárbara que tuvieron antes de ser convertidos... las misiones son simplemente grandes haciendas en las que los misioneros, algunos sirvientes y soldados tenían su alojamiento... los indios vagan en los alrededores, generalmente desnudos buscando su comida, como siempre lo habían hecho”.

Aprovechando la sustitución de los padres jesuitas por los franciscanos, puso como gobernador a Matías de Armona, nomás que éste poco pudo hacer para cumplir con las disposiciones de Gálvez, más aún porque en 1772 los misioneros franciscanos abandonaron la península para ir a fundar nuevos centros religiosos en la Alta California. Y en su lugar llegaron los frailes dominicos.

Enterados los nuevos misioneros de las instrucciones De Gálvez, pronto se dieron cuenta de la imposibilidad de cumplirlas. Y ello dio motivo a una agria disputa entre el gobernador Felipe de Neve y el presidente de las misiones, fray Vicente de Mora. Y es que el visitador dispuso que los indios tuvieran derecho a la propiedad privada otorgándoles tres parcelas, dos de temporal y una de riego por familia; que se pudieran dedicar a actividades económicas además de las agrícolas. También ordenó el traslado de grupos de indios de unos lugares a otros con mejores perspectivas de vida.

Dice el historiador Salvador Bernabeu que las instrucciones De Gálvez se calificaron de utópicas e irrealizables, ya que los intentos de cumplirlas chocaron con la realidad bajacaliforniana. Aunque a la larga tales disposiciones permitieron la colonización civil y la secularización de las misiones. Colonización que ya no contó con la población indígena que fue desapareciendo poco a poco.

En dos cartas que fray Vicente Mora envió al virrey Bucareli en 1775 y 1777, expone las razones por las cuales no fue posible cumplir con las instrucciones de Gálvez, sobre todo en lo referente a formar pueblos de indios, así como el cambio de residencia de muchos de ellos.

Sobre esto último explicó que los indios se negaron a abandonar su misión —como fue caso de Santa Gertrudis y San Borja— y amenazaron con volverse gentiles, es decir, irse a los montes para vivir como antes. Y a la fuerza hacer los traslados —decía el padre— es contrario a nuestras convicciones cristianas.

Y en el caso de Loreto a donde se dispuso que fueran a vivir otras familias, se preguntaba: “¿De qué sirve el aumento de familias en Loreto?, si su terreno es tan estéril que apenas alcanza el pasto para las bestias y para no poder trabajar las tierras por la escasez de las aguas y notoria sequedad”.

Total que casi nada se hizo de los propósitos del visitador De Gálvez. Lo que sí quedó claro al leer las cartas es el deterioro del sistema misional y del difícil inicio de la colonización civil con el reparto de las tierras. Además, las cartas revelan el eterno conflicto entre el poder civil y el poder eclesiástico.

Lo único positivo que dejó José de Gálvez con su presencia en California fue respaldar la orden del rey para poblar la Alta California, contando con ello con la buena disposición de los misioneros franciscanos los que en 1769 fundaron la misión de San Diego de Alcalá, la primera de ellas en la región.

Gálvez jamás volvió a California. De regreso a la ciudad de México recibió la orden de trasladarse a España donde murió en el año de 1787, luego de que el rey le diera el título de marqués de Sonora.

¿Qué pasó con la misión de San José de Comondú?

Desde el año de 1708 en que el padre Julián Mayorga fundara la misión de San José de Comondú y que en 1750 el padre Franz Inama construyera la iglesia de piedra, no deja de sentir lástima el triste fin que tuvo la misión y la destrucción de ese centro religioso.

Cuando atendieron la misión los padres jesuitas convirtieron a ese lugar en un centro de productividad a la vez que llevaban a cabo su labor de evangelización. Narran las crónicas que allí se cultivaban trigo, maíz, frijol, caña de azúcar, vides, higueras y datileros, aprovechando canales de riego construidos con grandes esfuerzos.

Además la cría de ganado era importante. Tenía borregos, cabras, vacas, caballos y mulas en un aproximado de tres mil cabezas. Eso sin contar el que se encontraba remontado. Y todo esto lo cuidaba el misionero auxiliado por los indios neófitos de la misión.

En 1773 cuando los padres franciscanos entregaron las misiones a los frailes dominicos, informaron que la iglesia había sido construida con tres naves techadas, cada una con su bóveda de cañón y un piso de piedra labrada, Las paredes del edificio se adornaron con nueve oleos con paisajes de la vida de San José.

Todavía a finales del siglo XVIII se daban informes de la iglesia que medía 25 metros de largo por 10 de ancho. Ese recinto religioso fue uno de los más hermosos de toda California. Todavía en 1795 existían las paredes decoradas con 25 óleos y esculturas. En el patio exterior sobre una armazón de madera pendían seis campanas, tres de las cuales se conservan en el interior de lo que queda de la misión.

Las naves tenían cada un prebisterio con su altar separado del área de los fieles. El altar de la nave central destacaba por su bello retablo dorado y una escultura de San José con el Niño. Lo que sí debe hacerse mención es la existencia de una biblioteca con 126 libros enviados desde la ciudad de México por el virrey De Croix.

Pero ya para los primeros años del siglo XX la iglesia había sufrido daños irreparables. León Diguët, en su recorrido que hizo por la península en 1912 visitó San José de Comondú y de ella escribió que: “La misión que originó el establecimiento de la misión está actualmente en ruinas. Por su parte, Aurelio de Vivanco autor del libro titulado Baja California al Día, dice lo siguiente: “En la actualidad la misión está casi en ruinas... por personas que llegaron hasta nosotros al visitar esa región, supimos que en una ocasión un gobernador del Distrito Sur había ordenado la venta de la iglesia para que se pudieran aprovechar los ladrillos... de la misión queda por ahora un solo cuarto en buen uso...” Y eso lo escribió en 1924.

Fue al gobernador Juan Domínguez Cota a quien se le achaca ese sacrilegio. Incluso corre el mito que la casa que construyó en La Purísima fue hecha con las piedras de la misión, lo

cual no deja de ser exagerado ya que Domínguez gobernó en los años de 1932 a 1937 y para esas fechas la misión ya estaba en ruinas y los escombros desperdigados por doquier.

Lo que sí es verdad históricamente es que en el periodo del general mandó construir una escuela de material, pero de ladrillo no de piedra. Y después continuó con otra hecha con el mismo material. En el informe que rindió al presidente de la república aparecen las construcciones mencionadas.

Como quiera que haya sido, uno de los monumentos religiosos de los jesuitas ha desaparecido. De su recuerdo quedan dos habitaciones que se han acondicionado como capilla. Y no hay a quien echarle la culpa. ¿Al cambio de los dominicos por los franciscanos? ¿Al abandono de la misión en 1827 por falta de población? ¿A la desidia de los frailes dominicos que no se preocuparon por conservar el templo y la misión? ¿O fue, en último caso la impotencia de los frailes al no contar con la mano de obra suficiente para restaurarlos?

A lo mejor esto último se justifica ya que en 1800 los habitantes de ese bello lugar no pasaban de ochenta cuando en 1772 sumaban 322 indígenas. Y con ese reducido número de personas nada se podía hacer. También es posible que los frailes que nunca tuvieron los medios económicos suficientes no pudieran hacer las reparaciones, ni mucho menos atender las necesidades alimenticias de sus feligreses. Así es que cuando el último padre dominico abandonó el lugar de seguro se fue con un dejo de tristeza y frustración por no haber podido conservar lo que con tantos empeños edificaron los misioneros jesuitas.

Hernán Cortés en California

Después de muchos años de espera, Hernán Cortés pudo iniciar las exploraciones hacia la mar del Sur. Pero los primeros intentos habían resultado un fracaso, ya que la primera en 1532 y la segunda en 1533 no tuvieron resultados satisfactorios. Aunque la segunda al mando de Fortún Jiménez llegó a una tierra desconocida. Al regresar los sobrevivientes — los indios mataron a la mayoría de la tripulación, entre ellos al propio Jiménez— a la contracosta, relataron que en esa tierra habían encontrado hermosas perlas, lo que despertó el interés de Cortés por conocerla.

En tres naves, la Santo Tomás, San Lázaro y Santa Agueda partió del puerto de Chiametla rumbo al lugar descubierto por Jiménez. Cruzó sin contratiempos el golfo y llegó a la península el 1º. de mayo. Recorrió parte de sus costas, descubriendo varias islas pequeñas a las que llamó Santiago (hoy Cerralvo), San Miguel (hoy Espíritu Santo) y San Cristóbal (hoy isla Partida). El 3 de mayo desembarcó en la actual bahía de La Paz. Ahí, con el ceremonial requerido tomó posesión de las tierras que había descubierto en el mar del Sur, a nombre del rey de España, Carlos V, y le dio el nombre de Puerto y Bahía de Santa Cruz.

En el acta que se levantó dice que como señal de posesión, Cortés se paseó por la playa arrojando puñados de arena, señaló con su espada varios árboles y mandó a su gente que lo tuvieran como Gobernador de su SM de aquellas tierras, sin contradicción de persona alguna que ende anduviese ni paresciere...

Pero sí hubo oposición. Uno de los soldados que lo acompañaban luego de saltar a tierra, oyó decir “que habían venido hasta cincuenta o sesenta indios a defender la entrada, haciéndoles rayas que no pasasen”. Y es que los nativos que habitaban la bahía eran los guaycura, los mismos que un año y meses antes habían asesinado a Fortún Jiménez y 20 tripulantes de la nave La Concepción.

Siempre se ha especulado que los mataron por que pretendieron abusar de las mujeres, aunque esto no ha sido confirmado. Más bien —piensa Carlos Lazcano— que fue porque los españoles se apropiaron de las fuentes de agua, líquido vital para ellos.

El misionero jesuita Jaime Bravo, fundador de la Misión de La Paz en 1720, da fe de ello: “escondidos entre mezquitalos y otros árboles que estaban inmediatos al aguaje, desde donde disparaban flechazos los guaycuras a los buzos siempre que venían a hacer aguada, y para poderla hacer había de estar disparando tiros a dicho monte...”.

Entre los años de 1535 y 1536 existió un pueblo español en la bahía de Santa Cruz. Pero, ¿cómo vivieron Cortés y sus hombres en ese tiempo? ¿Se llevaron bien con los indios? Al respecto nadie dejó testimonio escrito de los sucesos. Lo poco que se conoce son las declaraciones verbales de algunos soldados que se dieron de baja y regresaron a la contracosta.

Por ellos se supo las calamidades que pasaron los colonos por falta de comida. Varios murieron de hambre y otros ante la desesperación comieron yerbas dañinas que les causó la muerte. Muchos caballos murieron y otros los sacrificaron para aprovechar su carne. Total, declararon los entrevistados fueron unos quince españoles y no menos de 120 entre indios amigos y negros esclavos los que murieron en ese intento de conquista.

Ante este panorama desolador, Cortés tuvo que regresar a la Nueva España, aunque dejó parte del contingente bajo el mando de Francisco de Ulloa, con la promesa de sostenerlos con provisiones. Al cabo de unos meses, también ese grupo abandonó el puerto.

Lo positivo de este intento colonizador es que Cortés puso a la tierra descubierta en la cartografía del mundo y por primera vez la bahía de La Paz apareció en los mapas con el nombre de Santa Cruz. Así lo comprueban los mapas de Cortés de 1536 y el de Domingo del Castillo de 1541.

La presencia del conquistador español en California es la raíz de lo bajacaliforniano. Y ese es un mérito que debemos reconocerle. En mi libro "La Paz y sus historias" escribí "En México se recuerda poco al fundador de nuestra ciudad. Dos o tres monumentos sin trascendencia y la reconstrucción de la exhacienda de Cortés de San Antonio Atacomulco. Aquí en La Paz existe un fraccionamiento llamado "El pedregal de Cortés". Y teníamos el mar de Cortés o mar Bermejo que se cambió después por el de golfo de California".

José Portela, un fraile como pocos

En la conquista espiritual de las Californias, participaron tres órdenes religiosas a partir del siglo XVII. Los primeros en llegar fueron los jesuitas quienes fundaron 17 misiones, entre ellas Loreto, San Francisco Javier, Santa Rosalía de Mulegé, Comondú, Nuestra Señora del Pilar de La Paz y Todos Santos, entre otras.

Fueron 78 padres de la orden de San Ignacio de Loyola los que llegaron a la península, pero los que más se distinguieron fueron Juan María de Salvatierra, Francisco María Píccolo, Juan de Ugarte, Jaime Bravo, Juan Jacobo Baegert y Miguel del Barco.

En 1768, luego de la expulsión de los jesuitas del dominio español, llegaron los franciscanos encabezados por fray Junípero Serra, quienes en el corto tiempo que estuvieron en California fundaron la misión de San Fernando de Velicatá y la visita de la Presentación que estuvo atendida por el padre de la misión de San Francisco Javier.

Cuando los franciscanos abandonaron la península en 1774 para fundar misiones en la Alta California, arribaron los dominicos mismos que fundaron nueve misiones en la parte norte de la península, la mayoría de ellas actualmente en ruinas. Algunas fueron Nuestra Señora del Rosario, San Vicente Ferrer, Santo Tomás de Aquino y San Telmo.

De esa orden se recuerdan a los frailes Vicente Mora, Juan Crespí, Miguel Hidalgo, Félix Caballero, Luis Sales y José Portela. Precisamente de este último vamos a reseñar un pasaje de su estancia en la misión de Santa Rosalía de Mulegé.

En los años de 1825, 1826, 1827 y 1828, Robert W. Hale Hardy, de origen inglés, hizo un viaje por el interior de México, comisionado por la “General Pearl and Coral Fishery Association” para “obtener del gobierno de México el permiso exclusivo para pescar perlas y coral y obtener informaciones sobre minas en la península de la Baja California...”.

Hardy llegó a la península en 1826 y recorrió las costas del golfo de California, desde Loreto hasta la desembocadura del río Colorado. Tal como lo hiciera Fernando Jordán 125 años después, hace una descripción de los lugares que visitó, de sus habitantes y sus costumbres. Y al llegar a Mulegé tuvo un encuentro con el párroco del lugar, que pudo ser fray José Portela, quien desde 1812 se había hecho cargo de la misión.

Cuando desembarcó, uno de los nativos lo llevó ante una persona que describe como cargado de espaldas —con joroba, dice— y con una nariz larga y puntiaguda. Vestía un mandil que le cubría desde el cuello hasta las rodillas dejando al descubierto sus brazos. De pronto lo confundió con el zapatero del lugar, pero grande fue su sorpresa cuando le dijeron que era el sacerdote encargado de la iglesia de la misión.

Afecto a la conversación y al soliloquio, el padre arremetió contra las creencias religiosas contrarias al catolicismo como el protestantismo al que llamó “paganismo judío”. Y mientras despotricaba sobre el tema, se persignaba y murmuraba “Jesús, María y José”.

Afortunadamente avisaron que la comida estaba servida y eso motivó que la discusión quedara pendiente. También contribuyó a calmar los ánimos del buen cura los vasos de vino que se tomó, aunque lo puso más locuaz que antes.

Invitado por Hardy a visitar el barco, al día siguiente llegó acompañado por tres jovencitas y después de los saludos de rigor, brindaron con un coñac español que fue del gusto del padre tanto, que no se hizo del rogar cuando su anfitrión le regaló una botella. Pero con las libaciones, a la hora de partir, el cura ya andaba como decimos nosotros "achispado".

Ya en la playa, lo esperaban dos cabalgaduras en una de las cuales se subieron él y una de las muchachas, y en la otra las dos restantes. "A ver si llega bien" pensó Hardy, al ver como se bamboleaba el sacerdote. En efecto, no llegó bien a su destino, pues a medio camino él y la jovencita se cayeron del caballo. Por fortuna no tuvieron heridas de consideración, salvo la pérdida de la botella de coñac que se hizo añicos en las piedras y que mucho lamentó fray José.

Al día siguiente de este suceso, cuando Hardy fue a despedirse, encontró al padre Portela en su casa consolando a la jovencita que iba con él en el caballo y curándole los raspones de su cuerpo. Al fraile no le pasó nada, ya que su aspecto físico parecido a una pelota, lo hizo rodar sin consecuencias.

Aprovechó Hardy su estancia en Mulegé para enterarse del control que sobre las propiedades y las familias nativas tenía el sacerdote. La misión era dueña de muchos terrenos y los indios prestaban sus servicios sin remuneración alguna. Cuando oficiaba una ceremonia de matrimonio el padre les cobraba mil quinientos pesos que debían pagarlos con trabajo.

En ese entonces el pueblo de Mulegé tenía unas 40 casas y los cultivos de cítricos, dátiles, uvas y aceitunas pertenecían en gran parte a la iglesia. Dice Miguel Mathes que la misión de Santa Rosalía de Mulegé fue abandonada en el año de 1828 y con ello, de seguro, dejó el lugar el buen fraile José Portela.

Ortega, un audaz reformador

Después de haber triunfado la revolución constitucionalista y la derrota del usurpador Victoriano Huerta en 1914, la Soberana Convención de Aguascalientes nombró al general Félix Ortega Aguilar como jefe político y militar del Distrito Sur de la Baja California.

Con ese nombramiento llegó a La Paz a fines de enero de 1915, y al tomar posesión del gobierno emitió un manifiesto en el que se sometía a las disposiciones de la Convención y acataba sus instrucciones, en el sentido de “hacer que esta apartada región sienta la influencia bienhechora de un gobierno que se esfuerza por todo lo que significa progreso...”.

Ortega pronto se dio cuenta de los graves problemas que padecía la entidad. El erario estaba en crisis y por eso autorizó un aumento a los impuestos sobre las mercancías que se exportaran tanto al interior del país como al extranjero. Los sueldos de los funcionarios fueron rebajados y prohibió la circulación de bonos y billetes emitidos por el gobierno anterior de Miguel L. Cornejo. En su lugar se autorizaron los billetes de circulación nacional emitidos en Chihuahua, Durango, Sonora y Sinaloa.

En el mes de marzo Ortega hizo un recorrido por el sur de la entidad y pudo darse cuenta de las condiciones de pobreza en que vivían muchas familias y la carencia de productos alimentarios. Para remediar un poco la situación, ordenó al presidente municipal de San José del Cabo comprara directamente a los agricultores sus productos, entre ellos el frijol, calabaza y camote, a fin de venderlos a precios accesibles a las familias y el resto poder enviarlo a ciudades de la contracosta para cambiarlos por café, arroz, maíz o harina de trigo.

Hizo más a favor del pueblo desprotegido. A los ganaderos les exigió que le vendieran al gobierno parte de las reses destinadas al consumo. Compradas a un precio justo, se vendió la carne a 30 centavos el kilogramo y el resto se distribuyó de forma gratuita a las familias de los pueblos de El Triunfo y San Antonio.

Pero lo más trascendente de su gobierno y que causó profundo malestar entre los comerciantes de La Paz, fue la creación de una tienda proveedora que tendría como función proporcionar mercancías a precios justos. Para ello la proveedora adquirió productos directamente de los agricultores y apoyó económicamente a un grupo de pescadores a fin de que le entregaran lo que habían sacado del mar.

En una crónica que escribí hace tiempo, afirmé que Félix Ortega fue un hombre visionario y que se adelantó en muchos años a la creación de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), en 1962. Esta compañía fue creada con el fin de garantizar la compra y regulación de precios en productos de la canasta básica, en particular el maíz. Cuando desapareció en 1999, fue sustituida por Diconsa que cumple con el mismo objetivo y que opera hasta la fecha en las zonas más marginadas del país.

Como era natural, las medidas tomadas por Ortega en beneficio del pueblo no fueron del agrado de los comerciantes de La Paz ya que afectaban sus intereses económicos. Y aunque al principio estuvieron de acuerdo, pudo más su avaricia y la defensa de sus capitales, por no mencionar la pérdida de su poder político.

En el mes de abril empezaron a conspirar para quitar del gobierno a Ortega. Pero fue hasta el 29 de mayo cuando la mayor parte de la guarnición de La Paz se sublevó encabezada por el jefe de armas Eduardo Burns. Antes de ser hecho prisionero, logró huir en una embarcación rumbo a Santa Rosalía y Guaymas. Acéfalo el gobierno, se nombró una junta de gobierno integrada por Luis Pozo, Eduardo S. Carrillo, Felipe R. Cota y Eduardo Burns.

Poco tiempo les duró el gusto pues en el mes de julio el gobierno de Carranza nombró al mayor Urbano Angulo como jefe político y militar del Distrito Sur de la Baja California. Éste, de inmediato, se dedicó a desconocer las reformas económicas de Ortega a fin de corresponder al apoyo que le brindaron los comerciantes de La Paz.

Yo siempre he pensado que si el general Félix Ortega Aguilar se hubiera afiliado al gobierno de Carranza y no al de la Convención respaldada por Francisco Villa, otro gallo le hubiera cantado y quizá hubiera sido un extraordinario gobernante. Sus iniciativas a favor de las clases desprotegidas, el conocimiento que tenía del pueblo sudcaliforniano y el apoyo que recibiría del gobierno central seguramente le iban a permitir continuar con sus reformas económicas y sociales.

Pero no fue así. El hombre líder de la revolución en Baja California Sur en 1913 y 1914, el sudcaliforniano que estuvo presente en la Convención Soberana de Aguascalientes en el mes de octubre de 1914, el personaje que aceptó ser comandante militar y cederle la jefatura del gobierno a Miguel L. Cornejo, el que después lo traicionaría, no pudo lograr sus propósitos reformistas por que se le acabó su tiempo.

Una lamentable equivocación

Cuando el licenciado Adolfo de la Huerta, presidente interino de nuestro país en 1920, autorizó la realización de un plebiscito para seleccionar al nuevo gobernador del Distrito Sur de la Baja California, no se pudo imaginar el sesgo político que andando el tiempo cometería la persona electa en ese entonces.

Agustín Arriola Martínez ganó los comicios con amplia ventaja. Le favoreció mucho haber sido con anterioridad integrante del ayuntamiento de La Paz y presidente del mismo. Apoyado por sus antiguos amigos y colaboradores, entre ellos Filemón C. Piñeda, Antonio F. Delgado, Cuauhtémoc Hidalgo, Alejandro de la Toba, quienes formaron parte de su equipo de gobierno.

Mientras allá en la ciudad de México, como resultado de las elecciones para elegir al presidente de nuestro país, tomaba posesión el general Álvaro Obregón el 1º de diciembre de 1920. Uno de sus primeras acciones fue nombrar a Adolfo de la Huerta como Ministro de Hacienda.

El hecho de que hubiera sido De la Huerta el que consiguió el acceso a la gubernatura de Arriola, permitió a éste fijar un compromiso con las autoridades centrales, no solamente en los apoyos económicos recibidos sino también en el aspecto político. Después de la toma de posesión de Obregón de seguro las cosas siguieron igual, aunque con las limitaciones propias en cuanto a la ayuda recibida.

Lo cierto es que los cuatro años de gobierno de Arriola se distinguieron por la atención que puso en el desarrollo de la agricultura, en la dotación de tierras a los campesinos, la construcción de caminos y su preocupación por elevar el nivel educativo de los niños y los jóvenes.

Pero en su carácter de territorio la dependencia económica era total. Fue por eso que en 1923 las participaciones federales disminuyeron drásticamente debido a la rebelión armada encabezada por Adolfo de la Huerta, que obligó al gobierno a desviar recursos para someterla. Desde luego esa insurrección no contó con el apoyo de la administración territorial.

En ese año de 1923 las corrientes políticas estaban en todo su apogeo, pues se tenía que elegir candidato para la sucesión presidencial. Desde un principio se perfiló el nombre del general Plutarco Elías Calles, como el preferido del presidente Obregón. Total, cuando se verificaron las elecciones, sólo se presentaron dos candidatos: los generales Plutarco Elías Calles y Ángel Flores, éste último exgobernador del estado de Sinaloa.

En el Distrito los partidos políticos de uno y otro candidato realizaron intensas campañas de proselitismo y algunos de ellos acusaron al gobierno de Arriola de apoyar al general Flores. Cuando se supo el resultado de los sufragios, no causó sorpresa de que los lugares

donde había triunfado el opositor de Calles fueran Sinaloa y esta entidad. Aquí, la votación final fue de 2443 votos para Flores y 1035 para Calles.

Como resultado de esa votación, opuesta a los intereses del grupo en el poder, el todavía presidente Obregón decidió destituir de su cargo al gobernador Arriola, en el mes de septiembre de 1924. En su lugar fue nombrado el general Miguel Piña, hijo.

En un libro de mi autoría dije que: “La administración de Arriola duró cuatro años, de septiembre de 1920 a septiembre de 1924. Posiblemente hubiera durado hasta la toma de posesión del general Calles —1º de diciembre de 1924— o a lo mejor éste lo hubiera ratificado en su puesto si el comportamiento de las elecciones hubiera sido de otra manera. Lamentablemente la ciudadanía del Distrito se inclinó por la candidatura del general Flores y eso motivó, creemos, el descrédito de Arriola y la inmediata remoción de su cargo...”.

En esta lamentable equivocación don Agustín adoleció de sensibilidad política. Por más que halla sido amigo del general Flores, —dicen que éste le regaló un fino caballo en que Arriola se paseaba por el centro de la ciudad— lo cierto es que por su mala decisión dio pie para que durante los 50 años siguientes el pueblo sudcaliforniano no tuviera derecho a elegir a su gobernador.

A pesar de ello, la buena administración de Agustín Arriola compensa su actitud política. A lo mejor, dentro de su fuero interno, estaba convencido de que en la vida democrática de un país no valen las imposiciones, como fue el caso de la sucesión presidencial de 1924. Y fue congruente con ello, dado que su puesto de gobernador se lo debió a la ciudadanía que votó sin coacciones de ninguna naturaleza.

Los diputados constituyentes de ayer

No, no hacemos referencia a los diputados que integraron el congreso constituyente de 1975 y que dieron forma a la Constitución Política del Estado de Baja California Sur. Hace 153 años aquí en La Paz, seis diputados integrados en una asamblea legislativa dieron origen a un Estatuto Orgánico del Territorio de la Baja California la que, por su contenido, era semejante a una constitución abreviada.

En 1860, debido a las difíciles condiciones políticas en que se encontraba el gobierno de la república a causa del desconocimiento de la Constitución de 1857, y la lucha entre liberales y conservadores en la llamada Guerra de Reforma, la diputación territorial expidió un manifiesto que en entre otras cosas decía:

“El territorio de la Baja California es parte integrante de la Nación Mexicana. Acata y defiende la Constitución General de 1857, como la única ley fundamental de la República. Mientras dure la guerra civil, se gobernará el Territorio con total independencia del resto de la República, hasta que restablecido el orden legal, se sujete de nuevo a lo que disponga el Soberano Congreso de la Unión”.

Los diputados Manuel Márquez (de León), Félix Gibert, José María Gómez, Juan de Dios Angulo, Tranquilino Villasana y Manuel Salvador Villarino elaboraron la Ley Orgánica Fundamental, misma que fue promulgada el 14 de febrero de 1860 por el entonces jefe político Ramón Navarro. La Ley estaba integrada por 50 artículos y un transitorio y en ellos se disponían aspectos como los siguientes:

Art. 2o.- El gobierno del territorio se divide en Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Nunca podrán reunirse dos o más poderes en una persona o corporación, ni depositarse en un individuo.

Art. 3o.- El ejercicio del Poder Legislativo de la Baja California se deposita en una asamblea que se denominará Asamblea Legislativa.

Art. 22o.- Se deposita el ejercicio del Poder Ejecutivo en un solo individuo que se denominará “Gobernador del Territorio de la Baja California”

Art. 23o.- La elección de gobernador se hará por la Asamblea cada dos años...

Art. 25o.- El gobernador entrará en funciones el día 1o de enero inmediato a su elección y durará en su encargo dos años.

Art. 36o.- El Poder Judicial del territorio estará a cargo de un Tribunal Superior de Justicia y de los juzgados de Primera Instancia que fueren necesarios.

Con las facultades otorgadas en la Ley Orgánica, la asamblea legislativa nombró a varios gobernadores, entre ellos a Teodoro Riveroll, Pedro Magaña Navarrete y Félix Gibert. Y una de sus últimas decisiones fue designar, en 1868, a José María Castro, aunque de hecho no tomó posesión dado que el gobierno central en ese mismo año había desconocido tanto a la asamblea legislativa como el Estatuto Orgánico.

En los considerandos para que el Congreso General declarara sin vigencia la Ley Orgánica de la Baja California de 1860 se decía que: “... es una verdadera anomalía que en la Baja

California haya una Asamblea Legislativa, con la circunstancia agravante de estar regida por un Estatuto Orgánico... Si un territorio ha de tener sus poderes locales Legislativo, Ejecutivo y Judicial, independientes y soberanos, no se comprende en que puede distinguirse ya de los estados de la federación... Todo esto como se ve es inadmisibile.

Por esos motivos, se expidió un proyecto de ley en el que se declaraba que no estaba vigente el Estatuto Orgánico de la Baja California, expedido el 12 de febrero de 1860. Y se autorizaba al Ejecutivo para expedir un nuevo Estatuto Orgánico de dicho territorio.

En 1872 el gobierno central presentó un proyecto de Estatuto Orgánico de la Baja California, iniciativa que nunca fue aprobada y así nuestro pueblo, que tanto había luchado por gobernarse a sí mismo, tuvo que resignarse a depender de las decisiones políticas de los presidentes en turno, decisiones las más de las veces arbitrarias e injustas para las aspiraciones de los bajacalifornianos.

Pero queda la añoranza de los diputados de ese entonces, de la asamblea legislativa y los acuerdos que tomaron para lograr el desarrollo de la entidad. Fueron tan solo ocho años en que Baja California pudo disfrutar de un clima de libertad y democracia. Fue una época marcada por dos guerras, la de Reforma y la Intervención Francesa. Y por conflictos internos que no lograron romper los vínculos con el gobierno de la república.

Habrían de pasar muchos años para que de nueva cuenta nuestra entidad pudiera elegir libremente a sus representantes populares, entre ellos al gobernador, a los diputados locales y a los senadores. Fue cuando en 1974, el territorio se convirtió en el Estado libre y soberano de Baja California Sur.

Una visita inesperada

Corría el año de 1934, cuando nuestro país se encontraba en plena efervescencia política debido a las cercanas elecciones en las que la ciudadanía daría su voto a favor del nuevo presidente de México, para el período 1934-1940. En ese año de 1934, el primer mandatario sustituto era el general Abelardo L. Rodríguez, quien se encargó del poder Ejecutivo por renuncia del presidente Pascual Ortiz Rubio.

En esos años se fundó el Partido Nacional Revolucionario y fue éste quien postuló como su candidato al general Lázaro Cárdenas, con el visto bueno del expresidente Plutarco Elías Calles considerado en ese entonces como “el poder tras el trono”. Los otros tres candidatos que fueron respaldados por organizaciones como el Partido Comunista Mexicano fueron el general Antonio I. Villarreal, el coronel Adalberto Tejeda y Hernán Laborde.

Después de protestar como candidato el 6 de diciembre de 1933, Cárdenas realizó su campaña recorriendo todo el país y así llegó a la península de la Baja California. Estuvo en la ciudad de Ensenada donde fue atendido por el general Agustín Olachea Avilés, gobernador del territorio norte.

Según las crónicas, de ese lugar se trasladaría al puerto de Manzanillo ya que su campaña la hacía por barco. Por eso, aprovechando que pasarían cerca de La Paz y sin estar programada la visita, el general Cárdenas decidió saludar a los habitantes de la ciudad. Para ello se hizo acompañar del general Olachea dado que había sido gobernador del territorio sur en los años de 1929 a 1931.

Cuando desembarcó en el muelle fiscal,--era el mes de julio de 1934-- lo esperaban el general Juan Domínguez Cota gobernador de nuestra entidad y los principales funcionarios de su administración, entre ellos Luis I. Rodríguez, secretario general de Gobierno; el coronel Jesús de la Garza, oficial mayor; Efrén Muñoz Salazar, responsable de la Tesorería.

De su estancia en La Paz sobresalió un acto organizado por el PNR local, en ese año bajo la presidencia del señor Ramón J. Ganelón y de Alejandro D. Martínez como secretario general del Comité Directivo. De ese evento político corre una singular anécdota.

Resulta que Luis I. Rodríguez fue comisionado para que dijera el discurso de bienvenida al candidato. Pero con la premura del tiempo le pidió a su amigo Alejandro lo ayudara a redactar el importante documento. Entre los dos dieron forma al escrito y a la hora prevista, haciendo gala de sus dotes oratorias, Rodríguez logró mantener la atención del general Cárdenas y de los asistentes al acto. El propio candidato lo felicitó y le pidió datos sobre su persona.

A resulta de ello, unas semanas después Luis recibió un telegrama del general en el que lo invitaba para que se sumara a su campaña en calidad de secretario particular. Y cuando tomó posesión como presidente de la república lo ratificó en ese puesto.

Existe una confusión respecto a la visita del general Cárdenas a La Paz. Ello se debe a unas fotografías antiguas fechadas en el mes de julio de 1933 en las que aparece Cárdenas acompañado de Plutarco Elías Calles y de Agustín Olachea. Pero en su informe de labores realizadas en los años de 1932 a 1937, el general Juan Domínguez Cota incluyó una fotografía de la visita pero fechada en el mes de julio de 1934 donde aparecen solamente Cárdenas, Olachea y Domínguez. Y a un extremo, sobresaliendo por su estatura, el licenciado Luis I. Rodríguez.

En las fotografías de 1933 —Cárdenas aún no era candidato— se observa un banquete ofrecido a los visitantes en la “Quinta de los hermanos Ruffo”, al que asistieron personajes de la iniciativa privada como Arturo C. Nahl y Roberto Ruffo. También estuvieron presentes Luis I. Rodríguez y el capitán Isidro Domínguez Cota.

En la Historia General de Baja California Sur, tomo II, cuando se refiere al gobierno del general Domínguez Cota, no hace ninguna alusión de la visita de Cárdenas en 1933 o 1934. Así es que la duda queda: ¿visitó La Paz en dos ocasiones el general, primero acompañando a Plutarco Elías Calles y después como candidato?

De todas formas el que salió ganando con la presencia de Cárdenas en La Paz fue Luis I. Rodríguez. De secretario particular del presidente fue electo gobernador de su estado natal, Guanajuato. Y en 1938 fue el primer presidente del Partido de la Revolución Mexicana.

El ingenioso don Francisco de Ortega

Entre los exploradores que llegaron a California en el siglo XVII destaca uno al que el doctor Miguel León Portilla lo llamó “El ingenioso don Francisco de Ortega”. Y a través de su narración justifica el por qué le llamó de ese modo.

En esos años, el virrey Marqués de Cerralvo por orden del rey, había suspendido las licencias para viajar a California, después de los fracasos que habían tenido los anteriores expedicionarios y los gastos que habían ocasionado a la Corona.

Pese a ello, Ortega buscó la manera de conseguir la autorización y no halló mejor recurso que enviarle un memorial al virrey en el que le proponía servirle, para investigar la realidad de las condiciones que guardaba la California y los motivos de los fracasos de años atrás. Asimismo le prometía recorrer las costas en busca de fondeaderos y su descripción.

En la licencia concedida, el virrey le decía: “... hacer viaje vía recta a las dichas Californias, descubrir y reconocer los puertos y ensenadas de aquellas islas y costas, observando los rumbos, derroteros y alturas de la navegación... procurando con particularidad enterarse de que naturales habitan aquella tierra, sus costumbres y modo de vivir, sin hacerles ofensa ni mal trato, antes toda la caricia y agasajo posible...”.

Y por no dejar, el virrey también le recomendó: “... informarse si tienen algunas riquezas, plata, oro u perlas, y si hay pesquerías dellas, como por diversas relaciones se ha entendido, y en que partes, autenticándolo todo con fe y testimonios autorizados de escribano...”.

El 27 de febrero de 1632 a bordo de la fragata Madre Luisa de la Ascensión, la que por cierto tardó cuatro años en construir con sus propios recursos, Ortega zarpo rumbo a las Californias, pero un temporal los obligó a refugiarse en el puerto de Mazatlán. Al fin, el tres de mayo avistaron la península y al pasar por una isla cercana a la bahía de La Paz la bautizó con el nombre de Cerralvo.

La expedición continuó hacia el extremo sur donde desembarcaron en la bahía de San Bernabé, lugar cercano a Cabo San Lucas. En ese lugar tuvieron contacto con los indígenas pericúes que se acercaron a la nave en sus balsas y canoas con el fin de intercambiar “pellejos muy bien curtidos de venados, leones y otros animales y nos trajeron algunas perlas quemadas y acanaladas...así como todo el pescado que podíamos comer...”.

En ese lugar un soldado se extravió en el monte, pero una india lo encontró y lo llevó al corral de piedras donde vivía. Como se hizo de noche tuvo que dormir allí para lo cual le ofrecieron un petate y unos cueros de venado para que se cobijara. De su estancia, el soldado refirió que “todas las indias chicas y grandes, todas andan vestidas de pellejos de animales y que las dichas indias son de buenos rostros y muy vergonzosas... los indios son

bien dispuestos, robustos y ágiles para cualquier cosa, que al parecer fuera muy fácil reducirlos a nuestra santa fe católica...”.

En ese primer viaje, Ortega recorrió parte de las costas por el lado del mar de Cortés, desembarcó en el puerto de La Paz y le puso nombre a la isla Espíritu Santo. A causa del mal tiempo regresó a la contracosta en el mes de julio de 1632. En su segundo viaje de 1633 a 1634 llegaron de nuevo a La Paz en donde establecieron un campamento dada la buena aceptación de los nativos. Allí se construyeron varias chozas mientras que Ortega recorría la bahía en busca de bancos perleros.

Es muy probable, aunque las crónicas no lo dicen, que en la exploración de los fondos marinos, Ortega haya utilizado una especie de campana inventado por él, construida de madera y plomo en el que podían caber dos personas durante diez o doce días sin riesgo de ahogarse. Aunque había antecedentes de aparatos semejantes en siglos anteriores, no deja de ser sorprendente el fabricado por este navegante. Es lo que la ciencia ha conocido con el nombre de “batiscafo”.

En su tercero y último viaje —1636— por poco y no la contaban. Poco antes de llegar a La Paz tuvieron que sortear una fuerte tempestad que destruyó la fragata y los tripulantes a duras penas pudieron llegar a la costa. Pero ese desastre no amilanó al antiguo carpintero de ribera. Con los restos del naufragio construyó en 46 días una nueva embarcación conocida en ese entonces como “barco mastelero”, aparejada de mástil y vela, propia para recorrer las costas. Con ella recorrieron la parte norte de la península hasta la altura de la isla San Lorenzo y el canal de Salsipuedes.

De sus tres viajes, a Ortega se le recuerda por que le puso nombre a varias islas, entre ellas Las Ánimas, San Diego, Monserrate, del Carmen, Danzantes, San Marcos y Tortuga. Pero, además, por sus aportaciones etnográficas en las que describe las formas de vida de los indígenas pericúes y guaycuras, como las ceremonias fúnebres en ocasión de la muerte del hijo del cacique Bacarí.

El capitán Francisco de Ortega “con su arcabuz, peto acerado, adarga, espada y daga”, como lo describen en su primer viaje, fue uno más de los atrevidos expedicionarios que llegaron a las Californias en busca de fama y riquezas.

Hardy y el río Colorado

En el año de 1826 el teniente Hardy de la real armada inglesa, recorrió la parte norte de la península de la Baja California en viaje de exploración, con el permiso del gobierno de México para buscar bancos de perlas y minerales. En el libro que escribió al que tituló “Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828”, describe las peripecias que sufrió cuando su barco “El Bruja” se internó por la desembocadura del río Colorado y los peligros que corrió ante la amenaza de los indios de esa región.

Aunque ya muchos años antes otros expedicionarios habían recorrido parte del río, como Francisco de Ulloa en 1539 quien llegó al estuario y le puso por nombre “Ancón de San Andrés y Mar Bermeja” por el color de sus aguas; y también llegó en 1540 Fernando de Alarcón que llegó hasta la confluencia del río Gila. Asimismo arribó por tierra a esa región del Colorado el padre jesuita Francisco Eusebio Kino en 1701 y por último el misionero Fernando Consag, en 1746, que llegó en un bote de vela cerca del estuario.

A Hardy le fue mal desde el principio. Cuando intentaba remontar el río se rompió el timón y la nave estuvo a punto de encallar. A duras penas, lograron retirarla del peligro y anclarla a unos metros de la orilla. Con ayuda de los buzos rescataron las partes del timón y lograron reconstruirlo para colocarlo de nueva cuenta en su lugar.

Pero el peligro estuvo con las amenazas de los indígenas los que, a pesar que demostraban amistad, no podían ocultar sus intenciones de apoderarse del barco. Hubo ocasión en que tuvieron que amedrentarlos con los mosquetes y apuntarlos con los cañones para apaciguarlos. Al fin pudieron levar anclas y alejarse de la orilla fuera del alcance de los indios.

En la descripción de sus formas de vida, Hardy dice que “estos indios que se llaman Axua, son muy numerosos y definitivamente los seres más asquerosos que haya conocido. Se adornan el pelo con barro en vez de hacerlo con flores: también les encanta emplearlo para pintarse el cuerpo. Es cosa común verlos, en días de calor, revolcándose en el lodo como cerdos... quizá solamente lo hagan para refrescarse...”.

Sobre esta costumbre, Hardy relata una anécdota de su estancia en la Villa del Fuerte, Sinaloa. Dice que un día una señora muy gorda, agobiada por el intenso calor y a pesar de tener abierta las ventanas y puertas para refrescar la casa, no halló otra solución que abrir un hoyo en uno de los cuartos —tenía piso de tierra—, lo llenó de agua y después de revolver el líquido para hacer un lodo espeso, se desnudó y se metió en el agujero. Como sintió la frescura se acostó en el lodo y embadurnó todo su cuerpo, hasta la cabeza.

Cuando llegó su esposo a comer, al verla creyó que era un monstruo que había salido de las entrañas de la tierra y por poco le da un soponcio, si no es que la mujer lo trató de calmar diciéndole que era ella. Días después el marido que era un funcionario del ayuntamiento, soltaba una carcajada cuando recordaba la puntada de su mujer. Cuenta el

señor que la original bañera todavía la conservan y de vez en cuando la utilizan. Sin querer la señora fue la inventora de las máscaras embellecedoras que hoy utilizan muchas mujeres en los salones de belleza y las que, a lo mejor, tienen como ingrediente el menospreciado lodo.

Por supuesto que los Axua le daban otro uso al lodo. Ellos se lo embijaban en el cabello y en todo el cuerpo para protegerse de los moscos, jejenes y otros insectos. Y como además los hombres se pintaban la cara con pigmentos blancos y rojos el resultado no era muy atractivo. Por otro lado, como era común en toda la California, andaban desnudos y sólo las mujeres usaban “taparrabos” confeccionados con tirillas de corteza de sauce.

Después se sortear varias amenazas de los indios, Hardy salió de las aguas del río Colorado luego de haber permanecido 26 días en esa región. Y enfiló rumbo a Guaymas, pasado por la isla Ángel de la Guarda y otras islas pequeñas que la rodean. Por fin, el 22 de agosto desembarcaron en el puerto de Guaymas dando por terminada su expedición por las costas de Baja California.

Desde luego, Robert William Hale Hardy fue unos de tantos navegantes que aportaron información valiosa sobre las características geográficas de la península. Además, en sus recorridos describieron aspectos etnológicos que fueron de gran ayuda para conocer las formas primitivas de vida de los habitantes de esa región desconocida de nuestro país en esos años.

Muchas décadas después esa región del río Colorado fue explorada y hubo asentamientos humanos en sus riberas, como el pueblo de Yuma por el lado de los Estados Unidos. Cuando se establecieron algunas rutas marítimas navegaron por el río dos pequeñas embarcaciones llamadas La Paz y la Río Colorado. Los capitanes de esas embarcaciones fueron Leopoldo Angulo, José Jacinto y Alejandro Abaroa.

El Plan de Tacubaya en Baja California Sur

Cuando nuestro país se convirtió en república al promulgarse la Constitución de 1824 y observar como en los siguientes años no se consolidaban las instituciones nacionales, consideró la conveniencia de crear una nueva constitución más acorde con las aspiraciones políticas, económicas y sociales de los mexicanos.

Fue así como en 1856 el presidente Ignacio Comonfort de acuerdo con el Congreso elaboraron una nueva Constitución que fue promulgada el 5 de febrero de 1857. En ella se incluyeron principios liberales como la libertad de educación y la libertad religiosa al no declarar como única la católica.

Esta nueva ley fundamental no fue reconocida por el partido conservador ni por el clero por que afectaba sus intereses. Esta oposición se había intensificado cuando se expidió la ley de desamortización de los bienes eclesiásticos publicada años antes por el mismo Comonfort, en la que se disponía que se vendieran todas las fincas rústicas y urbanas del clero. Por eso, no fue una sorpresa que se desconociera la constitución recién promulgada.

Los grupos conservadores presionaron al presidente Comonfort para que cesara la vigencia de la Carta Magna, y de acuerdo con ellos aceptó el Plan de Tacubaya proclamado por el general Félix Zuloaga en el que se declaraba que cesaba de regir en la república la Constitución de 1857, que continuaba en el mando Comonfort y la expedición de una nueva Constitución.

El presidente, que al principio estuvo de acuerdo con el Plan, luego se arrepintió y no halló otra salida que renunciar a su cargo, por lo que el general Zuloaga tomó posesión como presidente interino de la república. Pero al que le correspondía ser el primer mandatario por derecho legal era el presidente de la Suprema Corte de la Nación que estaba a cargo del licenciado Benito Juárez.

Así pues hubo dos presidentes en esos años: uno amparado en el Plan de Tacubaya y el otro por mandato constitucional. Lo que originó esta dualidad de intereses políticos fue la llamada Guerra de Reforma que ensangrentó durante tres años todo el país, en los años de 1858 a 1860.

Desde luego, a Baja California también le llegó su parte. Cuando el general Zuloaga expidió el Plan de Tacubaya, la tropa acantonada en La Paz reconoció dicho documento, lo cual no fue aceptado por la mayoría de la población. El coronel Diego Castilla comandante de la guarnición militar tuvo que enfrentar a las fuerzas liberales del sur de la entidad las que, después de algunos encuentros, se apoderaron de La Paz. Castilla logró huir a tiempo.

Al desconocer el Plan de Tacubaya y desde luego la presidencia del general Félix Zuloaga, el grupo liberal encabezado por Manuel Márquez de León, Mauricio Castro, Pablo

Gastélum e Ildefonso Green, convocaron a la Asamblea Legislativa la que tomó los siguientes acuerdos: 1.- El Territorio de la Baja California es parte integrante de la Nación Mexicana. 2.- Acata y defiende la Constitución General de 1857 como única ley fundamental de la República. 3.- Mientras dure la guerra civil se gobernará el Territorio con absoluta independencia del resto de la República.

Como es de muchos conocido la Guerra de Reforma terminó con el triunfo de las fuerzas defensoras de la legalidad y en la batalla decisiva de Calpulalpan la paz volvió nuevamente al país. Las leyes de reforma que Juárez expidió en Veracruz, sobre todo la que decretaba la nacionalización de los bienes del clero y la del Registro Civil, aseguró para el país la vigencia de la Constitución de 1857.

En esos años de la guerra civil, el pueblo del Territorio de la Baja California se gobernaba a través de un Estatuto Orgánico y de una Asamblea Legislativa integrada por diputados de los siete municipios de la entidad. Pero al término de la guerra, por disposición del gobierno central, esa ley quedó sin efecto y de nueva cuenta fue la Constitución la que rigió los destinos de esta parte del país.

Se puso fin a la guerra, pero las consecuencias del Plan de Tacubaya fueron más allá de la paz esperada. El partido conservador, incluyendo al clero, jamás estuvo conforme con su derrota y prosiguieron sus campañas de desprestigio en contra del gobierno de Benito Juárez. Algunos de ellos, en Europa, intrigaban ante las potencias europeas en busca de apoyo para su causa.

Y no hallaron otra cosa mejor que pedir la intervención de nuestro país y la instalación de una monarquía en sustitución del gobierno republicano. Fue así como, en 1862, México se enfrentó a una nueva guerra, pero ahora contra Francia y después, en 1864, contra el gobierno imperial de Maximiliano de Habsburgo.

El fin de este conflicto es de todos conocido. Con el triunfo y el fusilamiento de Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía, en el cerro de Las Campanas en Querétaro, volvió la paz a nuestro país. México que antes era solo un alboroto de facciones ahora, con Benito Juárez, fue solamente la Patria. Y fue Juárez el que pronunció este apotegma: “El pueblo que quiere ser libre lo será. Hidalgo nos enseñó que el poder de los reyes es demasiado débil cuando gobiernan contra la voluntad de los pueblos”.

Federico Cota el contrarrevolucionario

Cuando Félix Ortega tomó las armas para oponerse al usurpador Victoriano Huerta en 1913, sabía a que enemigo se iba a enfrentar, pues ya conocía el carácter decidido y tenaz del jefe político del Distrito Sur de la Baja California, el doctor Federico Cota.

Cota había tomado posesión de la jefatura unos días después del asesinato del presidente Madero —22 de febrero de 1913— y estaba identificado con el grupo porfirista. Antes había estado al frente del ayuntamiento de San Antonio. Así es que ya conocía los vericuetos de la política local. Estaba relacionado con los funcionarios que gobernaron la entidad durante todo el periodo de la dictadura de Porfirio Díaz como el general Agustín Sanginés, Gastón Vives, Teófilo Uzcárraga, Agustín Arriola, Francisco J. Cabezud, Filemón C. Piñeda y Félix Moreno.

Durante su mandato le tocó enfrentarse a los reclamos de una parte del pueblo indignado por el asesinato de Madero. Reclamos que eran canalizados a través del Club Democrático Californiano que dirigía Félix Ortega y del ayuntamiento de La Paz afín a los principios de esa agrupación. Y en el mes de junio de 1913 tuvo que tomar medidas enérgicas para sofocar la rebelión iniciada por un grupo de revolucionarios que expidieron el Plan de las Playitas de la Concepción, a cuyo frente está el mismo Félix Ortega Aguilar.

Después de la muerte de Madero, a los integrantes del Club no les fue nada bien. El jefe político los acosó constantemente por manifestaciones en contra de su gobierno y por el temor de un levantamiento que pusiera en entredicho su autoridad. Con justificada razón Cota se quejaba ante el secretario de gobernación de que en el periódico “El eco de California” se criticaba negativamente a su gobierno y que personas del Comité Democrático viajaban a los pueblos del norte de la entidad para invitarlos a la rebelión.

Como tenía al ayuntamiento de La Paz en su contra, no halló mejor solución que rechazarle el presupuesto de egresos del 2013 y quitarle el mando de la policía. Acusado de promover un levantamiento armado mandó encarcelar al tesorero y dio de baja algunos empleados de su gobierno porque eran simpatizantes del ayuntamiento paceño. Estas y otras disposiciones hostiles, en vez de remediar las cosas, ayudaron más bien a crear un clima de inestabilidad política dando pie para que andando el tiempo se organizara la Junta Revolucionaria de la Baja California en la que Félix Ortega y Simón E. Cota eran sus dirigentes.

Esa junta revolucionaria se organizó en efecto, con la intención de sublevarse para derrocar al gobierno y lograr que de nueva cuenta el Territorio volviera por los cauces de la democracia, Así, el 20 de junio de 1913, Ortega y un grupo de partidarios proclamó el Plan de las Playitas convocando a los californianos a unirse a la lucha para restaurar el orden constitucional roto por la traición de Victoriano Huerta.

Pero no fue sino hasta el 27 de julio cuando Ortega al frente de un puñado de partidarios inició la insurrección armada atacando los poblados del Triunfo y San Antonio. Por su parte, el jefe político enterado del movimiento, lo primero que hizo fue detener a los simpatizantes del movimiento y enviar algunos al puerto de Guaymas, entre ellos a Eduardo R. Encinas, José Ramírez, Fernando Erquiaga y Antonio V. Navarro. A otros como Fernando Moreno, Ignacio L. Cornejo, Alejandro Abaroa y Adolfo Labastida los mandó aprehender, nomás que estos viéndole la cola al zorro tuvieron tiempo de esconderse.

Federico Cota estaba informado de los encuentros que habían tenido los revolucionarios con las tropas federales y el rumbo que los orteguistas seguirían para llegar a San José del Cabo. Auxiliado por fuerzas que llegaron de Mazatlán y con las propias comandadas por el militar Hernández y el cabo Leocadio Fierro, atacaron a los insurrectos en el rancho de La Trinidad los que, pese a su valerosa defensa, fueron derrotados.

Derrotados pero no vencidos, los orteguistas continuaron en la lucha obteniendo victorias sobre las fuerzas federales. Pero tenían como enemigo encarnizado al jefe político que no descansaba en su afán de acabar con la sublevación. Afortunadamente, el 25 de octubre de ese año de 1913, Cota cesó en sus funciones y en su lugar el gobierno huertista mandó al teniente coronel Gregorio Osuna, un militar procedente del interior de la república e ignorante por tanto de la situación que imperaba en la entidad.

Para los revolucionarios la llegada del nuevo jefe político fue una esperanza para lograr la paz dado que, al contrario de Federico Cota, no venía con ánimo de rencores, odios o deseos de venganza. Y así fue en efecto, con el tiempo y ante la imposibilidad de acabar con la insurrección, Osuna prefirió sumarse a las fuerzas constitucionalistas y fue por eso que renunció a la jefatura política para ponerse a las órdenes del general Obregón.

Federico Cota, el hombre que mantuvo una lucha sin tregua contra las fuerzas de Félix Ortega no se ensañó con sus adversarios. Prefirió encarcelarlos o mandarlos fuera de la entidad antes que mancharse las manos. Su responsabilidad como jefe político la cumplió a cabalidad. No podía ser de otra manera ya que sus principios partidarios así se lo exigían. Libre de compromisos y con el deber cumplido, cambió su residencia a la ciudad de Mexicali donde murió.

Pinturas rupestres en Baja California

El historiador y explorador Carlos Lazcano descubrió hace poco unas pinturas rupestres localizadas en la sierra de San Juan, en el estado de Baja California. Aunque en sus recorridos ha encontrado y registrado más de un centenar de ellas en diversos sitios, éstas que encontró en una cueva presentan una serie de pinturas de color rojo, ocre, negro y blanco, estilo Gran Mural.

El mural mide más o menos ocho por tres metros y en él se encuentran venados, borregos cimarrones y numerosas figuras humanas. Las pinturas están a cinco metros de altura sobre el techo de la cavidad. A pesar de su antigüedad aún se conservan en buen estado. “Son hermosas”—dice su descubridor.

El descubrimiento de estas pinturas da pie para recordar un poco las investigaciones que se han realizado en torno al arte rupestre en la península de la Baja California. Y, desde luego decir que los primeros en escribir sobre ellas fueron los misioneros jesuitas del siglo XVIII, en especial el padre José Mariano Rothea quien atendió la misión de San Ignacio en los años de 1759 a 1768.

El padre Rothea recorrió parte de la sierra de San Francisco y desenterró restos humanos de gran estatura. El mismo jesuita escuchó de sus feligreses varias narraciones acerca de una leyenda sobre la procedencia de los antiguos californios autores de esas pinturas. Según la leyenda en tiempos remotos llegaron del norte grupos de extraordinaria estatura que venían huyendo y se refugiaron en la región montañosa de la península, principalmente en las sierras de San Borja y San Francisco.

Afirma la leyenda que los cochimíes que ocupaban la región no eran descendientes de los pintores y que éstos desaparecieron dejando tan solo su recuerdo en las pinturas y petroglifos existentes en diversos lugares de la península.

En 1895, León Diguét conoció algunas de esas pinturas y publicó un informe acompañado de dibujos y fotografías. Cinco décadas después, en 1951, personal del Instituto de Antropología e Historia reconoció a las pinturas rupestres de la cueva de San Borjitas, cercana al pueblo de Mulegé. En esa expedición figuraba el escritor Fernando Jordán quien en sus reportajes en la revista “Impacto” había dado a conocer la importancia de ese descubrimiento.

Pero fueron el escritor Harry Crosby y el fotógrafo Enrique Hambleton quienes en el año de 1972 recorrieron la sierra de San Francisco, con el fin de localizar y catalogar los lugares donde se encontraban las pinturas. Por cierto, es de gran interés leer los comentarios que Enrique hace de sus recorridos. Dice en su libro “La pintura rupestre de Baja California”:

“A menudo no me era posible contener mis ansias y, pese a la fatiga debida al constante esfuerzo por avanzar entre matorrales y rocas sueltas, apresuraba mis pasos... El hecho de

ser uno de los pocos afortunados que han contemplado de cerca estas obras trascendentales, anula todo recuerdo de inevitables contratiempos, y surge en mí un sentimiento de gratitud por el privilegio de esa contemplación”.

En las fotografías de las pinturas en las cuevas de la sierra de San Francisco, aparecen figuras semejantes a las que Carlos Lazcano descubrió en la sierra de San Juan. Por eso es casi seguro que los dos sitios fueron ocupados por el mismo grupo primitivo, aunque por la situación geográfica primero habitaron la sierra de San Juan y posteriormente la de San Francisco.

En su viaje de exploración, después de caminar seis horas sobre un terreno con muchos pedregales y despeñaderos, además de todo tipo de arbustos espinosos, llegó al lugar que buscaban. Trazó en un mapa el sitio y tomó muchas fotografías tanto de día como de noche. “Por mera protección, --dice Carlos-- no divulgaré su ubicación ni como llegar a la cueva. Así evitaré que vándalos lleguen a ella”.

El descubrimiento de las pinturas rupestres de la sierra de San Juan es uno más de los muchos que ha logrado Carlos. Y que le han dado grandes satisfacciones. Él mismo lo dice: “Explorar geografías es parte de mi amor por la vida. Por eso amo profundamente a la naturaleza, por que convivo mucho con ella a través de las exploraciones, de los campamentos, del encuentro con la flora y la fauna, de beber el agua en los mismos manantiales, de caminar entre las veredas y los cerros, de bañarme en los arroyos”.

“Estoy convencido —afirma— de que en las escuelas primarias y secundarias debería incluirse un curso de campismo, donde el alumno aprenda a tener un verdadero contacto con la naturaleza, y esto le pueda servir para apreciar más a nuestra Madre Tierra, y sobre todo a defenderla como parte de sí mismo”.